

FEDERICO MARE

CLEPTOCRACIA Y HONESTISMO EL FENÓMENO DE LA CORRUPCIÓN DESDE UNA MIRADA ANTICAPITALISTA*

Javier Milei, economista ultraliberal émulo de la Escuela Austríaca e *influencer* “especialista en temas de crecimiento con o sin dinero” (*sic*), luego devenido líder populista de extrema derecha,¹ se ha ganado un merecido lugar en los anales de la demagogia mesiánica. Llegó a la presidencia de la Argentina creyéndose un salvador cuasi-celestial, una especie de nuevo Moisés (o de nuevo Aarón, si seguimos a pies juntillas su delirio místico, pues el protagonismo mosaico él se lo atribuye a su hermana Karina, quien no le va a la zaga en megalomanía soteriológica). Arribó a la Casa Rosada diagnosticando que el gran problema nacional –la causa primordial del déficit fiscal y la inflación, a su entender– radicaba en la codicia criminal y estructural de su dirigencia política (“degenerados fiscales”, “zurdos empobrecedores”, “kukas inmundos”, etc.), y prometiendo que remediaría con urgencia la decadencia “socialista” o “estatista” del país mediante un ajuste gigantesco e inmisericorde, “el más grande de la historia de la humanidad”. Un ajuste que anunció y asumió como una cruzada moral, cual palíngenesia redentora-punitiva: la “motosierra” de las “fuerzas del Cielo” contra “la casta” y sus “curros”, en salvaguardia de “los argentinos de bien”, en aras de una prosperidad capitalista digna del “Primer Mundo” (y con derrame social asegurado).²

En las elecciones primarias y generales de 2023, la Argentina pendular había vuelto a sufrir una tremebunda fiebre *honestista*, parafraseando a Martín Caparrós (ya volveremos sobre su concepto de “honestismo”). Tanto la centroderecha neoliberal tradicional de Juntos por el Cambio, como la nueva derecha libertaria o ultraliberal de La Libertad Avanza (LLA), exacerbaron hasta las náuseas la demagogia *gorila* de la anticorrupción, obsesión tóxica que Jorge Asís ha llamado con sorna “exceso de antikirchnerismo en sangre”³. Patricia Bullrich redujo maniqueamente su campaña electoral a una catarata de vehementes acusaciones de latrocinio contra el oficialismo y promesas puritanas de regeneración republicana: “No podemos ceder ni un milímetro ante los delincuentes”, “Para avanzar hay un solo camino: hay que sacar estas mafias de la Argentina. Massa no puede porque es uno más de ellos”, “Hace veinte años que la mafia

* El presente texto de Federico Mare, material inédito y de reciente redacción en su casi totalidad, recupera y reelabora pasajes de su artículo “La moralina burguesa de la anticorrupción” para *Kalewche*, 19 de noviembre de 2023 (que a su vez ampliaba y actualizaba un escrito más antiguo, “Apuntes sueltos sobre corrupción y honestismo”, incluido en su segundo libro, *Ensayos misceláneos*, Mendoza, El Amante Universal, 2021, pp. 111-117). Disponible en <https://kalewche.com/la-moralina-burguesa-de-la-anticorrupcion>.

¹ Acerca del perfil ideológico de Milei y su gobierno (libertarismo económico, conservadurismo cultural, populismo autoritario, etc.), *vid.* la introducción a mi ensayo “Protesta y represión, memoria y negación. Pensar subversivamente Mileilandia”, en *Corsario Rojo*, nro. 8, primer semestre 2025, pp. 55-62. Disponible en <https://kalewche.com/cr8>.

² Sobre el mesianismo de Milei y su hermana, véase Juan Luis González, *El loco: La vida desconocida de Javier Milei y su irrupción en la política argentina* (2023) y *Las fuerzas del cielo. Secretos, confesiones y peligros de la primera presidencia mesiánica* (2025), ambas editadas en Bs. As. por Planeta. Asimismo, Alejandro Frigerio, “Mile(i)narismo: el proyecto mesiánico de Javier Milei”, en *Diversa*, 28 de enero de 2024, disponible en www.diversidadreligiosa.com.ar/blog/mileinarismo-proyecto-mesianico-milei.

³ <https://jorgeasisdigital.com/2023/09/24/el-exceso-de-antikirchnerismo-en-sangre>.

política y sindical del kirchnerismo se lleva todos a su casa”⁴... En un *spot* publicitario, llegó a prometer que construiría, en caso de ser presidenta, una cárcel de máxima seguridad sarcásticamente bautizada “Unidad Penal Dra. Cristina Fernández de Kirchner”, a la que caracteriza como un “un penal modelo que será el destino final para narcos, corruptos y asesinos que gozan de impunidad y protección de los políticos kirchneristas”⁵. Ni hablar de Javier Milei. Toda su verborrea electoralista denigratoria de 2023 es de sobra conocida y recordada: “parásitos”, “corruptos”, “chorros”, “mafiosos”, “ladrones”, “delincuentes” y muchos más epítetos de este tenor. Su mesianismo económico en modo campaña (dolarización, clausura del Banco Central, ajuste descomunal, etc.) tuvo un fortísimo componente de moralina cívica: “Hemos logrado construir esta alternativa que no solo dará fin al kirchnerismo, sino a la casta política parasitaria, chorra e inútil que hunde a este país”. “Estamos frente al fin del modelo de la casta. Ese modelo basado en esa atrocidad de que ‘donde nace una necesidad, nace un derecho’, pero se olvida de que ese derecho alguien lo tiene que pagar. Cuya máxima expresión es esa aberración llamada ‘la justicia social’, que es injusta porque implica un trato desigual frente a la ley, pero además está precedida de un robo”. “Le temen al modelo de la libertad porque es el modelo que termina con el robo de los políticos ladrones, los empresarios prebendarios y los sindicalistas que entregan a los trabajadores, y se termina el curro de los micrófonos ensobrados hijos de la pauta y los profesionales truchos que venden sus servicios a los sicarios de la política”⁶. En la campaña de 2023, tanto Milei como Bullrich, con bendición del expresidente Macri, «embellecieron» sus programas y sus discursos de ajuste fiscal minarquista con engañosas promesas *ad populum* de restaurar la prosperidad perdida de los noventa aplicando a rajatabla el Código Penal contra los políticos y sindicalistas kirchneristas, contra la “cleptocracia K”. Eso también es populismo, a su modo. Un populismo de derecha, como el de Trump y Bolsonaro, pero populismo al fin. *Robar o no robar, esa es la cuestión*. No importa lo que hagan o dejen de hacer los capitalistas con la clase trabajadora y el medio ambiente: explotar y precarizar, saquear y contaminar... ¡Cuánto embrutecimiento intelectual de la política! ¡Cuánto moralismo fariseo!

Hoy, a dos años de la victoria de Milei sobre Massa en el balotaje, la imagen pública del presidente es una claraboya trizada por el granizo de la crisis económica y las acusaciones de corrupción, una cerámica *kintsugi* llena de juntas en nácar dorado que mal disimulan su indemnidad perdida. En las elecciones de medio término de octubre, que ganó milagrosamente gracias al rescate imperial *in extremis* –con extorsión *black monday* incluida– de Trump y al descrédito persistente del peronismo, LLA vio caer el respaldo popular a su gestión de un 55,65% a un 40,66%, es decir, un descenso de 15 por ciento. Con un agravante: la abstención electoral fue récord, la más alta desde la restauración democrática en 1983: casi un tercio del padrón no acudió a votar (32,74%). Por lo demás, los sufragios en blanco y nulos, sin ser excepcionalmente elevados, tampoco resultaron insignificantes (superaron el 5%). De las 36.471.355 personas registradas para votar, solo 9.437.860 votaron a favor del oficialismo, esto es, un cuarto de la ciudadanía (25,88%).⁷ Recuérdese, asimismo, que las derechas lograron un nivel de cohesión altísimo en estos últimos comicios, pues la ultraderecha mileísta de la LLA logró fagocitarse totalmente a la centroderecha macrista del PRO.⁸ Datos adicionales: según una encuesta realizada por La Sastretería y Tres Punto Zero a fines de noviembre, algo más del 40 por ciento de la población argentina juzga que el mayor problema del país es –sigue siendo– la corrupción, y casi un 57% opina que el gobierno de Milei es muy (43,4%) o bastante (13,3%) corrupto, al margen de que un segmento minoritario –no inferior al 10 por ciento– lo haya votado de todos modos en octubre, priorizando pragmáticamente cierta estabilidad del dólar y la baja inflación.⁹

⁴ www.youtube.com/watch?v=i_kO7wuFdC0.

⁵ www.youtube.com/watch?v=nhi8sYYAG10.

⁶ www.youtube.com/watch?v=i_kO7wuFdC0.

⁷ Cf. DINE, <https://resultados.elecciones.gob.ar>.

⁸ En la primera vuelta electoral de 2023, donde las derechas participaron divididas, la LLA obtuvo el 30% y el PRO casi el 24%. En la segunda vuelta, Milei mantuvo los votos de su coalición y sumó «mecánicamente» los del macrismo.

⁹ Véase la entrevista del periodista Rolando Graña al encuestador Raúl Timerman (La Sastretería) para su programa *GPS* en América TV, el 30/11/25. Disponible aquí: www.youtube.com/watch?v=s0amul2G-8M. Reproducir el video desde 1h 50min 40s.

Ironía de la historia: los Milei están hasta la cintura en la ciénaga de la podredumbre cleptocrática, igual que sus dos secuaces de apellido Menem, entre otros personajes farsescos de una politiquería criolla que nunca muere y siempre se recicla (Espert, por caso, que debió renunciar a su candidatura por sus frondosos nexos con el narco). Notable parábola-paradoja la de Javier Milei: aquel vicio que tanto había denunciado y jurado erradicar cuando era candidato, pavoneándose ante el electorado como un paladín ultraterreno de la austeridad y honestidad, acabó siendo una de sus peores lacras, de sus mayores máculas como jefe de Estado.

Los escándalos se suceden en cascada: la venta de candidaturas “libertarias”, el caso Kueider, la criptoestafa \$Libra, las coimas en ANSES y PAMI, el contrabando de las valijas de Scatturice en Aeroparque, la turbia licitación del Banco Nación a favor de Tech Security, el descontrol impune del fentanilo contaminado (con su trágico centenar de muertos), los “retornos” de la Suizo Argentina a la Agencia Nacional de Discapacidad...¹⁰ Más recientemente, los narcoescándalos de Espert y Villaverde,¹¹ que invitan a pensar en clave local el fenómeno regional de la *narcopolítica*.¹²

Una catarata de corruptelas y fechorías que, sumada a la recesión económica (la segunda en apenas dos años de mandato), la fragilidad cambiaria y financiera, la conflictividad social, las actitudes arrogantes e intolerantes, la violencia verbal y represiva, la discordia con Kicillof y otros gobernadores, los reveses parlamentarios en serie de 2025, las feroces internas a cielo abierto de LLA, el anuncio de tarifazos en los servicios públicos, las promesas de un nuevo ajuste fiscal y el aceleracionismo (contra)reformista de cara al año 2026 (triple reseteo laboral, tributario y previsional a favor del gran capital)¹³, abren un signo de interrogación sobre el futuro del oficialismo a mediano y largo plazo, pasada la «luna de miel» del triunfo electoral de octubre, sorpresivo pero nada aplastante.

No es que los gobiernos anteriores no hayan sido corruptos o albergado casos resonantes de peculado. Lo fueron, los albergaron, en distinto grado y con relativa independencia de su signo partidario o ideológico (tanto durante la democracia como bajo la dictadura). Pero no todos los gobiernos de la Argentina contemporánea resultaron tan obscenamente propensos al latrocinio como el de Milei, o tan hipócritamente proclives al circo puritano de la anticorrupción. Aunque enriquecerse a costa del erario público siempre está mal, muy mal, hacerlo con semejantes niveles de sobreactuación y verborragia fariseas es el colmo. Ni hablar si la corrupción y la moralina de la anticorrupción van de la mano con políticas singularmente crueles de ajuste y represión, de *shock* macroeconómico y mano dura; y con diatribas “anarcocapitalistas” o sermones minarquistas en contra de cualquier atisbo de “Estado benefactor” y “justicia social”.

Hay algo aún peor, sin embargo: que los escándalos por peculado estallen en aquellos sectores que más han padecido la motosierra y el garrote, y que más tienen que sufrir la cantinela fiscalista-moralista de la austeridad, el mantra mentiroso del “no hay plata”. Precisamente esto es lo que ha sucedido en Mileilandia con las jubilaciones y el área de discapacidad: desfaltar a quienes se ajusta y reprime con saña, y a quienes –de yapa– se sermonea o vilipendia hasta el hartazgo. ¡El colmo de los colmos! Ni Menem ni Macri se atrevieron a tanto...

¹⁰ <https://laciudadrevista.com/uno-por-uno-los-10-escandalos-que-acumulo-el-gobierno-en-solo-un-ano-y-medio-de-gestion>.

¹¹ www.latecla.info/162210-narcoescandalo-el-entramado-de-negocios-y-vinculos-en-el-sur.

¹² En su monografía “Narcotráfico y política en territorio indígena. Resistencia entre los tsotziles y tseltales de Chiapas, México”, Diego Hernán Varón Rojas y José Enrique Delgado López ofrecen una útil conceptualización del fenómeno de la narcopolítica, a la luz de sus estudios del caso latinoamericano: “En Bolivia, Colombia, Ecuador, México y otros países de la región se han acuñado expresiones como narcopolítica, narcogobierno, narcoestado o narcodictadura para comprender la actividad política de organizaciones del Estado, que han sido influenciadas por el poder del narcotráfico. Dineros provenientes del negocio ilegal de las drogas, irrumpieron mediante un nuevo actor socioeconómico, que se articuló con diversos sectores de las élites empresarial y política (...). El fenómeno de la narcopolítica no es un tema reciente. La financiación de campañas electorales de aspirantes a la presidencia, congresistas, concejales, alcaldes, diputados, gobernadores, entre otros cargos de elección popular, con dinero producto del narcotráfico, lleva más de tres décadas. Los estudios estructurales permiten entender que el narcotráfico no solo ha cooptado al poder ejecutivo y legislativo. El paso de investigador a investigado incluye abogados, jueces, fiscales, fuerzas armadas, militares y policías. El listado crece con la inclusión de directores de antinarcóticos, funcionarios de aduana, trabajadores de entidades de control, entre otros, que aparentemente luchan para erradicar la producción y el transporte de drogas, así como ‘emprendimientos ilícitos’”. En *URVIO – Revista Latinoamericana de Estudios de Seguridad*, nro. 40, sep.-dic. 2024, p. 49.

¹³ www.pagina12.com.ar/870397-reformas-previsional-tributaria-y-laboral-piden-una-discusio.

Así y todo, la mayor corrupción del mileísmo no está en todos esos casos altisonantes que enumeramos, sino en los negociados especulativos *sotto voce* alrededor de un dólar artificialmente barato y una deuda astronómicamente expandida de modo muy irregular (y ya era odiosa e impagable con Macri) durante 2024-2025: *carry trade*, nuevo acuerdo usurario con el FMI, festival de bonos, *swaps* con China y Estados Unidos... Nunca antes hubo tanta promiscuidad y opacidad en las relaciones del Ministerio de Economía con el mercado financiero: «puerta giratoria» entre los sectores privado y público, conflicto de intereses, acceso a información privilegiada, tráfico de influencias, intervenciones secretas del Tesoro Nacional y del Banco Central, operaciones turbias de los bancos y fondos de inversión, sospechas sobre comisiones clandestinas, etc. Siete *traders* de Wall Street que formaron parte del JP Morgan hoy integran el gobierno argentino: Luis Caputo, ministro de Economía; Pablo Quirno, canciller; Alejandro Lew, secretario de Finanzas; José Luis Daza, secretario de Política Económica; Santiago Bausili y Vladimir Werning, presidente y vice del BCRA; y Damián Reidel, director de Nucleoeléctrica Argentina. Esta corrupción «invisible» –para la prensa hegemónica– es incalculablemente mayor que la corrupción denunciada *urbi et orbi*.

* * *

Las películas de Hollywood, igual que las series estadounidenses de TV o *streaming*, abundan en retratos muy negativos de la política, donde las personas que ejercen alguna función en el Estado están podridas hasta el tuétano por la codicia, la ambición, el servilismo, la tiranía, la venalidad, el maquiavelismo, los negociados con el hampa y otras miserias humanas: *El informe Pelicano*, de Alan Pakula; *House of Cards*, de Beau Willimon; *JFK*, de Oliver Stone; *Boss*, de Farhad Safinia; *Scarface*, de Brian De Palma... Mostrar la corrupción y los abusos de poder en el gobierno, el Congreso, la judicatura, la policía y el FBI es un lugar común: sobornos, extorsiones, fraudes, prevaricato, nepotismo, impunidad, clientelismo, cooptación, asesinato o intimidación de opositores, espionaje ilegal, operaciones clandestinas de las agencias de inteligencia, negocios sucios con la mafia y los cárteles narcos, etc. Todo ello sazonado con intrigas conspiranoicas, tan gratas al paladar de una derecha neoliberal obsesionada con el achicamiento del sector público.

No resulta tan corriente, en cambio, mostrar el flagelo del peculado al interior de las fuerzas armadas. Las instituciones militares del Tío Sam gozan de indulgencia debido al patriotismo imperialista que existe en amplios sectores de la sociedad estadounidense. El ideograma del Destino Manifiesto, la creencia en que los Estados Unidos son el gendarme universal de la democracia y los derechos humanos, han calado muy hondo en el imaginario cultural, y los estamentos castrenses se benefician de ello. El Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea por lo general están a salvo del enriquecimiento ilícito. Tienen blindaje. La mística heroica del *pro patria mori* los protege mágicamente de la tentación del dinero mal habido, que hace estragos en las ramas civiles del Estado.

¿Y la burguesía? En las películas y series *made in USA* más taquilleras no faltan capitalistas malhechores. Las grandes empresas privadas y sus fechorías también están presentes. Esto es muy cierto. Pero su villanía o inmoralidad está restringida a cierta gama previsible de opciones: estafas, abusos de posición dominante en el mercado, evasión fiscal, contaminación ambiental, incumplimiento de normativas sanitarias o de seguridad, fraude bancario, delitos bursátiles, lavado de dinero, medios de comunicación que desinforman y, por sobre todas las cosas, corruptelas y contubernios con el poder político (coimas, tráfico de influencias, etc.). ¿Quiénes son las víctimas de este capitalismo salvaje? Consumidores, usuarios, pymes, deudores de hipotecas, el Estado, la ciudadanía, la opinión pública, la naturaleza, la salud pública...

Casi nunca la clase asalariada, casi nunca el proletariado. Si hay algo a lo que el cine, la TV y el *streaming* yanquis son renuentes, hostiles, es a visibilizar el antagonismo trabajo-capital, los conflictos obrero-patronales. No tienen problemas en mostrar a ricachones avaros que –como el Mr. Scrooge de Dickens– rehúyen de sus deberes cristianos de caridad en tiempos navideños, familias de clase media desahuciadas o acosadas por los bancos, pueblos damnificados por el extractivismo de las mineras, madres y padres de niños o niñas gravemente enfermos que lidian con la mezquindad de las prepagas, vecindarios amenazados por consorcios inmobiliarios, y otras injusticias de la plutocracia contra “la gente” en tanto consumidora de bienes, usuaria de servicios, o habitante de un entorno rural o urbano. Pero muy rara vez muestran a “la gente” en tanto masa desposeída de los medios de producción, asalariada, precarizada, explotada por el capital, pauperizada por los recortes salariales y los despidos, expuesta a accidentes de trabajo o al *mobbing* de capataces y jefes de personal; en tanto trabajadores que producen plusvalía y que, en ciertas ocasiones, luchan por sus intereses de clase creando sindicatos de base y haciendo huelgas. ¡Eso sí que no! *Vade retro Satana*.¹⁴

Un buen botón de muestra es la tercera temporada de *Stranger Things*: la protesta pueblerina de Hawkins contra la inauguración del Starcourt Mall no está protagonizada por trabajadores en relación de dependencia, sino por comerciantes minoristas que padecen la competencia del *shopping center*. Se trata de un conflicto entre la pequeña burguesía rural y el gran capital de procedencia foránea, urbana. Seamos indulgentes con los hermanos Duffer, y no digamos nada –aquí– sobre su folclorización condescendiente del anticomunismo reaganista de la Guerra Fría...

Por supuesto que existen honrosas excepciones, como el clásico *Las uvas de la ira*, de John Ford; o los largometrajes *Odio en las entrañas* y *Norma Rae*, de Martin Ritt. Tales excepciones son menos raras en el cine independiente norteamericano, tan distinto a la industria *mainstream* de Hollywood. ¿Cómo no acordarse de la legendaria y numantina *The Salt of the Earth* (1954), de Herbert J. Biberman, hostilizada y prohibida durante la “caza de brujas” macartista?¹⁵ Pero hay una tendencia general muy clara en las ficciones audiovisuales del país del Tío Sam: ocultar o minimizar la lucha de clases, que ocupa un lugar básico, central, en el entramado de las sociedades capitalistas contemporáneas. ¡Nada de proletariado vs. burguesía!

Vivimos en un mundo donde campea a sus anchas el discurso facho de la “antipolítica”, según el cual la madre del borrego es siempre la corrupción estatal, jamás la explotación y acumulación capitalistas. A la hora de entender este fenómeno ideológico tan propio de nuestra época, no olvidemos tener en cuenta la influencia poderosa, omnímoda e insidiosa que ejercen sobre las subjetividades la industria hollywoodense y las grandes cadenas o plataformas como HBO, Fox y Netflix.

* * *

Permítaseme garabatear esta «ley de hierro» de la política contemporánea: La madurez democrática de una sociedad es inversamente proporcional a la intensidad del prejuicio según el cual la corrupción es la causa única o fundamental de todos los males. Nada revela más la idiotización de un pueblo que la propensión a reducir el análisis de algo tan complejo como la política, que presenta infinidad de aristas relevantes, a la dicotomía moralista *roba o no roba*.

¹⁴ Para una mirada marxista de la lucha de clases en el séptimo arte, *vid.* Mary J. Leigh y Kevin J. Durand (eds.), *Marxism and the Movies. Critical Essays on Class Struggle in the Cinema*, Jefferson (NC), McFarland & Co., 2023.

¹⁵ Herbert J. Biberman, *Salt of the Earth: The Story of a Film* (2ª ed.), Nueva York, Harbor Electronic Publishing, 2003. Se puede ver la película subtitulada en castellano aquí: www.youtube.com/watch?v=Yvj7bXVg0ms.

Una aclaración al pasar: cuando hablo de «idiotización», lo hago no en referencia al sentido coloquial o psiquiátrico de la palabra «idiotia», sino en referencia a su acepción griega primigenia. En la Atenas de Pericles y otras *poleis* democráticas de la Hélade clásica, se le decía *idiotes* a la persona enfrascada en sus negocios o asuntos privados, renuente al compromiso público. Hablo de *idiotización*, pues, en un sentido estrictamente político-sociológico, no en un sentido ofensivo o descalificatorio.

Retomo lo que decía: si el hablar de política excluye la salud, la educación, el empleo, la distribución de la riqueza, las relaciones exteriores, el medio ambiente, la cultura, la equidad de género, los derechos humanos, la cuestión de la vivienda, el conflicto de clases y otros ítems no menos relevantes, y todo se lo simplifica con la disyuntiva penal de juzgar con cinismo –es decir, con descreimiento cáustico y jactancioso– si fulano o mengana es culpable o inocente de la corrupción que la prensa hegemónica le atribuye, estamos en serios problemas, máxime en estos tiempos de *fake news* y *lawfare*.

La corrupción es un problema entre decenas de problemas. Y definitivamente no es algo privativo del “Tercer Mundo”. Quienes hayan visto series como *House of Cards* y *Trapped*, se habrán percatado de que “la política” tiene pésima fama también en EE.UU. y Europa. El intelectual liberal-positivista argentino Agustín Álvarez, anglófilo como pocos, hubiese quemado su *Manual de patología política* acerca de la Argentina, de haber conocido de primera mano el Birmingham mafioso que destapa *Peaky Blinders*...

La creencia de masas según la cual el ejercicio de la función pública está irremediabilmente asociado al enriquecimiento ilícito (coimas, malversación de fondos, tráfico de influencias, prevaricato, nepotismo, etc.) se halla universalmente extendida. Esto es así porque el abuso de poder es un problema estructural, inherente a la delegación del poder, a la representación política. Solo en un contexto ideal de democracia directa a lo Rousseau, de soberanía popular no transferida, podría acaso erradicarse totalmente el problema de la corrupción. De ahí la necesidad de que el análisis y la reflexión, sin negarlo o minimizarlo, lo trasciendan, sopesando todos los aspectos que hacen a la cosa pública. El fenómeno de las ultraderechas (Trump, Bolsonaro, Vox, Meloni, Milei, Kast, etc.) ilustran cuáles son los riesgos que entraña la demagogia de anular la complejidad del debate político mediante la opinología beocia del “se robaron todo”.

Debiéramos discutir más de otras cosas: la estructura profunda del capitalismo como sistema económico, la materialidad contradictoria de las clases y fracciones de clase en pugna o en alianza. Habría que poner la lupa sobre los *lobbies* empresariales que, desde las sombras y a veces a plena luz del día, condicionan (limitan o inducen) a legisladores, gobernantes y jueces en su función pública. Necesitamos examinar a fondo las ideas o propuestas –económicas, educativas, sanitarias, ecológicas, etc.– que hacen que las fuerzas partidarias se diferencien o asemejen, se enfrenten o aglutinen en la arena de la política. Tendríamos, pues, que pontificar menos sobre corrupción o transparencia, y hablar más de intereses de clase e ideologías. Esa debería ser, sin dudas, nuestra brújula intelectual en política, tanto a nivel ético como estratégico.

* * *

En su perspicaz y mordaz libro *Argentinismos* (2011), el escritor y periodista porteño Martín Caparrós incluyó diversos neologismos muy fecundos para pensar críticamente la cultura política de Argentina. Uno de ellos es el *honestismo*. ¿Qué es el honestismo? Caparrós, fino ironista, lo definió así: “la convicción de que –casi– todos los males de la Argentina actual son producto de la corrupción en general y de la corrupción de los políticos en particular”¹⁶.

¹⁶ Martín Caparrós, “Honestismo”, en *Argentinismos*, Bs. As., Planeta, 2011, pp. 169-185.

Vayamos al desarrollo de esta idea: “El honestismo es un producto de los noventa: otra de sus lacras. Entonces, ante la prepotencia de aquel peronismo” (léase: el menemismo), “cierto periodismo –el más valiente– se dedicó a buscar sus puntos débiles en la corrupción que había acompañado la destrucción y venta del Estado, en lugar de observar y narrar los cambios estructurales, decisivos, que ese proceso estaba produciendo en la Argentina”¹⁷. El autor acota:

La corrupción fueron los errores y excesos de la construcción del país *convertible*¹⁸: lo más fácil de ver, lo que cualquiera podía condenar sin pensar demasiado. Es como los juicios a los militares: aquellos militares empezaron a cambiar las estructuras sociales del país, destruyeron las organizaciones sociales, produjeron la deuda externa que todavía nos siguen cobrando pero los juzgamos por haber robado una cantidad de chicos. Es terrible robar chicos. Pero frente a lo que construyeron como país es un hecho menor. Sus torturas, sus asesinatos incluso son, frente a eso, un hecho menor: un hecho espantoso acotado frente a un efecto global que se extiende en el tiempo, que dura todavía. Pero es mucho más fácil acordar en lo horrible de sus torturas y robos que en lo definitorio de su reestructuración del país (entre otras cosas, porque los que se beneficiaron con esa reestructuración son, ahora, los dueños de casi todo). Lo mismo pasó, con menos brutalidad, con la misma eficacia, con las reformas del peronismo de los años noventa. (...)

La furia honestista tuvo su cumbre en las elecciones de 1999, cuando elevó al gobierno a aquel monstruo *contra natura* [el político de la UCR Fernando de la Rúa, líder de la Alianza y sucesor del presidente Menem], pero nunca dejó de ser un elemento central de nuestra política. Muchas campañas políticas se basan en el honestismo, muchos políticos aprovechan su arraigo popular para centrar sus discursos en la denuncia de la corrupción y dejar de lado definiciones políticas, sociales, económicas. El honestismo es la tristeza más insistente de la democracia argentina: la idea de que cualquier análisis debe basarse en la pregunta criminal: quiénes roban, quiénes no roban. Como si no pudiéramos pensar más allá.¹⁹

Caparrós venía usando el término desde hacía algún tiempo. En 2009, por ejemplo, había publicado en *Crítica de la Argentina* –el periódico de Jorge Lanata– un artículo en formato de autoentrevista que llevaba por título, precisamente, “Honestismo”. Allí explicaba:

Yo digo que la honestidad es el grado cero de la actuación política y que por supuesto hay que exigirle a cualquier político –como a cualquier empresario, ingeniero, maestra, domador de pulgas– que sea honesto. Que, por supuesto, la mayoría de los políticos argentinos no lo parecen. Que, por supuesto, es necesario conseguir que lo sean. Pero que eso, en política, no alcanza para nada: que un político sea honesto no define en absoluto su línea política. Por eso digo que la honestidad es –o debería ser– un dato menor: el mínimo común denominador a partir del cual hay que empezar a preguntarse qué política propone y aplica cada cual.

(...) hay muchos que siguen currando con eso de la honestidad: con la denuncia, con los prontuarios ajenos, con la promesa propia. Y, con eso, clausuran el debate sobre el poder, la riqueza, las clases sociales: *acá lo que necesitamos son gobernantes honestos, dicen, y la honestidad no es de izquierda ni*

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ Alusión picante de Caparrós –aunque las cursivas son mías– a la Ley de Convertibilidad de 1991, hito fundacional del Menemato. Pergeñada por el tecnócrata neoliberal Domingo Felipe Cavallo, ministro de Economía de Menem (y luego también de De la Rúa), estableció una paridad fija entre el peso argentino y el dólar estadounidense, a razón de –como se dijo en los noventa– “uno a uno” (1 ARS = 1 USD). La inusitada baratura artificial de la divisa norteamericana en una economía bimonetaria como la argentina, que el Estado nacional sostuvo porfiadamente a lo largo de una década por medio del ajuste fiscal, las privatizaciones masivas y/o el endeudamiento externo (tanto durante el menemismo como durante el corto gobierno aliancista), tuvo a largo plazo efectos ruinosos sobre la producción y el empleo, especialmente sobre el aparato industrial y los sectores populares. Pero en el corto plazo, dio lugar a una bonanza de especulación financiera y varios años de *boom* consumista (productos importados, *shopping centers*, viajes turísticos al exterior, *shows* de bandas internacionales, etc.) que las élites y las capas medias no desaprovecharon: la llamada “fiesta menemista”. *Vid.* Martín Rodríguez y Pablo Touzon, *¿Qué hacemos con Menem? Los noventa veinte años después*, Bs. As., Siglo XXI, 2021.

¹⁹ Caparrós, *op. cit.*

de derecha. La honestidad quizá no, pero los honestos seguro que sí. Se puede ser muy honestamente de izquierda y muy honestamente de derecha, y ahí va a estar la diferencia. Quien administre muy honestamente en favor de los que tienen menos –dedicando honestamente el dinero público a mejorar hospitales y escuelas– será más de izquierda; quien administre muy honestamente en favor de los que tienen más –dedicando honestamente el dinero público a mejorar autopistas, *parkings*, teatros de ópera– será más de derecha. Quien disponga muy honestamente cobrar más impuestos a las ganancias y menos IVA sobre el pan y la leche será más de izquierda; quien disponga muy honestamente no cobrar impuestos a las actividades financieras y sí al trabajo asalariado será más de derecha. Quien decida muy honestamente facilitar el uso de anticonceptivos será más de izquierda; quien decida muy honestamente acatar las prohibiciones eclesiásticas será más de derecha. Quien decida muy honestamente educar a los chicos pobres para sacarlos de la calle será más de izquierda; quien decida muy honestamente llenar esas calles de policías y de armas será más de derecha. Y sus gobiernos, tan honesto el uno como el otro, serán radicalmente diferentes. Digo, en síntesis: la honestidad –y la voluntad y la capacidad y la eficacia–, cuando existen, actúan, forzosamente, con un programa de izquierda o de derecha.²⁰

Martín Caparrós entonces se plantea esta pregunta: ¿si no hubiera tanta corrupción política como la hay en Argentina, la educación y la salud públicas –por poner dos ejemplos muy claros de bienestar general que gozan de un amplio consenso en la sociedad, desde los tiempos de Domingo Faustino Sarmiento y Ramón Carrillo, cuando menos– no estarían acaso mejor de lo que están hoy, como consecuencia del desfinanciamiento crónico de los últimos decenios?

Me han dicho varios lectores, y es el argumento clásico del honestismo progre y yo digo que sí, que un poquito mejores. Pero lo que define la salud o la educación argentinas no es que quienes tienen que organizar sus prestaciones públicas se roben un 10, un 20, un 30% del dinero destinado a ellas; lo que las define es que –gracias a la dictadura militar y sus continuadores democráticos– los argentinos que pueden hacerlo compran salud y educación privadas, y dejan a los pobres esa educación y esa salud públicas que los políticos corroen. O sea: si este mismo sistema estuviera administrado sin la menor fisura, habría –supongamos– un tercio más de recursos para hospitales y escuelas, y los pobres tendrían un poco más de gasa y un poco más de vacunas y un poco más de tiza –y los ricos seguirían teniendo tomógrafos y *bypasses* al toque y computadoras en el aula. Quiero decir: si todos los políticos fueran honestos, todavía tendríamos que tomar las decisiones básicas: en este caso, por ejemplo, si queremos que haya educación y salud de primera y de segunda, o no. Si queremos que un rico tenga muchísimas más posibilidades de sobrevivir a un infarto que un pobre, o no. Si pensamos que saber matemáticas es el derecho de los hijos de los que ganan más de cuatro lucas, o no.

Pero muchos políticos –y muchos ciudadanos– evitan discutirlo y hablan de la corrupción, que es más fácil y es decir casi nada: ¿quién va a proclamar que está a favor del cáncer? El honestismo es la forma de no pensar en ciertas cosas, un modo parlanchín de callarse la boca. O, para decirlo como lo escribí hace justo diez años, en una nota que se llamaba *El curro de la corrupción*²¹: “Un día nuestros gobernantes serán probos, ignorarán todo sobre las islas Caimán, usarán su propio coche para irse de *shopping* y denunciarán a su secretaria cuando se limpie las uñas con un clip del Estado: eso es, al menos, lo que nos prometen últimamente casi todos los líderes políticos. Ese día va a ser espeluznante; ese día nuestras esperanzas, si es que todavía las tenemos, caerán procelosas como guano de paloma sobre testas peladas. ¿Será que vamos a esperar hasta ese día para descubrir el curro de la corrupción?”

“...Ese día tan esperado, cuando nuestros gobernantes sean tan buenos como la madre Teresa de Calcuta, va a ser estremecedor: ese día, tres millones de desocupados se van a dar cuenta de que siguen estando desocupados; diez millones de pobres van a ver que son igual de pobres; treinta millones de argentinos van a entender que el país está hecho para los otros ocho o nueve, aunque ahora lo van a administrar con honra. Y –quizás, ese día– sí va a pasar algo”.²²

²⁰ M. Caparrós, “Honestismo”, en *Crítica de la Argentina*, 8 de abril de 2009.

²¹ Publicada en 1999 en la revista *Veintiuno*. No he podido identificar el número ni la fecha exacta.

²² Caparrós, “Honestismo”, art. cit.

En “Pamplinas”, su columna de opinión para la revista dominical del diario madrileño *El País*, el literato rioplatense radicado en España volvió a la carga el 7 de abril de 2024, en un artículo intitulado “La palabra *honestismo*”, donde aplica el concepto a la coyuntura ibérica de aquel momento (el escandaloso caso del novio de Isabel Díaz Ayuso, la presidenta de la Comunidad de Madrid, acusado de fraude fiscal y falsificación de documentos)²³ buscando trascenderla con criticidad y *parresía*:

El honestismo ya es central en la política española: ahora, aquí, llevamos semanas y semanas en que no se discuten proyectos ni programas sino grados de corrupción: *tú mucho, y tú más, y tú más más, y tu novio un montón*.

Es honestismo puro, pero la palabra *honestismo* tiene un problema: muchos no la han oído nunca. El honestismo es uno de esos conceptos muy presentes que no tenían una palabra que los representara: la idea de que la causa principal de los males de nuestras sociedades es la corrupción de sus políticos (y que la honestidad, por lo tanto, sería su solución). Es, como tantas, una falacia interesada.

En las últimas décadas la corrupción pasó a ser uno de los temas principales de la política y, sobre todo, de la relación de muchos ciudadanos con ella. La corrupción es un abuso de confianza, una defraudación en su sentido más estricto: funcionarios y empresarios que han prometido cumplir las leyes se aprovechan de sus poderes –político, económico– para no cumplirlas y lucrar. Señores y señoras estafan a quienes les creyeron y eligieron (y eso provoca mucha, justa, rabia). La corrupción se instala sobre un principio insoportable: la mentira. La corrupción es una mentira en acto, alguien que hace a escondidas lo contrario de lo que dice y muestra (y lo niega mintiendo, fatalmente mintiendo).

Es fácil, de ahí, llegar a la conclusión acostumbrada: *claro, estamos como estamos porque estos corruptos se están robando todo*. Pero, aunque la operación es obscena, poco cambiaría si los dineros que roban se usaran para sus propósitos legítimos. Lo que hacen, sí, es mostrar la calaña de cada cual, sus principios, sus fines. Pero la reacción honestista reemplaza el debate político por un proceso policial. Allí donde todo son matices, opiniones –*yo prefiero tal cosa, tú tal otra*–, aparece un elemento indiscutible: *se embolsó tal dinero, pagó tal dinero, es delito y no hay más que hablar*.

Así, la corrupción se ha transformado en algo utilísimo: el sustituto de cualquier debate. Lo que define, digamos, el deterioro de la sanidad en Madrid no es que unos cuantos parientes y entenados se empeñen en llevarse unos millones sino que su gobierno sostenga, con todo respeto por las leyes, una política de reducción de la atención pública y fomento de la privada.²⁴

Caparrós hacía referencia al crecimiento descontrolado de las listas de espera en los hospitales estatales madrileños: hacia marzo de 2024, casi un millón de pacientes veían su atención médica largamente postergada debido a la crisis de un sistema de salud pública desfinanciado y desbordado por las medidas neoliberales de ajuste fiscal impulsadas por el gobierno centroderechista del Partido Popular de la Comunidad de Madrid (PPCM), encabezado por Díaz Ayuso.²⁵

Como no conseguimos limitar políticamente esas decisiones, esperamos que una corrupción venga y nos salve: *ah, son unos ladrones, podremos detenerlos*. En realidad son sobre todo unos políticos de derecha que quieren hacer lo que hacen los políticos de derecha: promover la ganancia de unos pocos, entregar al mercado la suerte de los muchos. Pero es más fácil hablar de delitos que de políticas. En épocas en que no sabemos del todo qué queremos, esa simpleza se agradece.

La honestidad, por supuesto, es indispensable: el grado cero de cualquier actuación, pública o privada (y como tal deberíamos tomarla). Su control debería quedar en manos de una policía y una justicia creíbles.

²³ www.pagina12.com.ar/720886-7-claves-del-escandalo-de-corrupcion-que-involucra-a-la-pare.

²⁴ Caparrós, “La palabra *honestismo*”, en *El País Semanal*, 7 de abril de 2024. La revista se edita en papel, pero hay una copia digital del artículo aquí: <https://elpais.com/eps/2024-04-06/la-palabra-honestismo.html>.

²⁵ Vid. Elena Reina, “Las listas de espera de Madrid baten un nuevo récord con 116.000 pacientes más en cola que el año pasado”, en *El País*, 26 de marzo de 2024.

Y la política debería centrarse en quién propone qué, quién pierde, quién se beneficia. Siempre dicen que la corrupción no es de izquierda ni derecha, que está más allá de las ideologías. Es otra falacia del honestismo: la corrupción es, precisamente, el triunfo de una ideología, la que los hace desear plata, lujitos y ventajas. (Y qué aburrido que todos los corruptos quieran dinero para comprarse coches gordos, caserones, viajes, siliconas, vestidos de etiquetas, joyas, cirugías. A veces parece que lo peor de esta raza es su falta de imaginación, su ambición tan escasa. Otras, que es otra cosa).

Por eso la corrupción es de derecha por esencia pero los corruptos y los honestos pueden anidar en cualquier bando. Se puede ser muy honestamente de izquierda y muy honestamente de derecha, y allí estará la diferencia. Quien administre muy honestamente en favor de los que tienen menos –dedicando honestamente el dinero público a mejorar escuelas y hospitales– será más de izquierda; quien administre muy honestamente en favor de los que tienen más –dedicando honestamente el dinero público a mejorar autopistas y óperas– será más de derecha. Quien disponga muy honestamente cobrar más impuestos a las ganancias y menos IVA sobre el pan y la leche será más de izquierda; quien disponga muy honestamente seguir eximiendo de impuestos a las actividades financieras o la riqueza acumulada será más de derecha. Y sus gobiernos, tan honesto el uno como el otro, serán radicalmente diferentes. Por eso sería tanto mejor que, en lugar de centrarnos en los delitos, se los dejáramos a quienes corresponden y pudiéramos empeñarnos en las formas que queremos para nuestras sociedades. Sería tan bueno, digo, que dejáramos por fin el honestismo.²⁶

En su penúltima obra, *Antes que nada*, que salió de imprenta en octubre del año pasado, Caparrós incluyó un texto llamado “El honestismo”, que es una versión ligeramente modificada del que publicara en *El País Semanal*. Entre los pasajes nuevos, figuran estos dos: 1) “El honestismo es una reacción habitual a la penuria. En general, cuando un país está próspero a nadie le importa mucho que sus gobernantes roben un poquito. La indignación aparece cuando hay problemas –económicos, sobre todo– porque la corrupción parecería explicarlos. *Claro, estamos así porque estos delincuentes se están robando todo*” y 2) “El honestismo es la mejor forma de no debatir políticas. La corrupción existe y hace daño. Pero también existe y hace daño esta tendencia general a atribuirle todos los males. La corrupción se ha transformado en algo utilísimo: el remate de cualquier debate.”²⁷

El presente ensayo no hubiera sido posible sin el pensamiento fecundo de Martín Caparrós, sin su crítica incisiva al honestismo. Dejo constancia de esta deuda intelectual. Lo que no significa, desde luego, que Caparrós sea responsable de mis propias disquisiciones.

* * *

En la retórica regeneracionista de la derecha impoluta, siempre tan preocupada por la “probidad” de los funcionarios públicos y la “calidad” de las instituciones republicanas, por los “valores” y las “formas” del Estado de derecho, hay un término culterano que se repite bastante: *cleptocracia*. Es tan sofisticado como peyorativo, y sofisticado. Palabra elegante y lapidaria a la vez, que los halcones de EE.UU. también han usado *ad nauseam* –en conjunción con “narcoestado” y siempre con doble rasero– para calificar a los regímenes socialistas o populistas de América Latina que, como Cuba y Venezuela, o la Bolivia de Evo Morales, no son del agrado de Washington debido a su “izquierdismo” o falta de alineación hemisférica.²⁸

²⁶ Caparrós, “La palabra *honestismo*”, art. cit.

²⁷ Caparrós, “El honestismo”, en *Antes que nada*, Random House, 2024. Disponible aquí: www.elsalmon.info/post/el-honestismo.

²⁸ Véase mi reciente ensayo “La presa del águila y el tesoro del dragón. América Latina y el imperialismo yanqui en tiempos de expansión china y reacción trumpista”, en *Kalewche*, sección Brulote, domingo 23 de noviembre de 2025, disponible en <https://kalewche.com/la-presa-del-aguila-y-el-tesoro-del-dragon>.

En el Río de la Plata, la han utilizado muchos. Por ejemplo, el pensador de centroderecha Santiago Kovadloff, *el Catón argentino*, un conspicuo referente de la intelectualidad *gorila* que fustigó con dureza al kirchnerismo –no sin razón– por enriquecimiento ilícito,²⁹ pero no así al macrismo que lo sucedió en 2015; un macrismo aún más corrupto que su predecesor, habida cuenta sus frondosos y privilegiados nexos con el *establishment* económico y la llamada “patria contratista” (de la cual los Macri –padre e hijo– son un ejemplo paradigmático), pero ideológicamente neoliberal y neoconservador, y por ello merecedor –para los “ñoños republicanos”– de una amplia indulgencia.³⁰

La larga cruzada intelectual de don Santiago Kovadloff –paladín infatigable de la ética republicana– contra la “corrupción populista”, contra la “cleptocracia K”, contra el “narcoestado peronista”, se ha plasmado en varios libros de amplia circulación, amén de un sinfín de artículos en la prensa burguesa. Entre sus filípicas de largo aliento, podemos destacar *Las huellas del rencor. Meditaciones de una década autoritaria* (2015) y *¡República urgente! Alegato por una democracia auténtica* (2021), el segundo en coautoría con Héctor Guyot. Su proverbial celo catoniano –no menos eficaz por su pundorosa sobriedad, por su mesurada prescindencia de las catilinarias– también se ha expresado en numerosas entrevistas, por ejemplo, la del verano de 2016 con *Qué*, donde nos legó uno de sus más famosos *dicta* o *magister dixit*, aquel donde sugirió con grandilocuencia de vidente Nostradamus que Mauricio Macri –recién llegado a la Casa Rosada– estaba llamado a convertirse en el Adenauer de la Argentina poskirchnerista (analogía que a algunos hizo recordar las ilusiones gaullistas de Mariano Grondona con el dictador golpista Onganía en los sesenta):

El riesgo más alto que se corre en la Argentina es la naturalización del delito. Acostumbrarnos a que la política esté del lado de lo delictivo. Estamos frente a una educación cívica muy deficitaria para combatir el delito. Yo creo que hay que combatir a todas las expresiones de la delincuencia (...), pero siempre desde la ley. Pero la ley al narcotráfico debe presentarle un frente de batalla, no un planteo disuasivo. Tenemos una labilidad en nuestras fronteras que es espantosa, un tráfico de mercancía drogadicativa descomunal, una policía corrompida con el delito. La tarea es inmensa. Necesitamos un Adenauer.³¹

Entrevistado por Mariano Spezzapria para *El Día* de La Plata en agosto de 2018, cuando Macri ya llevaba gobernando casi tres años, Kovadloff comentó, a propósito de su flamante libro *Locos de Dios. Huellas proféticas en el ideal de Justicia*,³² lo siguiente:

Soy un lector empedernido de la Biblia, tanto de la cristiana como de la judía y del Corán. Y me interesa lo que pueda haber de histórica y filosóficamente vital en un planteo en el cual la religión es un articulador epocal. Leyendo a los profetas judíos, advertí que la primera indicación histórica de nuestra especie, en el orden de buscar una conciliación entre ética y política, aparecía con ellos. (...)³³

[Un mensaje] que tiene una vigencia notable, que no es la necesidad de que la política absorba a la ética de una manera absoluta, como para ser impoluta, pero sí de la demanda que la ética le hace a la política para que no sea corrupta. (...)

[Los profetas del Antiguo Testamento pueden ser identificados] como personas que puntualizan esto: *si la política se subordina a la ley o la ley se tiene que subordinar a la política*. Cuando la ley se subordina a

²⁹ Sobre la corrupción durante el kirchnerismo, véase Jorge Asís, *La marroquinería política* (2007) y *El descascaramiento* (2007), ambos publicados en Bs. As. por Planeta.

³⁰ Acerca de la corrupción macrista, *vid.* el libro de Ignacio Damiani y Julián Maradeo, *Radiografía de la corrupción PRO*, Bs. As., Planeta, 2018; y también la obra de Laura Di Marco, *Macri. Historia íntima y secreta de la élite argentina que llegó al poder*, Bs. As., Sudamericana, 2017.

³¹ Entrevista con Gonzalo Gobbi, “La naturalización del delito es el mayor riesgo de Argentina”, en *Qué*, 20 de febrero de 2016. Disponible en <https://quedigital.com.ar/multimedia/la-naturalizacion-del-delito-es-el-mayor-riesgo-de-argentina>.

³² Bs. As., Emecé, 2018.

³³ Kovadloff es miembro de la colectividad israelita de Buenos Aires, descendiente de inmigrantes asquenazíes. En su libro *La extinción de la diáspora judía* (Bs. As., Emecé, 2013), se definió como “un judío posdiaspórico”.

la política, vamos camino a la corrupción. Cuando la que se subordina es la política, estamos en un mundo utópico. Pero cuando la ley no busca que la política se le subordine, entonces estamos en un mundo criminal.³⁴

En otro pasaje de la entrevista, Spezzapria interroga a Kovadloff por la figura religiosa de Jesús de Nazaret. Concretamente, le pregunta si aquel personaje envuelto en la leyenda fue o no un profeta como Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, Aarón, Josué, etc. Kovadloff habla elogiosamente del *rabbi* de Galilea, ante lo cual el periodista –que quería traer al entrevistado al aquí y ahora– le repregunta al hueso: “¿Qué dirían los profetas sobre la realidad argentina?”. Con falsa modestia y sobreactuada cautela e imparcialidad, haciendo gambetas memorísticas y malabares eufemísticos para exculpar al oficialismo macrista, Kovadloff le responde esto, sin jamás dejar de lado su estilo atildado y sentencioso (un estilo con el que siempre ha buscado disimular su mediocridad intelectual de gurú biempensante, de maestro espiritual del moralismo abstracto, un idealismo obtuso, ciego ante los intereses materiales de las clases y sus antagonismos estructurales):

No me arrego este pensamiento, pero advierto que estamos en una transición de la cleptocracia [kirchnerista] a la democracia, con muchas contradicciones, como no puede ser de otro modo. Lo que nace, nace sucio, después se limpia. Nada garantiza que esto tenga continuidad, pero lo auspicioso es que comenzó, que se está tratando de que la ley opere con independencia del poder político.³⁵

El entrevistador no se da por satisfecho, sin embargo: “¿Cómo analiza el caso de los empresarios involucrados en hechos de corrupción?”, le consulta. Es un asunto que –huelga aclarar– el entrevistado nunca hubiese traído a colación *motu proprio*. La respuesta de Kovadloff es obligada y un tanto elusiva, “políticamente correcta”, *pour la galerie*, carente de entusiasmo crítico y de filo polémico, sin ninguna pulsión de *parresía*, un ejemplo de equilibrio diplomático cuidadosamente calculado: “Hay episodios que no admiten irresolución. Nadie puede justificar su complicidad con el delito. No hay argumento que justifique ser cómplice de la corrupción y de la cleptocracia”. Spezzapria no suelta a su presa: “¿Y qué pasa con el gobierno? ¿Qué debería hacer?”. Santiago Kovadloff timoratamente improvisa una advertencia de responsabilidad histórica –muy atemperada por su aprobación general al rumbo de gestión– para inmediatamente después concentrarse en su obsesión antiperonista –oscuramente oligárquica y antipopular, inconfesadamente elitista y clasista– de toda la vida:

Le sugiero [al gobierno de Macri] que advierta bien el desafío que tiene: lo que está sucediendo es bueno, pero hay un sector de la población que no está en condiciones de tolerar el largo plazo como espera de una redención. Y esto requiere también de la oposición, de un peronismo que a través de una autocrítica que aún no ha hecho, se ponga en una posición confiable de alternativa republicana. (...)

[Eso sucederá] cuando sus dirigentes [los dirigentes del peronismo] decidan subordinar el ideal del poder al ideal de la ley. Si se preservan los fueros de la Señora [la expresidenta Cristina Fernández de Kirchner] en aparente consonancia con una formalidad, que es que la Justicia no ha demostrado delitos que comprometan ese fuero, no habría que quitárselos. Pero la experiencia de Menem es que aun cuando se comprueban los delitos, no le quitaron los fueros.³⁶

La etimología de *cleptocracia* es obviamente griega: los vocablos *kleptein* o «robar» y *kratos* o «poder», algo así como «gobierno de los ladrones».³⁷ De más está decir que esta etimología nos remite a la filosofía antigua de Occidente y sus tipologías analíticas y morales sobre los regímenes políticos, desde Platón y Aristóteles

³⁴ www.eldia.com/nota/2018-8-20-2-49-1--la-vida-no-termina-cuando-uno-muere-sino-cuando-claudica-moralmente--politica-y-economia.

³⁵ *Ibid.*

³⁶ *Ibid.*

³⁷ https://cvc.cervantes.es/foros/leer_asunto1.asp?vCodigo=39969.

en la Hélade clásica hasta Polibio y Cicerón en tiempos del ocaso de los reinos helenísticos y el ascenso imperial de Roma: las célebres “formas de gobierno” con sus variedades “puras”, “impuras” y “mixtas”. Un repertorio de conceptos que, por lo general, llevan como sufijo *-cracia* o *-arquía*: aristocracia, democracia, monarquía, oligarquía, etc.³⁸

El diccionario de la RAE define con concisión la cleptocracia como el “sistema de gobierno en el que prima el interés por el enriquecimiento propio a costa de los bienes públicos”³⁹. La *Wikipedia* en castellano, por su parte, ofrece la siguiente caracterización, más pormenorizada (y ciertamente no exenta de tendenciosidad eurocéntrica, acaso racista, indudablemente imperialista):

Cleptocracia (...) es el establecimiento y desarrollo del poder basado en el robo de capital, institucionalizando la corrupción y sus derivados como el nepotismo, el clientelismo político y/o el peculado, de forma que estas acciones delictivas quedan impunes debido a que todos los sectores del poder están corruptos, desde la justicia, funcionarios de la ley y todo el sistema político y económico.

Es un término de reciente acuñación, y se suele usar despectivamente para decir que un gobierno es corrupto y ladrón. (...)

En una cleptocracia, los mecanismos del gobierno del Estado se dedican casi enteramente a gravar los recursos y a la población del país, por medio de impuestos –no retribuíbles a ellos–, desvíos de fondos, etc. Los dirigentes del sistema amasan grandes fortunas personales, en especial el presidente o el mayor cargo de jefe de Estado, junto a los más allegados como los ministros, gobernadores, alcaldes y asesores personales. El dinero es lavado o se desvía a cuentas bancarias secretas, por lo general en paraísos fiscales, como encubrimiento del peculado o robo.

Las economías de los regímenes cleptocráticos tienden a decaer constantemente, pues la corrupción sistemática engendrada por el gobierno significa que la economía está subordinada a los intereses de los cleptócratas. (...) África y América Latina son las regiones más propensas.⁴⁰

Pero se equivoca la enciclopedia más popular de internet en un detalle: aunque moderno, el neologismo «cleptocracia» no es nada reciente. Sus orígenes se remontan, al parecer, a los inicios del siglo XIX, hace más de doscientos años. El *Oxford English Dictionary* acredita su uso –el cognado *kleptocracy*– ya desde 1819, cuando menos. *Indicator* hablaba de la “cleptocracia española” en alusión a la España absolutista de Fernando VII y sus posesiones de ultramar, esquilmas por los funcionarios de la corona.⁴¹

Sin embargo, la idea en sí de una corrupción estructural o sistémica asociada a un régimen político *ad hoc* es mucho más antigua. Se puede hablar, en este sentido, de una cleptocracia *avant la lettre*: el significado adelantándose en el tiempo al significante. Los autores griegos y romanos caracterizaron a las formas de gobierno “impuras” (la tiranía, la oligarquía y la demagogia u oclocracia; degeneraciones de la monarquía, la aristocracia y la democracia, respectivamente) como regímenes signados por la maldad e ilegitimidad, viciados por la injusticia e inmoralidad, marcados a fuego por el abuso de poder y la ilegalidad. Regímenes arbitrarios, opresivos y violentos, pero también *corruptos*, vale decir, rapaces con sus gobernados y vecinos, desmesurados en su codicia, proclives al latrocinio, propensos a la malversación interna y al saqueo externo.

Ya en la antigua Grecia era corriente el fenómeno ideológico de los reyes y aristócratas visceralmente consustanciados con una visión jerárquica y organicista –*ad naturam* y *ad aeternum*– de la sociedad, que nunca se autopercibían déspotas ni oligarcas, pero que siempre percibían a la democracia como una quimera

³⁸ Para mayores precisiones sobre la temática, véase el clásico libro de Norberto Bobbio, *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político*, México, FCE, 2001 (1976).

³⁹ <https://dle.rae.es/cleptocracia>.

⁴⁰ <https://es.wikipedia.org/wiki/cleptocracia>.

⁴¹ Cf. Fouad Sabry, *Patrimonialism: How Elite Power Shapes Governance and Society*, One Billion Knowledgeable, 2024, cap. 7.

ruinosa que, más temprano que tarde, abría las puertas a la “subversión” de los “demagogos” o “tiranos” como Pericles, Demóstenes y Pisístrato, estadistas u oradores que –más allá de sus limitaciones y contradicciones– impulsaron reformas progresivas, beneficiosas para el *demos*.⁴² En la República Romana tardía, la elitista facción de los *optimates* del Senado –histórico bastión institucional de la aristocracia– aborrecía con todas sus ganas a los carismáticos tribunos y caudillos *popularis* que –como los hermanos Graco y Julio César– se habían hecho fuertes en las asambleas o las legiones articulando las demandas de la plebe.⁴³ Nada nuevo bajo el sol: el antipopulismo, la rabia acérrima de las élites contra los líderes “demagógicos” o “cesaristas” (de Dionisio el Viejo y el Joven a Chávez y Evo Morales, de Cayo Mario a Getúlio Vargas, de Savonarola a Lázaro Cárdenas, de Cromwell a Perón, de Robespierre a Mamdani) es una pasión política tan vieja como la oligarquía misma.

El nivel de decencia o indecencia, de austeridad o codicia, de convicción sincera o cálculo oportunista de estos personajes –ciertamente muy variable– poco y nada importa. Si algunas de sus medidas modifican la distribución de riqueza y poder en sentido contrario a los intereses de las clases dominantes, por muy leves y graduales que sean esas alteraciones, seguramente serán tildados de tiranos y demagogos, acusados de despóticos y corruptos. Sus gobiernos serán juzgados *a priori*, siempre, como regímenes autoritarios y cleptocráticos, “populistas”⁴⁴. Aunque en realidad no lo sean. O lo sean menos o igual que otros gobiernos, a los cuales se apaña o disculpa por motivos de parcialidad ideológica. Doble moral: *quod licet Iovi, non licet bovi*. El antipopulismo oligárquico es inmune a las evidencias. Está hecho de prejuicios clasistas que se muerden la cola como un uróboro, a resguardo del sol de la verdad.

Hablando de cleptocracia y doble moral, no viene mal recordar que muchas de las dictaduras más corruptas y sangrientas del “Tercer Mundo” fueron apadrinadas –al menos durante un tiempo– por el imperialismo yanqui en el contexto de la Guerra Fría, so pretexto de la cruzada anticomunista. En América Latina, imposible olvidarse de Batista (Cuba), Trujillo (República Dominicana), Somoza (Nicaragua), Stroessner (Paraguay) y “Papa Doc” Duvalier (Haití), entre otros. Fuera del hemisferio occidental hubo, al amparo del Tío Sam, autócratas no menos siniestros que los caribeños y sudamericanos, en lo que a terrorismo de Estado y latrocinio de las finanzas públicas se refiere: en el África subsahariana, Idi Amin (Uganda) y Mobutu (Zaire); en el Asia-Pacífico, Suharto (Indonesia) y Marcos (Filipinas)... Por lo demás, la pesada herencia de regiones balcanizadas y Estados fallidos que ha dejado el accionar guerrillero o desestabilizador de Washington –invasiones e injerencias golpistas o facciosas– también ha dado pábulo a la proliferación de regímenes cleptocráticos de toda laya, como en los casos de Medio Oriente y el Cuerno de África: Afganistán, Irak, Libia, Siria, Somalia, Yibuti, Etiopía... Añadamos a la lista varios países del Caribe, donde la contrainsurgencia y/o la criminalidad narco –fenómenos indisolubles de la política exterior y el mercado negro de EE.UU.– han hecho estragos en el tejido social y el andamiaje estatal: las maras del Triángulo Norte de Centroamérica (El Salvador, Honduras y Guatemala), los cárteles de la droga mexicanos y colombianos. Si hay un país que no tiene autoridad moral para levantar el dedo acusador de la anticorrupción, ese país es Estados Unidos. Las razones son muchas –tantas como *Las venas abiertas de América Latina* de Galeano, podría decirse– y aquí ya hemos expuesto varias de peso, pero no hay que olvidarse de esta: a poco de iniciado su segundo mandato, Donald Trump firmó una orden ejecutiva suspendiendo una ley federal que prohíbe a las compañías estadounidenses pagar coimas a gobiernos

⁴² G. E. M. de Ste. Croix, *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, Barcelona, Crítica, 1988 (1981), cap. 5.

⁴³ Géza Alföldy, *Historia social de Roma*, Madrid, Alianza, 1987 (1984), cap. 4.

⁴⁴ Desde la teoría política, el pensador argentino Ernesto Laclau revalorizó positivamente y sistematizó en profundidad la noción de populismo, hasta entonces difusa y peyorativa, tributaria de la tradición liberal *mainstream* anglosajona. Lo hizo distanciándose de la perspectiva clasista y revolucionaria del socialismo, cortando amarras con la crítica radical anticapitalista, principalmente en dos libros: *Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo, populismo*, México, Siglo XXI, 1978; y *La razón populista*, Bs. As., FCE, 2005. Aunque esta deriva posmarxista me parece teórica y políticamente desacertada, por razones que aquí no podemos desarrollar, es indudable que Laclau marcó un antes y un después en los debates intelectuales sobre el populismo latinoamericano.

extranjeros, norma vigente desde 1977, cuando presidía EE.UU. el demócrata Jimmy Carter y todavía no se habían apagado los ecos del escándalo Watergate. No solo eso: la *executive order* trumpista congela todos los procesos penales incoados por delitos de cohecho en el exterior. En nombre del proyecto MAGA y la competencia con China, la Casa Blanca extiende un manto de amnistía general sobre la corrupción *outdoor*, practicada a diestra y siniestra por los capitalistas yanquis sin escrúpulos.⁴⁵ Por lo demás, debemos recordar que varios estados de EE.UU. (Nevada, Delaware, Montana, Dakota del Sur, Wyoming, etc.) se cuentan entre los mayores paraísos *offshore* o guaridas fiscales de este orbe neoliberal parido por la globalización y financiarización, los cuales contribuyen decisivamente –cual caja de Pandora– al lavado de *dirty money* de empresas fantasmas. El blanqueo de capitales o *laundering* es la condición de rentabilidad e impunidad *sine qua non* de muchos negocios turbios asociados a la mentada “cleptocracia” del discurso honestista fariseo, como el narcotráfico, el comercio ilícito de armas y la trata de personas con fines de explotación sexual, entre otros. “Donald Trump está convirtiendo vertiginosamente a Estados Unidos en el mayor paraíso fiscal de la historia”, sentenció en abril de este año, en un artículo para el sitio web de Project Syndicate, el economista norteamericano Joseph Stiglitz, «nobel» de Economía, ex vicedirector del Banco Mundial y consejero de Bill Clinton, un heterodoxo nekeynesiano pero ningún radical anticapitalista (hablo de Stiglitz, no de Clinton). “Basta con observar –argumentó– el mandato del Departamento del Tesoro de retirarse del régimen de transparencia que comparte las identidades reales de los propietarios de empresas”, amén de “la retirada de la administración de las negociaciones para establecer una Convención Marco de las Naciones Unidas sobre Cooperación Tributaria Internacional, su reticencia a aplicar la Ley de Prácticas Corruptas en el Extranjero y la gigantesca desregulación de las criptomonedas”⁴⁶.

Mientras escribo estas líneas, leo en los diarios que Trump ha indultado y puesto en libertad al expresidente hondureño Juan Orlando Hernández, cleptócrata conspicuo del Caribe, quien purgaba una condena de 45 años de prisión en EE.UU. por narcotráfico (“una conspiración corrupta y violenta [...] para facilitar la importación de cientos de miles de kilogramos de cocaína a Estados Unidos”⁴⁷, según la acusación del *Department of Justice* en 2022, cuando el narcopolítico centroamericano fue extraditado). El indulto constituye una maniobra de injerencia imperialista en el proceso electoral de una Honduras gobernada por la progresista Xiomara Castro, a favor de la derecha opositora encarnada por el Partido Nacional y su candidato presidencial Nasry Asfura, que Hernández ha seguido liderando informalmente desde el exilio.⁴⁸ Entretanto, Trump continúa con la cantinela cínica del “Cártel de los Soles” y la amenaza de una inminente invasión de Venezuela, ya hostigada por mar y bloqueada por aire en el contexto de una operación militar *Southern Spear* que aduce combatir al “narcoterrorismo” del “régimen de Maduro”, pero que huele demasiado a petróleo. *Double standard* de manual. Aunque claro: los Estados Unidos son los Estados Unidos, ¿no? *Aliis si licet, tibi non licet*, reza el aforismo mordaz de Terencio: “a otros se les permite, a ti no se te permite”.

La *offshorización* de activos, la fuga de capitales con el objeto de lavar la corrupción y evadir impuestos, es uno de los peores cánceres del capitalismo tardío, del tándem plutocracia-cleptocracia en tiempos de financiarización, como atestigua el caso de Argentina⁴⁹ desde antes que Milei (pero también con Milei, por supuesto, bajo cuya política de *laissez faire* exacerbado, el fenómeno se agudizó y alcanzó volúmenes récord, sin parangón desde la crisis de 2001-2002, como ha explicado recientemente el economista Robin Brooks en un artículo que escribió para su blog, “The Enormous Cost of Argentina’s Peg”⁵⁰). Fue merced al férreo respaldo político del dictador Videla y del Tío Sam, *manu militari* y terrorismo de Estado mediante,

⁴⁵ www.pagina12.com.ar/803302-estados-unidos-trump-suspendio-una-ley-que-prohibe-pagar-coi.

⁴⁶ www.project-syndicate.org/commentary/america-becoming-largest-tax-haven-under-trump-by-joseph-e-stiglitz-2025-04/spanish.

⁴⁷ Cit. y trad. en “Donald Trump libera a ex presidente de Honduras acusado de narcotráfico”, *La Jornada* de México, 3 de diciembre de 2025. www.jornada.com.mx/noticia/2025/12/03/mundo/donald-trump-libera-a-ex-presidente-de-honduras-acusado-de-narcotrafico.

⁴⁸ Cf. www.lapoliticaonline.com/internacionales/las-razones-de-trump-para-indultar-al-narco-ex-presidente-de-honduras-3234.

⁴⁹ Gustavo García, “Riqueza en fuga: las grandes empresas en la Argentina y las guaridas fiscales”, en Alejandro Bercovich (dir.), *El país que quieren los dueños*, Bs. As., Planeta, 2024, cap. 2, pp. 57-99.

⁵⁰ <https://robinjbrooks.substack.com/p/the-enormous-cost-of-argentinass-peg>.

que Martínez de Hoz y sus *Chicago boys* –seguidores del credo monetarista de Milton Friedman que también se aplicaba a sangre y fuego en el Chile de Pinochet– lograron en 1977 el nefasto *reseteo* neoliberal que tuvo en la Ley de Entidades Financieras su piedra angular, y que aún hoy, medio siglo después (casi en vísperas del 50º aniversario del golpe de Estado que puso en marcha el sedicente “Proceso de Reorganización Nacional”), lastra severamente el devenir material de la principal república del Río de la Plata, en población y PBI.⁵¹ Otra tragedia nacional que la derecha vernácula gusta incluir en su menú negacionista, con los crímenes de lesa humanidad perpetrados por la última dictadura y la cifra de 30.000 desaparecidos en la “lucha contra la subversión”.⁵²

¿Es correcto usar el concepto de cleptocracia teniendo en cuenta la animosidad de sus usuarios puertas adentro y puertas afuera? En principio, parece resultar pertinente, a pesar de todo y con las cautelas del caso (léase: evitando el honestismo de doble rasero que derrochan las derechas oligárquicas y el imperialismo estadounidense), para aquellos países –capitalistas o no– donde la corrupción, además de ser un fenómeno estructural o sistémico (siempre lo es en las sociedades con grandes asimetrías de poder y riqueza), alcanza niveles extremos de generalización e intensidad, de rutinización e impunidad; niveles que están notoriamente arriba de la media. Tales países serían regímenes cleptocráticos *stricto sensu*. Ahora bien: en un sentido más lato y amplio, podemos decir que el capitalismo es intrínsecamente cleptocrático, del mismo modo que es ínsitamente plutocrático. Más adelante veremos por qué.

* * *

Circulan muchos prejuicios burgueses acerca de la corrupción. Uno de ellos es *culpar al chancho y no al que le da de comer*. Cuando se habla de la venalidad de la dirigencia política, se soslaya casi siempre la responsabilidad de las élites empresariales. Sin embargo, la corrupción es una autopista de doble vía: no siempre es el poder político el agente corruptor, no siempre es el poder económico el agente corrompido. En infinidad de casos es al revés: quien corrompe es el sector privado, quien se deja corromper es el Estado. Dicho así, parece una verdad de Perogrullo. Pero eso que llamamos *sentido común* –ideología dominante naturalizada– consigue velarla, ocultarla. Además, no se debe pensar la corrupción de manera descontextualizada, como simples casos –aislados o generalizados– de inmoralidad e impunidad. Esa autopista de doble vía que es el enriquecimiento ilícito de funcionarios y empresarios en torno al Estado se enmarca siempre en una sociedad capitalista que impone condicionamientos económicos sistémicos –límites y presiones estructurales– a la política: sus instituciones, sus agentes, sus prácticas, sus dinámicas. Sin embargo, el sentido común es un picasesos de gran efectividad, como ilustran muchas encuestas. Por ejemplo, una que se hizo en Argentina a fines de noviembre, acerca de quiénes son los estamentos más corruptos e impunes de la sociedad. El 53,1% respondió “los presidentes y su entorno”; el 51,7%, “los funcionarios del Poder Judicial”; y el 48,7%, “los legisladores”. Es decir que los tres primeros puestos del *ranking* quedaron reservados a “la casta política”, en sus tres ramas clásicas. ¿Los empresarios figuran en el cuarto lugar, aunque sea? ¡De ninguna manera! El 47,6% de la población argentina confiere ese «mérito» a los sindicalistas, cuya reputación es casi tan mala como la de los políticos. Los capitalistas recién aparecen

⁵¹ Acerca de este tema, hay un libro que sigue siendo esencial: Walter Bosisio, Bruno Nápoli y M. Celeste Perosino, *La dictadura del capital financiero: el golpe militar corporativo y la trama bursátil*, Bs. As., Peña Lillo, 2014. A nivel divulgativo, recomiendo el siguiente artículo del colectivo Sin Fin – Periodismo en profundidad: “La ‘pequeña revolución’ de Martínez de Hoz”, en el utilísimo portal digital www.lasleyesdeladictadura.com.ar.

⁵² Véase mi ensayo ya citado “Protesta y represión...”, especialmente el apartado “Memoria y negación”, págs. 75-127. Disponible en <https://kalewche.com/cr8>. También estos dos libros: Hernán Confino y Rodrigo González Tizón, *Anatomía de una mentira. Quiénes y por qué justifican la represión de los setenta*, Bs. As., FCE, 2024; y Emilio Crenzel, *Pensar los 30.000. Qué sabemos sobre los desaparecidos durante la dictadura y qué ignoramos todavía*, Bs. As., Siglo XXI, 2025.

en el quinto lugar del *ranking* con el 39,6% de las opiniones compulsadas, un porcentaje sensiblemente más bajo que los dirigentes políticos y gremiales. ¿Los militares, policías y demás uniformados? Apenas un 28,8% consideró que las Fuerzas Armadas y de seguridad son el sector más corrupto e impune...⁵³ Revelador y desolador. Desde la izquierda anticapitalista, siempre se ha criticado –con mucha razón– el fenómeno de la burocracia sindical (sobre todo en la CGT), históricamente asociado en Argentina al peronismo: la conciliación blanda de los gremios con las patronales a costa de los salarios y derechos de las bases obreras, el verticalismo y personalismo en la conducción de los sindicatos, su cooptación y subordinación al Estado, la falta de democracia interna en las organizaciones gremiales, el clientelismo sindical, la violencia intimidatoria de las patotas de “los Gordos” contra grupos disidentes y huelguistas “silvestres”, el enriquecimiento ilícito a través de coimas empresariales y gubernamentales, el desvío delictivo de los fondos de las obras sociales, etc. Sin embargo, nada de esto avala el preconceito conservador según el cual el sindicalismo y la dirigencia política son mucho más corruptos que el *establishment* económico y la corporación policial-militar. No descubrimos la pólvora al constatar que estamos perdiendo por paliza la “batalla cultural” con la derecha neoliberal. Por el momento, la burguesía prevalece en la lucha de clases.

Otro prejuicio sobre la corrupción política es el siguiente: ella constituye la causa principal de la pobreza y la desigualdad, por lejos. Falso, muy falso. Si bien el Consejo Económico y Social de la ONU estima que la cuarta parte del gasto fiscal a nivel mundial podría malversarse en enriquecimiento ilícito de funcionarios públicos, esa pérdida solamente representaría el 5% del producto bruto global.⁵⁴ Lo que más genera pobreza y desigualdad es la concentración de los medios de producción e intercambio y la apropiación de plusvalía, vale decir: 1) la propiedad privada sobre los recursos naturales y técnicos (tierras, materias primas, alimentos, herramientas, maquinarias, infraestructuras, tecnologías, etc.) y 2) la explotación de la clase trabajadora por parte de la clase capitalista (salarios muy inferiores al valor creado por la mano de obra). En su mayor parte, la concentración de la riqueza se lleva a cabo por canales legales, no por conductos clandestinos.

Tercer prejuicio: la corrupción es un obstáculo insalvable para el desarrollo capitalista. Falso también. Si así fuese, ¿cómo se explicaría el fenomenal crecimiento industrial de Estados Unidos durante los *roaring twenties*? ¿Acaso no fueron también aquellos “felices años veinte” el cenit de Al Capone y otros gánsteres de la ley seca? Evidentemente, y mal que les pese a las luminarias del neoliberalismo, no existe ninguna correlación decisiva entre “cleptocracia” y “subdesarrollo”. Hay países del Sur Global con serios problemas de corrupción estructural que están creciendo a tasas altísimas o muy considerables (entre 16 y 5%) como Guyana, Níger, Senegal, India, Paraguay y Palaos, merced a diversos factores: bonanzas petroleras, nuevos agronegocios, industrialización, repunte pospandémico del turismo, etc.⁵⁵ A la inversa, países occidentales como Alemania, Austria, Finlandia y Nueva Zelanda, con fama de ser muy transparentes, están en recesión y vieron su PBI decrecer en 2024; o quedarse estancado, como Islandia.⁵⁶ Nada de lo dicho significa negar que la corrupción tenga una incidencia negativa en el devenir económico-social de los países. La tiene, en efecto. Lo que aquí se discute es la *centralidad etiológica* que se le suele otorgar, como si se tratara de la variable independiente, o casi. Se exagera hasta el delirio su importancia. Otros factores son mucho más gravitantes. Factores que no tienen que ver, de manera inmediata o fundamental, con la cultura política y sus particularidades nacionales, sino con la estructura material del mundo contemporáneo, en concreto, con el sistema capitalista y su –en palabras de Trotsky– *desarrollo desigual y combinado*. Al menos para el materialismo histórico, la corrupción es más un epifenómeno superestructural a ser explicado que una explicación crucial de la realidad económico-social. Para decirlo negro sobre blanco con un ejemplo muy citado: creer que la cleptocracia –por sí sola o con el gansterismo de los últimos decenios– es la gran panacea

⁵³ Véase la entrevista de Graña a Timeman referenciada en nota 9.

⁵⁴ www.un.org/es/desa/el-25-del-gasto-publico-mundial-se-pierde-en-corrupcion.

⁵⁵ www.focus-economics.com/es/blog/fastest-growing-economies-in-the-world.

⁵⁶ <https://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.MKTP.KD.ZG?locations=GY>.

explicativa del marasmo y la miseria del Haití contemporáneo⁵⁷, en lugar de la rapiña colonial y neocolonial de las potencias capitalistas occidentales –Francia primero y EE.UU. después– durante siglos, a través de múltiples mecanismos simultáneos o sucesivos (esclavitud, latifundio, monocultivo, indemnización por independencia, deuda externa, intercambio desigual, extranjerización de tierras, vaciamiento de recursos naturales, injerencias desestabilizadoras, ocupaciones militares, sanciones comerciales, etc.), constituye una mentira canallesca o, en el mejor de los casos, un craso error. Es una afirmación de validez general, con muchos otros botones de muestra que resultaría engorroso enumerar.⁵⁸

La corrupción, más que *la causa* del “atraso tercermundista”, es uno de sus síntomas. Que los culpables del infortunio prefieran una interpretación idealista (culturalista) a una explicación materialista (dependentista), no debería sorprendernos: buscan la distracción y autoexculpación, no la verdad. Esto se aplica no solo a las relaciones internacionales entre países centrales y periféricos, sino también a las relaciones sociales domésticas: la burguesía explotadora responsabiliza al Estado de la pauperizada situación del pueblo trabajador. Las grandes potencias y los grandes capitalistas prefieren hablar de la “corrupción” de la “casta”, o –más *chic*– de la “cleptocracia” de la “clase política”, para así no tener que hablar de sus propias fechorías imperialistas y plutocráticas. Tretas, embustes, triquiñuelas...

* * *

“La guerra es la continuación de la política por otros medios”, decía el prusiano Clausewitz en su tratado *Vom Kriege*. La criminalización mediática y judicial del adversario también: calumnias e injurias, *fake news* y *lawfare*...

Reducir la política, sin más, a la lógica penal binaria *decente/delincuente*, sobre la premisa de que todo opositor o disidente es –en acto o en potencia– corrupto, constituye un síntoma ominoso, inquietante. Pone de manifiesto el deterioro galopante, la degradación profundísima, que está sufriendo la democracia bajo el capitalismo neoliberal y digital.

No es necesario creer que CFK es la jefa de una banda mafiosa o “asociación ilícita” para criticarla y no votarla. Tampoco es menester creer eso de Milei para cuestionarlo y denegarle todo apoyo. Corrupción hubo, hay y habrá siempre en regímenes representativos donde el pueblo delega su soberanía a –o ha sido usurpado de ella por– un tirano o una oligarquía, ya sea en contextos de capitalismo fascista o liberal (o iliberal) o ya sea en contextos de socialismo burocratizado (esa es una de las muchas razones por las cuales el ideal de la democracia directa me sigue resultando tan atractivo, a pesar de sus dificultades prácticas en sociedades tan

⁵⁷ Vid. Jordi Feo Valero, “Haití: la primera república negra de la historia”, en *Guerra Colonial*, nro. 15, dic. 2024.

⁵⁸ Piénsese, sin ir más lejos del Caribe, en todas esas republiquetas bananeras de Centroamérica que se volvieron Estados fallidos por culpa del imperialismo yanqui y las guerras civiles que indujo o exacerbó en los ochenta –tras la Revolución Sandinista de 1979– bajo el reaganismo y sus operaciones de contrainsurgencia: Nicaragua, El Salvador, Guatemala, Honduras. La historia es conocida: espiral de violencia, terrorismo de Estado, paramilitares, inestabilidad política, crisis económica, anomia social, éxodo masivo a EE.UU. (sobre todo a California)... Entre los jóvenes y adolescentes centroamericanos que emigraron a los suburbios pobres de Los Ángeles, que vivían en condiciones muy duras de marginalidad, cundieron el narcotráfico y las pandillas, tanto en las calles como en los presidios. Así nacieron las tristemente célebres *maras*, como MS-13 y Barrio 18. Cuando muchos de estos inmigrantes regresaron a Centroamérica (más por deportación que por elección), introdujeron en sus colapsados países natales las redes mafiosas que habían creado en el destierro, las cuales se propagaron y fortalecieron con rapidez, aprovechando las óptimas condiciones internas para el crimen organizado. En Estados fallidos como los del Triángulo Norte, las maras salvadoreñas, guatemaltecas y hondureñas se volvieron ubicuas y todopoderosas, causando estragos. Con ellas, echó raíces también el fenómeno de la *narcopolítica*, amén del populismo autoritario y punitivista de Bukele en El Salvador. Cf. Carolina Sampó, “Las maras centroamericanas. Raíces y composición”, XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología/VIII Jornadas de Sociología de la UBA, Bs. As., 2009, y Jordana Timerman, “Éxito y terror del modelo Bukele”, en *Le Monde diplomatique*, ed. Cono Sur, marzo 2023.

populosas y complejas como las contemporáneas). La disidencia con el peronismo y la derecha (vieja, nueva o «viejinueva») puede y debe ser estrictamente *ideológica*: no concordar con sus programas y métodos, no coincidir con sus fines y decisiones (u omisiones), no simpatizar con sus bases sociales de apoyo (clases y fracciones de clase).

No es preciso imaginar que nuestros rivales son maleantes como Alí Babá, o hampones como Don Corleone, para oponerse con intransigencia a sus gobiernos y políticas. Con el disenso ideológico basta y sobra. Terminemos de una vez, por favor, con la farsa de querer hacer del Código Penal la panacea de los problemas argentinos. Lo que importa son los proyectos de país en danza, las medidas de gobierno que se toman o no se toman, las alianzas que se tejen y destejan, los sectores sociales e intereses económicos que se benefician o perjudican, las promesas electorales contrastadas con los resultados concretos de gestión... La política es algo muchísimo más vasto y complejo que la denuncia puritana o la querrela judicial contra tal o cual malversador anecdótico de fondos públicos.

Más allá de todos sus matices o diferencias en materia de programa macroeconómico y agenda cultural o securitaria, las dos coaliciones argentinas que compitieron en el balotaje de 2023 defienden el capitalismo, con más o menos liberalismo o estatismo, con más o menos progresismo o conservadurismo (Massa, de hecho, el candidato presidencial por el peronismo dista mucho de estar a la izquierda de este movimiento). Políticos corruptos los hay tanto en Unión por la Patria como en La Libertad Avanza. También políticos honestos. Margaret Thatcher, una de las estadistas más nefastas que tuvo el mundo en el último medio siglo, llevó siempre –por lo que se sabe– una vida austera, alejada del latrocinio. Y sin embargo, sus principistas políticas neoliberales (recortes, privatizaciones, desregulaciones) hicieron estragos en el tejido social de Gran Bretaña, como bien lo ha reflejado Ken Loach en numerosas películas que hoy ya son clásicos indiscutidos del cine realista proletario, no solo británico y europeo sino también mundial, desde la señora *Riff-Raff* hasta la reciente *The Old Oak*.

Insisto: el meollo del problema no es la corrupción por fuera de la ley. El meollo del problema es el capitalismo, tan o más inmoral que la corrupción (por él mismo engendrada, dicho sea de paso), aunque sea legalmente lícito, aunque la Constitución Nacional y el Código Civil y Comercial legitimen *de iure* las instituciones y dinámicas que lo vertebran (la propiedad privada sobre los medios de producción, el mercado, el trabajo asalariado, la ganancia, la acumulación y competencia de capitales). La izquierda revolucionaria no debe nunca caer en la telaraña del formalismo jurídico y sus razones o ficciones. Tampoco las clases trabajadoras, las mayorías populares. Pero mientras estas sigan oyendo los cantos de sirena del honestismo, continuarán votando a favor de los candidatos de la patronal, en contra de sus propios intereses objetivos.

* * *

¿La expresidenta argentina y líder peronista Cristina Fernández de Kirchner es culpable o inocente del delito de “administración fraudulenta en perjuicio del Estado” en la Causa Vialidad? ¿Fue justa o inicua la condena a prisión domiciliaria por seis años e inhabilitación perpetua para el ejercicio de cargos públicos? No me atrevo a dar una opinión al respecto. No soy abogado penalista ni he seguido en profundidad el proceso judicial. Durante demasiados años de grieta y morbo, periodistas de investigación y analistas políticos de muy diversa extracción mediática e inclinación ideológica han escrito infinidad de artículos y no pocos libros acerca de esa espinosa temática, con disímiles tesis y argumentos. Muchos de estos autores no me merecen ninguna estima moral ni intelectual, por su falta de rigor informativo y de mesura crítica, por su chapucería y venalidad o partidismo (muy especialmente, los antiperonistas). Pero algunos sí, y dentro del

segundo grupo (periodismo en serio, no “periodismo de guerra”⁵⁹, al decir de Julio Blanck) considero que hay de todo: kirchneristas y no kirchneristas.

No hay que mezclar los tantos. Por un lado, está la cuestión de si CFK ha podido justificar el enorme crecimiento patrimonial de ella y su familia desde los tiempos en que su marido, Néstor Kirchner, era gobernador de la provincia de Santa Cruz (1991-2003) y presidente de la Nación (2003-2007), y cuando ella lo sucedió en el sillón de Rivadavia con dos mandatos consecutivos (2007-2015). Por otro lado, está la cuestión de si se ha probado fehacientemente en instancias judiciales la comisión de los delitos que se le imputaron (direccionamiento de obras viales en Santa Cruz a favor del empresario Lázaro Báez con fines de enriquecimiento ilícito, a través de un sistema de sobrepuestos y retornos), y si fueron respetadas las garantías del debido proceso (presunción de inocencia, *in dubio pro reo*, imparcialidad de los jueces, *non bis in idem*, intangibilidad de los hechos probados, etc.). Con respecto al primer asunto, mi parecer es que no: hay una serie de anomalías poco transparentes que no han sido satisfactoriamente explicadas por CFK, y que habilitan las suspicacias. Con respecto al segundo asunto, también me inclino por el no: en un Estado de derecho, nadie es culpable hasta que se demuestre lo contrario, y no hay evidencias concluyentes contra la expresidenta. En palabras del periodista Iván Schargrotsky, “El esquema probatorio, dada la importancia de la condenada, es llamativo por su debilidad material y también lógica”⁶⁰. Lo que sí tenemos es un conjunto de irregularidades procesales y otros indicios sospechosos (designaciones reiteradas de jueces de ostensible incompetencia por motivos político-partidarios, escándalo de Lago Escondido, coincidencias grotescas entre tiempos judiciales y tiempos electorales, declaraciones públicas y comentarios *off the record* de personajes cruciales, criterios polémicos de la Corte Suprema, colocación de tobillera electrónica para escarnio y no por razones de seguridad, etc.) que hacen muy difícil no llegar a la conclusión de que el procesamiento y la condena de CFK –demasiadas piezas de un rompecabezas que encajan a la perfección– constituyó un caso típico de «cancha inclinada» y *lawfare* con altas dosis de animosidad facciosa: una *vendetta* mafiosa del Grupo Clarín, el macrismo y Washington –muy influyentes en Comodoro Py– con ingredientes adicionales de proscripción política. ¿Pensar que Cristina Fernández fue víctima de la arbitrariedad judicial y de una cancelación electoral es creer en su inocencia, es creer que no ha estado involucrada en hechos de corrupción? No necesariamente. Una inferencia semejante constituye una falacia *non sequitur*. La inmensa mayoría de los kirchneristas razonan así. Pero también es una falacia *non sequitur* colegir –como hacen casi todos los antiperonistas– que la condena fue justa e imparcial porque el origen de la considerable fortuna inmobiliaria y dineraria de la familia Kirchner continúa todavía sin esclarecerse.

La parcialidad del Poder Judicial, su *gorilismo* anti-K, su afinidad ideológica u oportunista con el PRO y LLA, quedan en evidencia ante la impunidad absoluta que gozan el expresidente Macri y el actual gobierno “libertario”, cuyos niveles de corrupción se asemejan a los del menemismo y superan a los del kirchnerismo. El doble rasero de Comodoro Py y la Corte Suprema es tan ostensible como el doble rasero de los medios hegemónicos y la embajada de Estados Unidos: basculan entre el encono y la lenidad, entre la persecución y la indulgencia, por razones de bandería o de bolsillo.

Tras la sensacional noticia de la condena en firme a CFK, Hugo Alconada Mon, uno de los periodistas de investigación más prestigiosos de Argentina y que más han cubierto la Causa Vialidad (quien trabaja para el diario *La Nación*, histórico bastión del antiperonismo), señaló en una entrevista: “Primero, al fin se resolvió un expediente incómodo para todos. Segundo, veremos si es un punto bisagra que le permite al Poder Judicial seguir impartiendo justicia en otros expedientes incómodos sobre otros mandatarios y otra gente poderosa, desde Mauricio Macri hasta Javier Milei”⁶¹. No se lo notaba muy optimista con esa posibilidad. Su

⁵⁹ www.laizquierdadiario.com/Julio-Blanck-En-Clarín-hicimos-un-periodismo-de-guerra.

⁶⁰ <https://cenital.com/cfk-condenada-argentina-ante-un-escenario-impredecible>.

⁶¹ Entrevista con el programa *De 12 a 14*, Canal 3 de Rosario, 11 de junio de 2025, disponible en <https://youtu.be/1In2XkXuz1M>.

cauta lengua diplomática de empleado a sueldo de *La Nación* parecía estar reprimiendo con esfuerzo los recelos pesimistas de su inconsciente.

Mencioné al menemismo en el párrafo anterior. No quisiera desaprovechar la oportunidad de citar una reflexión que hilvané en otro ensayo para *Corsario Rojo*, donde comparo la ofensiva neoliberal de los noventa con la actual que lidera Milei. Dice así:

(...) a principios de los noventa, el mantra con que Menem y Cavallo buscaban justificar la “reforma del Estado” era, sobre todo, la presunta “ineficiencia” del sector público, su “lentitud” y “torpeza” paquidérmicas, su “burocratismo” rígido y senil, la matraca del “Estado bobo” apadrinada por el Consenso de Washington. Para Neustadt, Grondona, Sofovich y otros apologistas mediáticos del neoliberalismo, ajustar, desregular y privatizar eran sinónimos de “transparencia”, pero, más aún, más que nada, de “eficiencia”. Hoy, con la derecha libertariana de Milei en el poder, tales medidas minarquistas cuentan con una justificación mucho más tosca, pero no menos eficaz: el mantra de la “corrupción”. Hay que ajustar, desregular y privatizar no tanto por razones técnicas de eficiencia, sino, fundamentalmente, por razones morales: acabar con el latrocinio kirchnerista, con los “kukas ladrones”. Caparrós ha llamado “honestismo” a este moralismo maniqueo tan rústico y tan tóxico, que reduce toda la complejidad del disenso político –discrepancia de concepciones ideológicas, puja de intereses materiales– a la burda aplicación del Código Penal: “políticos delincuentes” vs. “políticos honestos”, “chorros” vs. “argentinos de bien”. Que hoy se haga tan poca demagogia con la “ineficiencia del sector público”, y tanta con la “corrupción de la casta política”, pone de manifiesto hasta qué punto se ha degradado la convivencia republicana y la cultura democrática en Argentina, cuánto nos hemos embrutecido como sociedad, al compás de un *honestismo* fariseo magnificado hasta la obscenidad por los medios hegemónicos y las redes sociales. El menemato tuvo éxito en desacreditar al alfonsinismo atribuyendo la crisis inflacionaria heredada a la “burocracia” del Estado benefactor. Milei tuvo éxito en desacreditar a Alberto Fernández y Sergio Massa atribuyendo la crisis inflacionaria heredada, sin más, a la “cleptocracia” del populismo estatista. Ya no es necesario refutar al gobierno anterior. Basta con difamarlo, con demonizarlo: “ladrones”, “chorros” y otros epítetos semejantes. (...) el moralismo libertariano de las “fuerzas del Cielo” le ha dado un *touch* maniqueo y mesiánico al clásico eficientismo fiscalista-tecnocrático de las “cuentas ordenadas”.⁶²

Ahora bien: una cosa es el discurso y otra la práctica, una cosa es la demagogia y otra la realidad. La intensidad de la retórica honestista del gobierno de Javier Milei –sin precedentes– es inversamente proporcional al grado de honestidad real con que gestionan los fondos públicos. Existe un contraste brutal entre la transparencia declamada ante los micrófonos, frente a las cámaras, y la cleptocracia urdida en los sótanos del sistema político.

Sin embargo, muchos honestistas olvidan su honestismo con Milei. ¿Por qué? Dos parecen ser las razones de este fenómeno paradójico. La primera es el *gorilismo*: a la derecha neoliberal se le suelen perdonar delitos e inmoralidades que no se le perdonarían al peronismo, como ya pasó durante buena parte de la etapa macrista (hasta la debacle de 2018-2019). La segunda es el pragmatismo: la aparente estabilidad económica conseguida por el gobierno mileísta –en el fondo, una quimera atada con alambre y de efectos ruinosos, aunque «asintomáticos» en el corto plazo– hizo que LLA fuera la opción más votada en las elecciones de medio término de octubre; situación que guarda analogías con los primeros años del menemismo, del kirchnerismo y del macrismo. Cuando hay cierta satisfacción –entusiasta o resignada– con las condiciones materiales de existencia, el pueblo tiende mayoritariamente a ignorar o perdonar la corrupción en las encuestas y en los comicios. Pero cuando la penuria económica o el desasosiego cambiario-inflacionario se prolongan y agravan, la ciudadanía se vuelve finalmente honestista, vale decir, recupera la capacidad de indignarse con la corrupción. Esa capacidad recobrada es más un defecto que una virtud, más una maldición

⁶² F. Mare, “Protesta y represión, memoria y negación”, art. cit., pp. 92-93. Disponible en <https://kalewche.com/cr8>.

que una bendición: el honestismo cívico pone el foco en un problema irritante pero secundario (el enriquecimiento ilícito de los funcionarios públicos) y deja en un cono de sombra el problema fundamental: la explotación de la clase trabajadora y la concentración de la riqueza en manos de la élite empresarial, o sea, el sistema capitalista, que es mayormente legal en su funcionamiento.

* * *

Se suele confundir cleptocracia con patrimonialismo. Explícita o implícita, esta sinonimia es un despiste teórico, como tendremos oportunidad de comprobar. Ya vimos lo que es la cleptocracia, pero ¿qué se entiende exactamente por *patrimonialismo*? Un régimen político donde no existe distinción entre el patrimonio personal del gobernante y los bienes públicos del Estado, donde los derechos de propiedad y de soberanía están fusionados.

En la Argentina reciente, periodistas honestistas e intelectuales biempensantes de la derecha, siempre muy renuentes a identificar vicios o problemas en sus fuerzas partidarias y en el capitalismo neoliberal, pero nunca jamás desentendidos del sagrado deber republicano de contarle todas las costillas al populismo (autoritarismo, estatismo, clientelismo, electoralismo, garantismo, etc.), se cansaron de pontificar sobre “la corrupción K” y el “patrimonialismo del matrimonio Kirchner”. Sería tedioso e indigesto hacer un inventario al respecto. Baste por ahora un ejemplo de la época macrista, año I, cuando la maquinaria antiperonista del *lawfare* ya estaba aceitada y en funcionamiento (lo que no quiere decir, debemos reiterarlo para los malpensados, que todos los damnificados fuesen inocentes): el politólogo e historiador Natalio Botana en su columna del diario *La Nación*, el 24 de junio de 2016, bajo el título “Vocación reformista. No basta con condenar la impunidad”:

¿Cómo se debería entender el combate contra la corrupción y la impunidad sin atender a una reforma de la justicia federal capaz de sortear el riesgo de la sospecha, la complicidad o la inoperancia? ¿Cómo se debería entender la lucha contra el narcotráfico sin atender a una política de seguridad pactada entre la Nación y las provincias que tenga en la mira la coordinación entre las fuerzas y la erradicación de las corrupciones que anidan dentro de sus filas? (...)

El caso de la Justicia a que aludimos en relación con la trama de la corrupción es, en este sentido, ejemplar. La corrupción es un mal y la Justicia, se sabe, es una función del régimen republicano destinada a prevenir su desarrollo y, llegado el caso, sancionarlo. Semejante prevención no existió en la Argentina al menos durante una larga década; por su parte, la sanción y los procesos conducentes estuvieron aletargados por defecto o, acaso, complicidad. Sobre este vacío estallaron las denuncias e investigaciones de los medios de comunicación, mucho más significativas –lo son todavía– que las tareas propias de la administración de justicia.

Éstas son señales de una falla en el sistema de separación de poderes previsto en nuestra Constitución. Si al ruido de los escándalos sucede el silencio e inoperancia de los brazos del Estado, aumentará la desconfianza hacia las instituciones y los sentimientos de ilegitimidad proseguirán erosionando las creencias en torno a la política. No basta, por consiguiente, con condenar la impunidad. Es preciso poner en funcionamiento los engranajes de una ética reformista para disponer de tribunales que, realmente, persigan el delito y logren que la verdad se conozca.

Las verdades que se debaten en la arena pública son diferentes a la verdad que, luego de un debido y eficaz proceso, se pronuncia desde las alturas de la Justicia. Pese a que algunos agentes de un *grosero patrimonialismo* están detenidos [se refería a los exsecretarios de Transporte y Obras Públicas, Ricardo Jaime y José López; y también al empresario contratista Lázaro Báez, arrestados entre abril y junio de ese

año bajo acusaciones de corrupción durante el kirchnerismo], lo que hoy más resplandece es el torneo entre las verdades en disputa a través de los medios de comunicación. ¿Quién tendrá la última palabra en este trance? Por cierto, deberían tenerla un gobierno con vocación reformista y un Congreso con la aptitud suficiente para modificar por la vía legislativa un régimen político dañado por una mezcla de latrocinio e incuria.⁶³

Antes y después, Vicente Massot y Mariano Grondona –otras dos luminarias de la intelectualidad *gorila*– también fustigaron contra la «visión patrimonial del Estado» de Néstor Kirchner y CFK desde la tribuna del periódico *La Nación*, en sus respectivos artículos “La ilusión del *fair play*” (8 de octubre de 2009)⁶⁴ y “El patrimonialismo” (24 de julio de 2020)⁶⁵.

Pero entre los dinosaurios del liberalismo conservador y las vacas sagradas de la tradición antiperonista, de vez en cuando se oyen voces un poco más ecuanímenes en el uso de los latiguillos “populismo” y “patrimonialismo”. Tal es el caso del periodista Carlos Pagni, quien los ha utilizado para referirse al mileísmo: “Milei levanta banderas liberales pero tiene todos los rasgos del discurso populista”⁶⁶, declaró en una entrevista radial a principios de 2024, con motivo de la presentación de su libro *El nudo* (2023). Y en su influyente programa de televisión *Odisea Argentina* en LN+, el lunes 10 de marzo de este año, a propósito del escándalo de las valijas en la aduana de Ezeiza, aseveró con sarcasmo:

Esto no responde a la idea de un gobierno, un líder o una ideología antiestatal; es preestatal. Esta confusión entre lo público y lo privado, lo que Weber y Fukuyama llaman *patrimonialismo*, la idea de que el Estado le pertenece a uno y, por lo tanto, puede hacer lo que quiere, es previa al Estado y a la ley. Es muy difícil distinguir lo público de lo privado. Es el clima donde prospera la corrupción. (...)

Ella [Laura Belén Arrieta, la ex azafata mileísta vinculada a la CPAC y al empresario Leonardo Scaturicce, dueño de Flybondi] habría llegado desde Miami con una cantidad de valijas. Aunque no se sabe cuántas, sí [que] eran muchas. Y cuando la Policía de Seguridad Aeroportuaria y la Aduana realizaron un operativo, hubo una orden de arriba que indicó que no se revisara nada. En la Aduana dan por seguro este episodio. Parece que hay procedimientos que se aplican a unos y a otros no, como si el Estado fuera una cuestión de manejo privado, como si fuera *patrimonialista*.⁶⁷

La referencia de Pagni a Max Weber y Francis Fukuyama no es errónea. Aunque el segundo empleó profusamente la noción de patrimonialismo alboreando la segunda década del siglo XXI en *Los orígenes del orden político*, donde la define (cap. 1) sin mayor originalidad ni sutilezas como “la propensión natural humana a favorecer a la familia y a los amigos” desde “el Estado” –y a menudo en– “las instituciones políticas”⁶⁸, lo que equivale a nepotismo, el término y –en buena parte– el concepto mismo fueron acuñados y desarrollados hace más de una centuria por el gran sociólogo prusiano Max Weber, en su clásico y monumental tratado –aunque póstumo e inconcluso– *Economía y sociedad*. Weber ubica el patrimonialismo (*Patrimonialismus* en alemán) no entre las formas de dominación carismática ni racional-legal, sino entre las formas de dominación tradicional, esto es, entre aquellas basadas en la tradición, cuya “legitimidad descansa en la santidad de ordenaciones y poderes de mando heredados de tiempos lejanos, ‘desde tiempo

⁶³ www.lanacion.com.ar/1911915-no-basta-con-condenar-la-impunidad. Las cursivas son mías.

⁶⁴ www.lanacion.com.ar/opinion/la-ilusion-del-fair-play-nid1183698.

⁶⁵ www.lanacion.com.ar/politica/el-patrimonialismo-nid1228935.

⁶⁶ www.infobras.com/noticias/2024/01/31/65068-carlos-pagni-milei-levanta-banderas-liberales-pero-tiene-todos-los-rasgos-del-discurso-populista.

⁶⁷ Cit. en “Valijas voladoras: denuncian que el Gobierno liberó de controles a una ‘Antonini Wilson’ ligada a Milei”, en *La Política Online*, 11 de marzo de 2025.

⁶⁸ Francis Fukuyama, *Los orígenes del orden político. Desde la Prehistoria hasta la Revolución Francesa*, Barcelona, Deusto, 2016 (2011), pp. 43-45. Tras definir el patrimonialismo, el autor acota: “Los grupos organizados –en su mayoría ricos y poderosos– se atrincheran con el tiempo y empiezan a exigir privilegios al Estado. Especialmente cuando un prolongado período de paz y estabilidad da paso a una crisis financiera y/o militar, esos arraigados grupos patrimoniales extienden su dominio o, por el contrario, impiden al Estado responder adecuadamente” (p. 45).

inmemorial', creyéndose en ella en méritos de esa santidad. El señor o los señores están determinados en virtud de reglas tradicionalmente recibidas". Según Weber, los orígenes de la dominación tradicional hay que buscarlos en los ámbitos doméstico-familiar y comunitario-tribal. Las formas más antiguas de esta dominación son el patriarcado y la gerontocracia, donde las diferencias jerárquicas están atenuadas todavía por el parentesco. Desde allí surge con el tiempo el patrimonialismo, asociado a la realeza o monarquía. Esta nueva forma de dominación tradicional, caracterizada por la aparición de un cuadro administrativo y un séquito militar, introduce relaciones mucho más desiguales entre quien manda y quienes obedecen: las de soberano-súbditos. "Llámase *dominación patrimonial* a toda dominación primariamente orientada por la tradición, pero ejercida en virtud de un derecho propio" del rey o señor; "y es *sultanista* la dominación patrimonial que se mueve", como en el caso paradigmático del sultán, "dentro de la esfera del arbitrio libre, desvinculada de la tradición", aunque aparente ser tradicionalista (el sultanato sería un "caso extremo de poder de mando"). Siempre siguiendo a Weber, la monarquía patrimonial ("el patrimonialismo puro") puede decaer y derivar en "dominación estamental" o "patrimonialismo estamental", como sucedió en Europa y Japón durante el feudalismo. "Debe entenderse por *dominación estamental* aquella forma de dominación patrimonial" donde los administradores y guerreros que sirven al monarca se apropian de una buena tajada de su soberanía y fortuna territorial, dejando así de ser simples súbditos y convirtiéndose en vasallos con "determinados poderes de mando y sus correspondientes probabilidades económicas"⁶⁹.

Aunque Weber sostuvo que "la economía fiscal del patrimonialismo, y más completamente en el sultanato, opera de un modo irracional aun allí donde existe una economía monetaria" (debido a factores como el tradicionalismo, la "arbitrariedad" en la toma de decisiones y la ausencia de "cálculo seguro de los gravámenes", etc.), nunca afirmó ni dio a entender que el patrimonialismo fuese corrupto, algo que no podría decirse de Fukuyama, como ya sabemos, pues el intelectual estadounidense de ascendencia japonesa, demasiado enfrascado en su liberalismo y occidentalismo, lo asimila esquemáticamente, mecánicamente al nepotismo. Al contrario, una lectura atenta del citado pasaje de *Economía y sociedad* revela que el sociólogo germano estuvo muy lejos de incurrir en semejante simplificación. Puesto que el patrimonialismo puro (monárquico) o estamental (feudal) es para él una forma de dominación *tradicional*, una forma de dominación que no deja de estar enmarcada –aun con tensiones– en una cultura comunitaria con mucho espesor y arraigo históricos (un sistema social de costumbres, instituciones, normas, creencias, valores, etc., conformado a lo largo de incontables generaciones que se pierden en la bruma de lo atávico e inmemorial), nunca podría considerarlo una cleptocracia. La tradición constituye para él una fuente posible de legitimidad política. En el análisis weberiano, mucho más complejo y matizado que el análisis fukuyamiano, los monarcas o señores patrimoniales no son meros "delincuentes" o "tíos de nepotes", ni siquiera en el caso de los sultanes. Su patrimonialismo opera dentro de una cultura y cosmovisión que lo legitiman, para las cuales simplemente no existe tal cosa como una distinción –típicamente moderna u occidental– entre soberanía y propiedad. Desde una perspectiva *emic*, la corrupción siempre es irremediablemente inmoral e ilegal, mientras que el patrimonialismo siempre es necesariamente moral y legal. Afirmar que el patrimonialismo es cleptocrático constituye un anacronismo o un anatopismo. El delito de malversación de fondos públicos presupone la existencia de fondos públicos diferenciados y escindidos de la fortuna personal del príncipe, un fisco separado del tesoro privado de quien gobierna. Sin *res publica* no puede haber corrupción política.

Si Fukuyama simplificó el concepto weberiano de patrimonialismo desde sus anteojeras y designios neoliberales, difuminando el contraste con la corrupción nepotista lisa y llana, sus numerosos lectores –reales o presuntos– llevaron esa simplificación hasta niveles paupérrimos de calidad dianoética y ética, empezando por los comunicadores venales u obtusos de la prensa hegemónica, los reproductores del *pensamiento único* –al decir de Ignacio Ramonet– y los ejecutantes del "periodismo de guerra". En América Latina, Argentina incluida (por no hablar de Venezuela, Bolivia y Brasil), "patrimonialismo" se convirtió en un eufemismo

⁶⁹ Max Weber, *Economía y sociedad*, México, FCE, 1998 (1922), pp. 180-187. Cursivas en el original.

oligárquico y lamebotas de “cleptocracia populista” y “narcoestado”. Este fue la ubérrima pradera ideológica donde germinaron y crecieron hasta el cielo, como las habichuelas mágicas de Jack, los casos de *lawfare* celebrados por las élites y bendecidos desde Washington, que encuentran “socialismo” hasta en la sopa, en cualquier atisbo de política redistributiva o reformismo neokeynésiano, aun en aquellos ejemplos nacionales donde el móvil verdadero del progresismo parece reducirse a un inocuo gatopardismo lampedusiano.

Pero comprender el patrimonialismo con buena fe, evitando simplismos anacrónicos o anatópicos *pro domo*, de ninguna manera significa justificarlo. No fue esta la intención de Max Weber en *Wirtschaft und Gesellschaft*, ni tampoco es la mía aquí. Lo importante, entonces: no confundir patrimonialismo con corrupción o nepotismo, como hacen Fukuyama y sus corifeos. Podemos oponernos a todas esas realidades políticas desde un enfoque *etic* o *emic*, sin ninguna necesidad de equipararlas. Y sin renunciar jamás a las premisas crítico-analíticas del materialismo histórico y a las exigencias ético-estratégicas del socialismo libertario, que no solo repudia a cleptócratas institucionalizados y malversadores ocasionales de fondos públicos, sino también a todos los plutócratas –léase: *clases dominantes*– en cualquier tiempo y lugar, tengan o no corona, posean o no señoríos, sean o no capitalistas, e independientemente de cómo se hayan enriquecido a costa de la clase trabajadora y el pueblo en general (a través del Estado o del mercado, respetando las normas jurídicas y tradiciones culturales o transgrediéndolas).

La crítica a la corrupción y al patrimonialismo –sin confundir estos conceptos– son capítulos muy pequeños y secundarios del gran libro que escriben las izquierdas revolucionarias desde los tiempos de Marx y Bakunin –cuando menos– vindicando la libertad e igualdad, en sentido auténtico y profundo: abolición del despotismo/absolutismo monárquico y sus prebendas venales o privilegios corporativos, supresión del régimen feudal con toda su maraña de lazos de servidumbre –o dependencia personal– y prerrogativas estamentales, liquidación de los supremacismos religiosos –todos, no solo el eclesiástico o cristiano– y expropiación de las riquezas hierocráticas, combate frontal contra las monarquías parlamentarias o constitucionales y las repúblicas oligárquicas o censitarias, radicalización de la lucha por la soberanía popular más allá de la democracia representativa burguesa (liberal o social), defensa de la comuna y los sóviets como nueva forma de organización política, y, en un plano más general, eliminación del capitalismo y de toda sociedad basada en la explotación y desigualdad de clases.

Dentro de todo ese *combo* maximalista, la lucha contra la corrupción y el patrimonialismo necesariamente figura también, obvio. Es una verdad de Perogrullo que, sin embargo, en la otra trinchera ideológica de la lucha de clases, la burguesía sobredimensiona y utiliza como cortina de humo *ad populum*, con no poca astucia sofisticada. La demagogia honestista está indisolublemente ligada a la guerra de desgaste –insidiosa o declarada– contra lo público, contra lo poco que queda en pie del Estado de bienestar. El honestismo no es ningún ángel exterminador, ningún Abadón apocalíptico. Es apenas el muñeco de un ventrílocuo con ínfulas mesiánicas que repite en *loop*, al compás del canto de las sirenas del “libre mercado”, tres sueños húmedos: recortes, privatizaciones y desregulaciones. A veces, el ventrílocuo opta por disciplinar o acelerar; otras, por compensar o contener. ¿De qué estamos hablando? De dos cosas que no son excluyentes: la derecha minarquista en particular y el capitalismo neoliberal en general.

* * *

Un apartado se merece Hernán Brienza, periodista e intelectual peronista que el 22 de mayo de 2016, a poco de iniciado la administración de Macri, en medio del revanchismo *gorila* y la «caza de brujas» honestista contra la coalición que había perdido el gobierno (entonces llamada Frente para la Victoria), publicó en el periódico digital *Tiempo Argentino* un artículo intitulado “¿Y si hablamos de corrupción en serio?”, donde

rompía lanzas por un kirchnerismo sobre el cual llovían acusaciones, procesamientos y arrestos por desfalcos o sobornos en el ejercicio de la función pública. Acusaciones, procesamientos y arrestos de muy disímil solidez probatoria, hay que admitirlo; aunque todos ellos políticamente motivados, y no pocos encuadrables en situaciones evidentes o sospechosas de *lawfare* o persecución político-judicial, abonadas por el hostigamiento mediático constante del Grupo Clarín y otros oligopolios de la prensa hegemónica.

Brienza generó un gran revuelo y una intensa polémica, debido a que decía cosas “políticamente incorrectas” y sin remilgos. Aunque su concepción ideológica –el peronismo– y su lealtad partidaria –el kirchnerismo– no son las mías en absoluto, y aunque su argumentación y colofón no me convencen, debo admitir con honestidad y ecuanimidad que hay *momentos de verdad* –en sentido dialéctico, parafraseando a Hegel– en su escrito, y no quisiera ocultar el sentimiento de solidaridad parcial –no total– que me embargó cuando asistí con espanto, asco y vergüenza ajena a todo ese torrente de agresiones desaforadas, descalificaciones furibundas, chicanas canallescas, muñecos de paja para la tribuna y sermones indignados que se precipitaron sobre él desde las alturas celestes del repudio moral (auténtico o fariseo), cual Salto Ángel, la catarata más alta del mundo, entre los recónditos y abruptos tepuyes de la selva venezolana. Dice Brienza:

Desde que tengo uso de razón, cada gobierno que termina es sometido al impiadoso festival de la condena social que ponen en marcha los medios de comunicación masiva. Como en un juego histórico, aquellos medios que sostuvieron durante años de forma genuflexa a los gobiernos de turno, hacia el final de cada gestión se vuelven fiscales implacables y, una vez caído el presidente, los periodistas demuestran su «coraje inconmensurable» lanzando diatribas dignas de ingresar en los anales de historia de la retórica. Todos son Émile Zola con los presidentes depuestos. Total, ya no tienen poder de daño. Le ocurrió a la dictadura militar (...). Le pasó a Raúl Alfonsín. Al propio Carlos Menem. A Fernando de la Rúa. Y ahora le toca al kirchnerismo. La operación consiste en: *denunciemos al gobierno que se fue, que es más barato y sin riesgos, y seamos cómplices del nuevo gobierno que, todavía, tiene poder para lastimarnos*. Obviamente, de la operación también participa el Poder Judicial en sus vaivenes entre la impunidad y la injusticia.

Ahora la *vedette* de la maquinaria fusiladora mediático-judicial es el kirchnerismo. Frases vacías como “el gobierno más corrupto de la historia” o “se robaron todo” son las perlititas del pensamiento mágico de sectores que, sumidos en la vagancia intelectual, necesitan de eslóganes para explicar lo que sucede a su alrededor: desde la inflación, a la crisis internacional; de la cadena de costos, a la saturación del proceso de sustitución de importaciones; desde la puja distributiva a la necesidad de importar divisas por parte de la industria, todo se explica con un “¿Qué querés? Se afanaron todo”. (...)

No se puede robar un país. No se puede robar todo. Se pueden llevar adelante políticas públicas más o menos efectivas frente a algunos problemas estructurales de la economía argentina, más o menos concentradoras o distribuidoras de riqueza, con niveles mayores o menores de enquistamiento de la corrupción en los distintos estratos del Estado. Pero eso es otra cosa. No es pensamiento mágico. Los argentinos nos debemos un debate en serio sobre la corrupción. Los aumentos del gas, de la nafta, de la luz, la depreciación de los salarios, el endeudamiento externo, por ejemplo, no tienen absolutamente nada que ver con el “se robaron todo”.⁷⁰

Hasta aquí, *noblesse oblige*, nada de lo que dice Brienza sobre corrupción y honestismo me parecen objetables, fuera de su horizonte progresista-posibilista *nac & pop*, que evidentemente da por muertas la deseabilidad y/o la viabilidad de una revolución socialista, al menos en Argentina; y que, a raíz de esa toma de posición o diagnóstico, no quiere o no puede ir *más allá* –por convicción o desencanto– de un *statu quo* capitalista con políticas económicas más o menos estatizantes o neokeynesianas, y políticas sociales más o menos redistributivas o asistenciales. Algo así como un retorno al Estado de bienestar del primer peronismo de la segunda posguerra, un futurible que me resulta muy discutible, no solo en términos de valoración

⁷⁰ www.tiempoar.com.ar/ta_article/y-si-hablamos-de-corrupcion-en-serio.

ideológica (¿Tiene realmente “rostro humano” el capitalismo de Estado? ¿Es auténtica o suficientemente benefactor y emancipador?), sino también en términos de facticidad material (¿Todavía es posible relanzar el binomio keynesianismo-welfarismo en pleno siglo XXI? ¿La globalización neoliberal deja aún margen para un *experimento retroperonista* en el actual escenario de policrisis estructural donde –a pesar de cierta heterodoxia china y cierto neomercantilismo trumpista– la desregulación del capitalismo, la privatización y mercantilización de casi todo, la financiarización y digitalización frenéticas, la precariedad laboral sin límites, la hiperconcentración de la riqueza hasta niveles inéditos en la historia universal, las guerras convencionales e híbridas con riesgo de escalada nuclear, el extractivismo minero-energético a todo vapor, la emisión de gases de efecto invernadero fuera de control, la contaminación ambiental en todas sus formas y la catastrófica reducción de la biodiversidad a manos del agronegocio llevan décadas causando estragos a la humanidad y al planeta cada vez más difíciles de reparar?). Brienza asume que el capitalismo, como modo de producción, es un *non plus ultra* que, a lo sumo, se lo puede y debe desacelerar o contener desde el Estado con “políticas públicas activas”, pero que no se lo debe o puede superar históricamente con una revolución socialista que ponga en marcha una transición hacia la utopía comunista. En esta materia, que excede en mucho a la cuestión de la corrupción, Brienza y yo pensamos muy diferente (peronismo estatista vs. comunismo libertario). Pero volvamos a la corrupción, que es su eje temático y también el nuestro:

La corrupción está íntimamente ligada al financiamiento de la política. Quién no tiene recursos, no puede hacer política; ni acá ni en Estados Unidos. Una campaña presidencial cuesta decenas de millones de dólares, los afiches, los *spots* televisivos, las entrevistas pagas, los actos, las movilizaciones, todo eso cuesta un dineral. (...) ¿Quién dispone de ese dineral (...)? Y lo peor es que esa operatoria está legitimada por el televidente. Si un ciudadano no ve en la televisión a su candidato, no lo conoce, no lo seduce; por lo tanto, no lo vota. Para existir en política es necesario estar en los medios. La televisión lo sabe, por eso cobra derecho por *silla calentada por el culo de un político*.

Un diputado o un senador cuenta con un presupuesto, entre sueldos, asesores, viáticos, de 100 mil o 150 mil pesos por mes. ¿De dónde saca el dinero ese diputado para llegar a ser presidente? Está «obligado» a financiar irregularmente su campaña. Lo mismo pasa con un ministro, con el titular de ANSES o con el jefe de gobierno [el macrista Rodríguez Larreta] de la Ciudad de Buenos Aires, por ejemplo. Conocidos son las millonarias pautas de publicidad que recibieron periodistas deportivos y dominicales de la gestión del PRO.

Corrupción, también, es evadir impuestos, girar dólares al exterior, tener cuentas en paraísos fiscales, sean funcionarios públicos o privados. Un presidente [Macri] que años anteriores defraudó al fisco, ¿qué concepto de la «cosa pública» puede tener y qué políticas de defensa del Estado que ahora gobierna puede llevar adelante quien antes lo estafó? Corrupción, también, es ser mercenario del grupo mediático más importante del país [Clarín] para hacer campaña contra un gobierno con denuncias inventadas. Corrupción, también, es firmar sentencias a medidas de los grupos económicos por una módica suma en negro. La corrupción también es judicial.⁷¹

Por momentos, Brienza hace un uso un tanto abusivo o indiscriminado de la palabra “corrupción”, metiendo en la misma bolsa –sin que la sana crítica al capitalismo neoliberal lo pida– un montón de delitos económicos que es mejor no confundir a la ligera. Habla de “funcionarios públicos o privados” para abonar su planteo polémico, pero el sustantivo *funcionario/a*, como recoge la RAE en su léxico, significa “persona que desempeña profesionalmente un empleo público”. Y aunque en algunos países de habla castellana como Argentina y Uruguay, se admite que la palabra pueda tener una denotación distinta y, en parte, más amplia (“empleo jerárquico, particularmente el estatal”⁷²), el término connota muy especialmente la noción de función pública. La expresión “funcionario privado” suena rara, incluso en el Río de la Plata, donde, a los empleados jerárquicos de las empresas privadas, se les llama por lo general “ejecutivos”.

⁷¹ *Ibid.*

⁷² Cf. <https://dle.rae.es/funcionario>.

Pero tiene mucha razón –y hace muy bien– Brienza en denunciar la farsa electoral de una democracia capitalista (liberal o iliberal) de baja intensidad que, en los hechos, dejando de lado las formalidades republicanas y ficciones jurídicas, es una oligarquía por voto popular, una plutocracia por sufragio universal, o poco menos que eso. Las monstruosas asimetrías entre las fuerzas políticas en materia de financiamiento y publicidad, de recursos y patrocinios, de relaciones públicas y visibilidad masiva –favorable– en los medios y las redes, constituye un hecho innegable del mundo contemporáneo. En el capitalismo neoliberal, las campañas electorales son una competición sin ninguna «justicia deportiva» ni *fair play*, que se juega en una cancha cada vez más inclinada por el poder económico y mediático. Brienza dice eso pensando en el peronismo, no en la izquierda. Es indudable que el movimiento justicialista, en el rubro financiero-publicitario (no así en la capacidad de articulación capilar del proselitismo territorial, pues el aparato partidario y sindical del peronismo han sido históricamente muy robusto, igual que su red clientelar en el Conurbano bonaerense y el Interior) estaba en desventaja con la coalición centroderechista Cambiemos, sobre todo después de los comicios de 2015, en los que había perdido el control del Estado –y por ende, de la pauta oficial– a nivel nacional y en muchas provincias y municipios. Pero debe recordarse que el kirchnerismo se hallaba –y todavía se halla– a años luz de la humildad financiera del FIT, porque el populismo reformista, con sus medidas o promesas levemente redistributivas o compensatorias, no espanta tanto a los espónsos empresariales y medios venales como el socialismo revolucionario, que no oculta (¡al contrario!) su programa radical de expropiaciones. Toda la verdad sea dicha, pues, aunque suene perogrullesca.

Brienza prosigue su reflexión acerca de la corrupción haciendo algunas aclaraciones y matizaciones de importancia, seguramente previendo las reacciones y objeciones que su artículo podrían suscitar entre los lectores honestistas. Pero sus precauciones cayeron en saco roto, como era previsible. Casi nadie les prestó atención. Prevalcieron las tácticas de descontextualización y las falacias de espantapájaros, las eternas argucias del «republicanismo» antiperonista. Veamos lo que acotó Brienza:

No se trata de defender la corrupción (...). Siento una repulsa moral, heredada de cierto ascetismo cristiano, respecto de la riqueza rápidamente adquirida, considero con Honoré de Balzac que “detrás de toda gran fortuna siempre hay un crimen” y miro con desconfianza, incluso, a los apropiadores de plusvalía. De lo que se trata en este texto es de comprender, no de justificar. De explicar que no es reprimiendo en un *show* mediático a un par de ladrones que se lucha contra la corrupción, porque ella está adherida como la hiedra al financiamiento de la política. ¿De qué viven los denunciadores mediáticos que nunca trabajan? Del financiamiento espurio de la política; o, lo que es peor, de peligrosas y sospechosas donaciones de organizaciones privadas.⁷³

Dos observaciones críticas me vienen a la mente al releer ese pasaje. La primera: cuando Brienza comenta que la corrupción “está adherida como la hiedra al financiamiento de la política”, parece sugerir con realismo pragmático –no demasiado lejos de la tesis maquiavélica según la cual *el fin justifica los medios*– que la corrupción política, al menos en el caso del kirchnerismo, no tendría componentes de enriquecimiento personal, o que, en todo caso, esos componentes serían marginales, poco relevantes en comparación con la maquinaria recaudatoria que persigue como objetivos sostener económicamente la militancia partidaria, el proselitismo y la propaganda electoral (y también el clientelismo, aunque los partidos de masas del *statu quo* olviden o nieguen que lo practiquen, entre ellos el peronismo, pero de ningún modo solamente el peronismo, pues las derechas, que tanto denuncian las prácticas clientelares del PJ, también las ejercitan con vergonzante frenesí, desde la UCR hasta La Libertad Avanza, pasando por el PRO)⁷⁴. Brienza tiene la verdad de su lado

⁷³ Brienza, art. cit.

⁷⁴ El clientelismo incluye la corrupción, pero también la excede en gran medida. Abrir la ventana a esta temática tan vasta y controversial –sobre todo en esta Argentina del proteico y peculiar fenómeno de los movimientos piqueteros– sería imprudente, más aún en un ensayo que ya acumula veintiocho páginas y que aún no termina. Mi posición es que el kirchnerismo ha practicado el clientelismo como estrategia de cooptación de los sectores populares y como estrategia de construcción de poder territorial, desde

cuando afirma que la corrupción política no puede ser reducida al enriquecimiento ilícito de los funcionarios públicos, y que es hipócrita o necio negar que los grandes aparatos partidarios se suelen financiar mucho con ella. También es cierto que el kirchnerismo, a la hora de conseguir fuentes legales de sostenimiento económico entre los capitalistas, no la tiene tan fácil como las derechas. (Las izquierdas directamente rechazan el patrocinio empresarial, por obvias razones éticas y estratégicas, aunque de todos modos su programa revolucionario vuelve imposible o remota esa eventualidad.) Pero nada de eso permite deducir que el enriquecimiento ilícito de los funcionarios públicos sea un fenómeno marginal dentro del ecosistema clandestino de la corrupción política. En ningún caso es así, y el “ningún” aplica también, lógicamente, al kirchnerismo. La realidad, siempre compleja y contradictoria, revela que una parte sustancial de la corrupción alimenta el enriquecimiento individual y otra porción no menos cuantiosa nutre el financiamiento del aparato partidario (militancia rentada, campañas electorales, clientelismo, etc.). Esto puede incomodar e irritar, y es probable que la reacción sea la de querer tapar el sol con las manos alegando que “en mi fuerza política eso no pasa”. Pero *facts are facts*. Aun despejando toda la hojarasca antiperonista de *fake news* y *lawfare*, aun invocando a la seductora diosa de la *Realpolitik* y los fines superiores que no admitirían el «chiquitaje de los medios impolutos», el problema de la pedestre corrupción por egoísmo, por mera codicia personal, subsiste. Creer que pícaros como Martín Insaurralde (quien protagonizaría años después un gran escándalo por sus vacaciones *VIP* en Marbella a bordo de un lujoso yate y en compañía de una conejita de *Playboy*, entre objetos suntuosísimos como carteras Louis Vuitton y un reloj Rolex)⁷⁵ son “casos aislados” en el peronismo, “excepciones anecdóticas”, es creer en cuentos de hadas. Hernán Brienza *elige creer*. Está en todo su derecho. Pero yo no puedo creerle (ni a él en particular, ni al peronismo en general). ¿A Insaurralde lo *operaron* con la verdad, en un contexto tóxico de grieta política y puja electoral? ¿Presentó la renuncia y se la aceptaron? No hay dudas de eso. Sin embargo, la pregunta capital sería: ¿alcanza con alegar eso?

Segunda observación, muy somera: cuando Brienza dice que mira “con desconfianza (...) a los apropiadores de plusvalía” en lugar de mirarlos con *rechazo*, con *repudio*, nos está recordando una vez más, como buen peronista de izquierda que es, que el capitalismo no necesariamente le parece malo, que *a priori* no puede descartar que resulte legítimo y benéfico, o al menos tolerable u oxigenable. ¿El peronismo combatiendo al capital? Solo a veces y nada más que un poquito, siempre que confundamos «combatir» con *regular* o *gravar*, un despiste teórico que no es aconsejable. Aunque es cierto que no todo peronismo del siglo XXI es neoliberalismo puro y duro como el menemismo de los noventa.

premisas asistenciales paternalistas. No obstante, soy entre cauteloso y escéptico respecto a la conveniencia de pensar las organizaciones piqueteras en términos pura o mayormente clientelares, al menos en ciertos casos, dado que supone desconocer las dinámicas de agencialidad, resistencia y autoorganización *desde abajo*, que, por lo demás, no siempre están asociadas a la ideología peronista (hay varios movimientos de trabajadores desocupados que se declaran de izquierda). La conclusión a la que arribó Federico Rossi –entre otros investigadores– me sigue pareciendo válida: “el análisis de la relación Estado-piqueteros en términos de clientelismo lleva a un callejón sin salida. Se deben hacer esfuerzos para entender en profundidad el proceso político inherente a este movimiento y el esquema de interacción que ha desarrollado. En otras palabras, el clientelismo es solo uno de los muchos tipos de vínculos interactivos disponibles, y es reduccionista limitar la relación de los piqueteros y el Estado a estos términos. Aunque se han dado algunos primeros pasos importantes para entender la dimensión relacional de los piqueteros, la mayoría de las investigaciones se han centrado en la dimensión contenciosa del proceso; por lo tanto, explicar las expresiones institucionales de este esquema de interacción sigue siendo un trabajo en ciernes. Si reconocemos que la interacción del movimiento piquetero con el Estado es en parte contenciosa y que incluye clientelismo, cooptación y patronazgo –pero que no se limita a ninguna de ellas– surge una imagen más amplia y más compleja”. Federico M. Rossi, “Más allá del clientelismo: el movimiento piquetero y el Estado en Argentina”, en Paul Almeida y Allen Cordero Ulate (comps.), *Movimientos sociales en América Latina: perspectivas, tendencias y casos*, Bs. As., CLACSO, 2017, pp. 211-231, disponible en <https://doi.org/10.2307/j.ctv253f5v7.11>.

Además, está el problema del “clientelismo hacia abajo” de las organizaciones piqueteras, distinto a su “clientelismo hacia arriba” con el Estado. Sería aquel que existe entre las bases de trabajadores desocupados y los líderes piqueteros. Esta otra variante de clientelismo, que ha generado intensos debates políticos –estratégicos y éticos– al interior de las izquierdas, también ha sido objeto de exageraciones y demonizaciones por parte de las derechas, especialmente durante el mileísmo, que acusó a las organizaciones piqueteras de realizar una intermediación corrupta con los planes sociales en aras de «hacer plata» y «hacer política», quitándolas del medio (se las reemplazó por instituciones religiosas conservadoras afines al gobierno) y criminalizando sus reclamos (represión, raides policiales, denuncias, procesamientos y arrestos). Acerca del “clientelismo hacia abajo” en los movimientos de trabajadores desocupados, *vid.* Marcela Cerrutti y Alejandro Grimson, “Buenos Aires, neoliberalismo y después. Cambios socioeconómicos y respuestas populares”, en *The Center for Migration and Development*, Princeton University, *Working Paper Series #04-04d*.

⁷⁵ www.lapoliticaonline.com/politica/kicillof-espera-que-insaurralde-presente-su-renuncia-para-no-tener-que-earcharle.

Llegando a la última curva de la carrera, que se presentaba muy cerrada y cubierta de polvo, Brienza, con la mente ya sobrevolando el *sprint* final y la línea de meta, aceleró su bólido (¿Impaciencia? ¿Temeridad? ¿Triunfalismo? ¿Un poco de todo?) y derrapó contra los guardarraíles, como el piloto australiano de F1 Jack Brabham a bordo de su BT 33 en la *Gazomètre* del Gran Premio de Mónaco, allá por 1970. Error de juventud de un veterano (el corredor y el polemista). Sin embargo, examinada críticamente la *performance* de Brienza otra vez más desde el ángulo ecuánime de la dialéctica hegeliana, debemos admitir que su *dérápaga*, igual que el de Brabham, no careció de *momentos de verdad*. Aun en los errores más garrafales puede haber algunos aciertos, pequeñas perlas. La negación absoluta, sin síntesis de ningún tipo, nunca o rara vez es buena filosofía, conducente al esclarecimiento. Nos aproximamos a la verdad *dialécticamente*, superando las contradicciones con una sofisticada amalgama y un mesurado equilibrio entre negación e integración (*Aufhebung*, en palabras del autor de la *Fenomenología del Espíritu*). Pero volvamos a Brienza y sus conclusiones acerca de la corrupción política:

Y acá hay un punto oscuro en esta argumentación. La corrupción –aunque se crea lo contrario– democratiza de forma espeluznante a la política. Sin la corrupción, pueden llegar a las funciones públicas aquéllos que cuentan de antemano con recursos para hacer sus campañas políticas. No hay que ser ingenuos. Sólo son decentes los que pueden «darse el lujo» de ser decentes. Sin el financiamiento espurio, sólo podrían hacer política los ricos, los poderosos, los mercenarios, los que cuentan con recursos o donaciones de empresas privadas u ONG de Estados Unidos. ¿Ustedes se imaginan a Techint pagando la campaña de Héctor Recalde, legendario abogado laboral ligado a la CGT? Imposible ¿No? ¿Ustedes se imaginan a las fundaciones de la CIA «bancando» las campañas de políticos que defiendan los intereses nacionales? ¿O creen que sólo financiarán a Laura Alonso, Elisa Carrió o la campaña del PRO? Lo peor es que los políticos que ya poseen recursos también son corruptos. Para muestra basta el entramado de financiamiento espurio que armó el PRO en la Ciudad de Buenos Aires. Los «ricos» también son corruptos.

Esta nota es políticamente incorrecta, el autor lo sabe. Pero es brutalmente honesta. Denunciar la corrupción de un solo lado es formar parte de algún entramado de corrupción. No todos somos corruptos. Eso es una mentira justificadora de los verdaderos culpables. Lo que sí es cierto es que el financiamiento de la política está ligadísimo a la oscuridad en el manejo de los recursos. Y que hablar de corrupción como único tema es construir un discurso reaccionario y elitista. Si quieren hablar en serio de corrupción, que se saquen la careta, los políticos, los jueces, los periodistas y los empresarios. La democracia se merece este debate. Y también se merece volver a debatir los medios de comunicación. Una y otra vez. Porque el espacio público, hoy, se encuentra corrompido por los manejos de los monopolios de prensa y también por algunas empresas periodísticas. La corrupción no es individual, es sistémica. Quien no entiende esto, está condenado a repetir zonceras.⁷⁶

Creo que no sería necesario detenerse en los *momentos de verdad* que encuentro en este pasaje final. Quienes hayan llegado hasta aquí en la lectura –agradezco tanta perseverancia– pueden inferir cuáles son: la competencia electoral de la democracia nominal está siendo devorada desde adentro por la plutocracia fáctica y sus *mass media*, el imperialismo estadounidense tiene fortísima injerencia en los asuntos internos de Argentina (no excluyendo las decisiones de los tres poderes del Estado ni los comicios y nombramientos que definen periódicamente su composición), las empresas privadas y los partidos de derecha son tan o más corruptos que el kirchnerismo, hay una doble vara muy obscena en la medición de las malversaciones de fondos públicos, el honestismo es funcional a la clase dominante y al neoliberalismo, la corrupción es un problema estructural, etc. Vayamos al grano: el mayor despiste de Brienza radica en su afirmación maquiavélica de que la corrupción “democratiza” la política. Intercala, es cierto, el complemento circunstancial de modo “de forma espeluznante”, bajando un cambio a su “incorrección política” con ese

⁷⁶ Brienza, art. cit.

sinceramiento culposo, vergonzante. A quienes justifican la *Realpolitik*, nihilistas o principistas, les suele suceder que presuponen que todos sus juicios de hecho son inapelablemente verdaderos, porque no estarían pecando de idealistas, utópicos, moralistas o ingenuos. Son como las personas irónicas o sarcásticas, que siempre creen que sus ironías o sarcasmos son acertados y geniales. Pero la realidad es que no. Ni ironistas ni *Realpolitiker* son dueños de la verdad: a veces la tienen y otras se les escapa. Tampoco la literalidad benevolente del lenguaje tiene ningún monopolio sobre la razón, lo cual vale también para el idealismo, las utopías, la ética severa y la candidez de pensamiento.

Poco y nada puede hacer la corrupción a favor de la democratización de la política. La democracia cabal, bien entendida y practicada, está muy lejos de reducirse al imperativo *ganar las elecciones como sea*, a una «pesca de votos» populista en la cual la conciencia ciudadana y la voluntad popular quedan constreñidas de manera paternalista e instrumental a un lugar pasivo, heterónimo (como si la democracia no fuera también, remedando a Lincoln, el gobierno *of the People y by the People*, además de *for the People*). Por otro lado, la corrupción, como ya explicamos, es una pendiente resbaladiza donde la caída siempre llega mucho más abajo que la financiación «opaca» o «sucua» de la política. La combinación de pragmatismo y clandestinidad en la recaudación de fondos, de tejemanejes en sordina y sin escrúpulos para hacer caja, es una combinación peligrosa, sobre todo en el caso de los grandes partidos policlasistas de masas (el peronismo entre ellos) adaptados y funcionales al *statu quo*, mastodónticas maquinarias carentes de perfiles programáticos nítidos, que se codean con los *lobbies* del *establishment*, que practican el *rosqueo* entre cúpulas y mantienen redes clientelistas por debajo, amén de reclutar lábilmente cuadros militantes advenedizos con intereses oportunistas (*apparátchiki*, si se me permite una analogía soviética, que busca ser también una humorada autocrítica). Pero claro: el contexto de una sociedad capitalista, con sus lógicas económicas e impactos culturales (mercantilización generalizada, concentración de la riqueza, individualismo, egoísmo, etc.), lo empeoran todo en esta contemporaneidad argentina y mundial, hasta niveles inimaginables en el “socialismo realmente existente”, que murió en la Europa del Este pero aún sobrevive en Cuba. ¡Ni hablar en estas últimas décadas de globalización neoliberal, que no es más que capitalismo exacerbado! Brienza creía posible (¿seguirá creyéndolo?) una *corrupción nacional y popular con control de daños*, limitada a la financiación de la política, sin ningún efecto estructural *bola de nieve* de enriquecimiento ilícito entre los funcionarios kirchneristas, sin riesgos de derivas cleptocráticas, como si la cosmovisión o la mística peronistas fuesen un cinturón mágico de protección, un anillo prodigioso de invulnerabilidad. Hay realistas políticos que son tan o más ilusos –o propensos al autoengaño– que muchos utopistas intransigentes.

Deberíamos añadir otra objeción. Brienza simplifica las cosas y falta a la verdad cuando asevera que “sólo son decentes los que pueden ‘darse el lujo’ de ser decentes”, y que, “sin el financiamiento espurio, sólo podrían hacer política los ricos, los poderosos, los mercenarios, los que cuentan con recursos o donaciones de empresas privadas u ONG de Estados Unidos”. Su descreimiento mendaz ofende no solamente a infinidad de militantes de izquierda –trabajadores intelectuales de clase media pero también trabajadores manuales de cordones industriales y zonas rurales– que han llegado a ser concejales municipales, legisladores provinciales y congresistas nacionales con una austeridad o decencia *a pulmón* ejemplares, admirables, conmovedoras, esperanzadoras (Myriam Bregman, Nicolás del Caño, Gabriel Solano, Romina del Plá, Juan Carlos Giordano, Mónica Schlotthauer, Raúl Godoy, Vilma Ripoll, Alejandro Vilca, Lamia Debbo, etc.), sino también a una parte no menor de sus propios compañeros y compañeras kirchneristas, que rechazan sinceramente la financiación partidaria a través de la corrupción. Sería falso e injusto afirmar que todos en el peronismo piensan como Brienza, del mismo modo que sería falso e injusto afirmar que todos en el peronismo roban como Insaurralde. Lo cual no quita, está claro, que el PJ, igual que los otros partidos de masas del centro a la derecha (UCR, PRO, LLA), tengan problemas de corrupción sistémica enquistados en sus aparatos y gobiernos, en distintos grados de magnitud (tanto con fines de financiación política como de enriquecimiento personal). Tampoco obsta para que en esas fuerzas políticas haya militantes y dirigentes que, siendo ellos mismos honestos, prefieran –consciente o inconscientemente– no saber nada.

Aceptar el financiamiento espurio de la política no es el camino. ¿La corrupción un “mal necesario” de un populismo en “guerra a muerte” contra la oligarquía neoliberal? Pero un “mal necesario” no deja de ser malo por ser necesario (la frase es tautológica, lo sé, pero sirve de moraleja para una argumentación que ya fue desarrollada). Por lo demás, ¿puede ser el peronismo, un movimiento política e históricamente atascado en una lógica minimalista de conciliación de clases irreconciliables y morigeración de desigualdades abismales, una solución real a los problemas argentinos? ¿Es el neoliberalismo oligárquico la madre del borrego o la madre del borrego es el capitalismo *tout court*? Algunas preguntas para seguir pensando...

* * *

Está muy difundida la creencia de que Japón es un país incorruptible, o el menos corrupto del mundo. ¿Es tan así? Indudablemente, la nación nipona no se cuenta entre las que tienen problemas más graves de enriquecimiento ilícito en el sector público, como Haití. Entre los primeros puestos del *ranking* de cleptocracias, Japón definitivamente no está, como tampoco los países escandinavos. No se trata de un narcoestado ni de un Estado fallido, como esos que el Tío Sam ha engendrado en el Caribe, África o Medio Oriente jugando con sus halcones o palomas a Conan el Conquistador o al Aprendiz de Brujo (a menudo, ambas cosas a la vez).

Pero eso de ningún modo significa que el Japón no tenga problemas considerables de corrupción política. Lo que sucede es que, desde Occidente, nos gusta romantizar el «exótico» Lejano Oriente, especialmente Japón. A diferencia de la hiperdesarrollada pero expansiva y desafiante China, o de una India mística e inmemorial pero con demasiados pobres e indigentes «peligrosos» pululando en callejuelas sucias y hediondas, el “Imperio del Sol Naciente” combina ultramodernismo tecnoeconómico (*smarthpones* de última generación, motos de alta gama, robots futuristas, etc.) y cosmopolitismo cultural de masas (*manga* y *animé*, por ejemplo) con espiritualidad milenaria (religión *shintó*, budismo zen, artes tradicionales como el *origami* y el *shodo*, ceremonia del té, etc.) y alineación absoluta –servil– con Washington desde la derrota en la Segunda Guerra Mundial. La occidentalizada y neoliberal civilización nipona, a salvo del socialismo revolucionario de la China maoísta y sus epígonos (Corea del Norte, Vietnam, etc.) y del islamismo radical (Irán y Afganistán, entre otros), se ha vuelto, desde el “milagro económico” de los años cincuenta a ochenta, la niña mimada de eso que Eduard Said llamó *orientalismo*.⁷⁷

Sin embargo, Japón tiene bolsones de corrupción nada insignificantes. La *yakuza* es una de las mafias más poderosas y antiguas del orbe. Sus orígenes se remontan al período feudal, al shogunato Tokugawa. Hacia fines del siglo XIX, apalancada por el vertiginoso desarrollo capitalista del país, sus negocios ilícitos se diversificaron y expandieron a todo vapor: apuestas, contrabando, prostitución, narcotráfico, lavado de dinero, sobornos, extorsiones, sicariato... Sus viscosos y proteicos tentáculos se desplegaron profundamente dentro del Estado japonés (poder central, prefecturas y municipios) y también, desde luego, entre los famosos *zaibatsu*, el todopoderoso conglomerado industrial-financiero-comercial integrado por las empresas más dominantes del mercado interno y de exportación: Mitsubishi, Mitsui, Sumitomo, Itochu, Marubeni, Nichimen, Kanematsu, Fuji...⁷⁸

Su época dorada fue en los primeros años de la posguerra, durante la ocupación estadounidense, cuando el derrumbe económico, la crisis social y la anemia estatal que siguieron a la derrota militar propiciaron un gran auge del mercado negro, que el gobierno de Mac Arthur, desbordado de problemas y quehaceres, toleró

⁷⁷ Cf. Eduard Said, *Orientalismo*, Barcelona, Debate, 2013 (1978).

⁷⁸ Peter B. E. Hill, *The Japanese Mafia. Yakuza, Law, and the State*, Oxford U. Press, 2003.

bastante. La *yakuza* se convirtió en el mayor estraperlista del archipiélago, al tiempo que se hacía muy fuerte en el fabuloso negocio de las obras edilicias y compraventas inmobiliarias en un país devastado, que había que reconstruir casi desde cero, ahora en hormigón, tras los bombardeos indiscriminados –convencionales y nucleares– e incendios masivos perpetrados por la aviación aliada en ciudades y puertos, fábricas y cuarteles; bombardeos e incendios que habían causado estragos irreparables en la tradicional arquitectura en madera del Japón, tan bella como frágil. Entretanto, los *zaibatsu* parecían condenados a la extinción o la decadencia, pues EE.UU. los consideraba corresponsables (por sus astilleros e industrias armamentísticas) del imperialismo belicista que había conducido a la invasión de Manchuria y la guerra del Pacífico –incluyendo el ataque a Pearl Harbor– entre 1931 y 1945, opinión que el Pentágono abandonó pronto, al calor de la Guerra Fría contra la URSS estalinista y la China maoísta en general, y de la guerra de Corea en particular (1950-53), que hizo prevalecer el anticomunismo sobre el revanchismo. Así, desde la década del cincuenta, la *yakuza* y los *zaibatsu* volvieron a tener una promiscua relación *non sancta*, que se volvió un triángulo amoroso con el Partido Liberal Democrático (PLD), la centroderecha conservadora y lamebotas que ha gobernado casi ininterrumpidamente las islas desde 1945 hasta hoy.

La *yakuza* ha protagonizado muchos crímenes brutales, magnicidios y escándalos de corrupción que salpicaron a la élite política y al *establishment* económico del Japón durante muchos decenios. Una de sus acciones más recordadas es el ajuste de cuentas contra el alcalde de Nagasaki, Itcho Ito, en 2007. Recibió dos balazos por la espalda, tras un escándalo de corrupción por obras públicas que involucraba a una empresa concesionaria.

Claro que, con el paso del tiempo, al compás del “milagro japonés” (revolución electrónica e informática, procesos de financiarización y digitalización, gran burbuja especulativa de hipotecas de 1986-91 o *aburu keiki*, etc.), sus negocios se tornaron más complejos, más sofisticados; y sus métodos, menos brutales, menos cruentos; con un creciente peso relativo de las fechorías de guante blanco y –sobre todo desde la crisis pandémica– del ciberdelito. Según un estudio realizado por la Agencia Nacional de Policía de Japón, cerca del 12% de las empresas niponas (especialmente en el rubro inmobiliario y el sector de la construcción) admitieron haber sufrido extorsiones mafiosas de hasta cinco millones de yenes, aunque cabe sospechar un alto nivel de subregistro, por obvias razones de complicidad o temor a represalias, amén de la circunstancia de ser la autoridad policial quien hizo la compulsión entre las compañías privadas (2.885 fueron las seleccionadas).⁷⁹

El corrupto y violento submundo de la *yakuza* ha sido retratado con gran suceso editorial por el periodista de investigación y escritor de crónicas negras Jake Adelstein, un estadounidense que vivió y trabajó de reportero muchos años en la capital del Japón. Sus memorias, *Tokyo Vice: An American Reporter on the Police Beat in Japan* (2009), dan cuenta del hampa japonesa –negocios delictivos, vínculos estatales y empresariales, *modus operandi*, códigos mafiosos, etc.– hacia finales de la década del noventa en la posmoderna megalópolis tokiota. En 2022, el libro fue adaptado a serie televisiva por J. T. Rogers, para HBO Max. El año pasado se lanzó una segunda temporada.

Hoy la tradicional *yakuza* parece estar en declive, debido al endurecimiento de las normas legales y el accionar de las fuerzas de seguridad e inteligencia. Pero en realidad no tanto, pues en algunos casos ha mutado hacia una organización más descentralizada, flexible y elusiva de pequeñas células que logra quedar fuera del radar policial: los *tokuryu*.⁸⁰

Moraleja: si sucede todo esto en Japón, el país con más reputación de orden y probidad en el planeta, o que al menos está en el podio, evidentemente quiere decir que la corrupción no es fundamentalmente atribuible a un

⁷⁹ www.ranker.com/list/modern-day-yakuza/christopher-myers.

⁸⁰ www.japantimes.co.jp/news/2024/05/06/japan/crime-legal/tokuryu-explainer.

“subdesarrollo bananero” donde lo político-cultural (“cleptocracia”, “populismo”, “Estado fallido”, “narcogobierno”, “patrimonialismo”, etc.) explica lo económico-social, sino a un capitalismo cuya estructura material determina su superestructura. Por eso hay corrupción en todas partes, desde Nueva York hasta Ciudad del Cabo, desde Rusia hasta Sudamérica, desde Haití hasta Japón.

¿La *yakuza* es consecuencia de las dos grandes oleadas de occidentalización que experimentó Japón en el último tercio del siglo XIX y la segunda posguerra mundial? Definitivamente no. El crimen organizado japonés existía en germen desde mucho antes de que la escuadra yanqui del Comodoro Perry forzara a punta de cañón –en un típico ejemplo de “diplomacia de cañonero”– la apertura del país a EE.UU. y otras potencias europeas hacia 1853-54, desencadenando la debacle del *Bakufu* y la Restauración Meiji (1868). Lo que sí podemos afirmar es que el capitalismo nipón en frenético desarrollo fue un excelente caldo de cultivo para que la *yakuza* medrara como nunca y adquiriera una estructura nacional, entretejiendo negocios con el oligopolio de los *zaibatsu*, y sin desprenderse nunca de la “teta del Estado”, de la que estaba prendida desde el siglo XVII, un Japón feudal que practicaba el comercio y usaba el dinero, y que no carecía de grandes ciudades ni de bajos fondos: robos, estafas, mercado negro, apuestas ilegales, extorsión a artesanos y tenderos, usura, matones y asesinos a sueldo, pago de sobornos a funcionarios... No solo por parte de individuos o pequeñas bandas, sino por redes mafiosas locales y regionales.

Cierro este apartado nipón con un dato sugerente: según la última medición del índice de percepción de corrupción (CPI, por sus siglas en inglés), que mide desde Berlín la muy neoliberal y anticléptocrática ONG Transparencia Internacional, Japón se ubica en el puesto número veinte de los más países honestos, con 71 puntos. Nótese la palabra “percepción”, para no perder de vista que se trata de un elemento *subjetivo*, no de una variable objetiva. El CPI de cada país se obtiene haciendo sondeos de opinión entre quienes habitan en él, no entre personas del extranjero. Esto significa que, en 2024, último período mensurado, hubo diecinueve Estados del mundo cuyos habitantes tuvieron una mejor opinión de sus autoridades, que los japoneses de las suyas. El CIP de Japón, de hecho, descendió un punto respecto a 2023. Antes de 2023, se mantuvo estable en torno a 72/73, con un pequeño pico de 74 en 2020 y otro más grande entre 2012 y 2015. La tendencia general es de estancamiento, con una leve inclinación a la baja en el último decenio: de 76 en 2014 a 71 en 2024.⁸¹ Quizás el pueblo japonés se haya vuelto demasiado exigente o peque de pesimista, o tal vez tenga la ventaja –o simplemente el realismo– de poder ver a sus gobernantes, legisladores, jueces, policías, etc., como efectivamente son y no como los occidentales gustan imaginarlos a la distancia desde la atalaya enana de su orientalismo japonista autocomplaciente.

* * *

¿Por qué la derecha neoliberal argentina, fiel portavoz de los capitales concentrados (especialmente la gran burguesía agraria de la Pampa Húmeda y el *establishment* financiero de la *City* porteña) odia tanto pero tanto, por lo general, al peronismo? ¿De dónde proviene ese *gorilismo* visceral que impele a desconfiar siempre de los gobiernos justicialistas y, la mayoría de las veces, a impugnarlos con vehemencia, de distintas formas y en diferentes grados, que van desde el hostigamiento mediático sistemático hasta el golpe de Estado o la proscripción política, pasando por el boicot económico y el *lawfare*? Maticemos de inmediato, antes de avanzar: los complementos circunstanciales “por lo general” y “la mayoría de las veces” dan cuenta de una excepción no menor: el decenio menemista (1989), un peronismo intensamente neoliberal, a tono con la caída del muro de Berlín y el Consenso de Washington, que fue apoyado con exultante entusiasmo por el poder económico (y al que se le disculpó su corrupción estructural durante mucho tiempo).

⁸¹ www.transparency.org/en/countries/japan.

¿De dónde nace, en último término, ese antiperonismo recalcitrante que, históricamente –desde hace ochenta años, desde 1945–⁸², viene cebando hasta el empacho los discursos moralistas y biempensantes de la anticorrupción, el honestismo fariseo burgués, ese antipopulismo fanáticamente catoniano y draconiano, obsesionado con las “taras tercermundistas” del caudillismo y patrimonialismo, con el flagelo de la cleptocracia, con el clientelismo y asistencialismo de la progresía sedicente, con el paternalismo estatal “pauperizador” y “subdesarrollista”, con la demagogia del “pobrimismo”? Cabe hacerse esta pregunta, sobre todo, por la siguiente razón: el peronismo –salvo transitoria y minoritariamente, confusa o ambiguamente–⁸³ nunca fue socialista, anticapitalista; y su estatismo reformista-redistributivo, ambicioso en los primeros años de posguerra, acabó moderándose y domesticándose bastante en los últimos decenios.

Entonces, si el peronismo no es anticapitalista ni de cerca, y si cada vez cuesta más distinguirlo –en sus expresiones mayoritarias–⁸⁴ del llamado *extremo centro neoliberal* (recuérdese, sin ir más lejos, al timorato mandatario Alberto Fernández y su superministro promercado Sergio Massa, o bien, al sempiterno Daniel Scioli, menemista en los noventa y candidato presidencial del Frente para la Victoria en 2015, hoy devenido funcionario mileísta; por no hablar de Urtubey en Salta, ni de la fauna del “cordobesismo” que tanto le atrae al Turco Asís), ¿por qué la burguesía argentina más concentrada lo detesta tanto? La respuesta hay que buscarla en los antagonismos de clase, pero no solo entre fracciones de la burguesía, sino también entre capitalistas y trabajadores, y sin perder de vista las alianzas transversales entre élites, sectores medios y populares.

Como varias veces ha explicado el historiador marxista Eduardo Sartelli,⁸⁵ la Argentina, desde los tiempos del primer peronismo, vive, *grosso modo*, un proceso pendular entre gobiernos liberales –dictatoriales o constitucionales– proclives a la austeridad fiscal y al *laissez faire* de mercado (apertura comercial irrestrictiva, flexibilización laboral, privatizaciones, desregulaciones en el comercio interior, etc.), y que, por sobre todas las cosas, procuran «dejar tranquilo» al pujante sector agroexportador, permitiéndole ganar lo que se le antoje –o casi– con la venta de alimentos y materias primas (carnes, granos, cueros, harinas, aceites, etc.) al mercado mundial; y gobiernos progresistas que, por medio de cargas impositivas y controles cambiarios, tratan de captar una parte no menor de esa succulenta *renta diferencial* para impulsar desde el Estado políticas redistributivas, mercadointernistas, benefactoras e industrialistas (educación y salud públicas, jubilaciones y pensiones de reparto, planes sociales, subsidios al transporte de pasajeros y los servicios públicos, subvenciones a las pymes y a la sustitución de importaciones, etc.). El primer modelo económico satisface a los dueños de la Argentina, pero excluye de la prosperidad a la gran mayoría de la población, dado que privilegia un sector primario muy dinámico en términos de crecimiento exportador y generación de divisas, pero de muy limitada capacidad para crear empleo directo y encadenamientos hacia atrás y hacia adelante. El segundo modelo es más trabajo-intensivo y socialmente inclusivo, pero dudosamente desarrollista y poco sostenible a largo plazo, no solo por sus estrangulamientos de divisas y tendencias emisionistas e inflacionarias, sino, más que nada, porque su estrategia industrialista tiene fundamentos endebles: lo apuesta todo a un mercado interno de insuficiente envergadura (Argentina no es China, ni India, ni siquiera Brasil o México, en términos de población y PBI), sobreprotege a pequeñas y medianas empresas del sector privado que no pueden competir internacionalmente (por problemas de eficiencia y escala) y practica un paternalismo *bobo* o *coimero* con la “patria contratista” y grandes empresas de bienes y servicios que nunca necesitaron o ya no siguen necesitando la ayuda estatal. En momentos de grave crisis económico-social y política (o cuando el recuerdo de esa crisis todavía está muy fresco en la memoria), el gran capital, asustado o preocupado por la intensidad de la lucha de clases, temiendo perder

⁸² En realidad desde antes, porque el líder de la UCR Hipólito Yrigoyen, presidente en 1916-22 y 1928-30, ya había desatado en la oligarquía un fuerte antipopulismo, con un repertorio de inectivas tremendistas y maniobras antidemocráticas muy similar al del ulterior antiperonismo: acusaciones de demagogia y latrocinio, destitución golpista (1930), proscripción política, etc.

⁸³ Pienso en personajes y sectores como John William Cooke y Montoneros.

⁸⁴ Patria Grande, el sector liderado por Juan Grabois (el *ala izquierda* del kirchnerismo), es muy minoritario. En las PASO de 2023, obtuvo menos del 6% de los votos. El Frente Renovador de Massa le ganó la interna justicialista casi cuadruplicando ese porcentaje.

⁸⁵ Por ejemplo, en *Argentina 2050. Una vía socialista posible*, Bs. As., RyR, 2022, pp. 17-29.

todo o demasiado en una pueblada que derive en una insurrección de izquierdas o un cambio de régimen con efectos populistas demasiado reformistas, suele resignarse a «repartir un poco más la torta», como les aconsejó expresamente Perón hace ocho décadas.⁸⁶ Eso fue lo que pasó, por ejemplo, tras el estallido de diciembre de 2001 y la caída de Fernando de la Rúa, durante el gobierno interino del peronista Eduardo Duhalde (2002-2003) y la primera presidencia kirchnerista (2003-2007). Pero con el transcurso del tiempo, la burguesía va superando sus traumas históricos u olvidando los años de vacas flacas, y más temprano que tarde regresa a su normalidad ideológica, que es el egoísmo mezquino y cortoplacista, e incluso el odio feroz contra aquellas fuerzas políticas que entienden que la mejor forma de evitar el peligro de una revolución –la radicalización socialista del pueblo trabajador– es administrando los costos sociales de la economía capitalista. Hasta que una nueva crisis obliga al gran capital a recuperar la cautela y atemperar un poco su avaricia, y así sucesivamente, cíclicamente. La Argentina pendular, en una palabra.

Volviendo una vez a la anticorrupción selectiva del antiperonismo, este fenómeno se inscribe en la pendularidad de la Argentina contemporánea. Hay coyunturas *nac & pop* redistributivas donde la oligarquía se olvida bastante del antipopulismo honestista (la etapa justicialista de 2002-2008, anterior al conflicto con las patronales del campo por las retenciones a las exportaciones), y hay otras donde la derecha recobra su vieja obsesión elitista e hipócrita por la demagogia y la cleptocracia. Es una obcecación un tanto errática, pero que, sin embargo, nunca o rara vez se manifiesta en contextos de neoliberalismo más o menos intenso (no siempre *gorila*, como demuestran los años noventa).

Las izquierdas pueden militar la anticorrupción, pero sin antipopulismo oligárquico y sin moralismo burgués, sin *gorilismo* y sin pacatería, en el marco político-ético de una estrategia y una utopía anticapitalistas. Debe hacerlo evitando exagerar la importancia de la malversación de fondos públicos, evitando malinterpretar lo que origina y reproduce este fenómeno, y evitando hacerle el juego a la derecha antiperonista, recurrentemente ocupada en operaciones de prensa y maquinaciones de *lawfare*.

* * *

Hablemos ahora de la corrupción política y la Escuela Austríaca, esa corriente de pensamiento ultraliberal que tanto reivindica el presidente argentino y referente de la ultraderecha global Javier Milei, aunque más como un catecismo de *Kulturkampf* cerril –y como una cantera *fandom* de onomástica perruna– que conociéndola y comprendiéndola en profundidad, ni aplicándola tan consecuentemente como se suele creer y

⁸⁶ En la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, ante lo más granado del *establishment* económico argentino, un 25 de agosto de 1944, cuando era coronel del Ejército y secretario de Trabajo y Previsión de la dictadura militar del GOU, Perón pronunció estas palabras: “Existen agentes de provocación que actúan dentro de las masas provocando todo lo que sea desorden; y además de eso, cooperando activamente, existen agentes de provocación política que suman sus efectos a los de agentes de provocación roja, constituyendo todos ellos coadyuvantes a las verdaderas causas de agitación natural de las masas. Ésos son los verdaderos enemigos a quienes habrá que hacer frente en la posguerra, con sistemas que deberán ser tan efectivos y radicales como las circunstancias lo impongan. Si la lucha es tranquila, los medios serán tranquilos; si la lucha es violenta, los medios de supresión serán también violentos. El Estado no tiene nada que temer cuando tiene en sus manos los instrumentos necesarios para terminar con esta clase de agitación artificial; pero, señores, es necesario persuadirse de que desde ya debemos ir encarando la solución de este problema de una manera segura. Para ello es necesario un seguro y reaseguro. Si no estaremos siempre expuestos a fracasar. Este remedio es suprimir las causas de la agitación: la injusticia social. Es necesario dar a los obreros lo que éstos merecen por su trabajo y lo que necesitan para vivir dignamente, a lo que ningún hombre de buenos sentimientos puede oponerse, pasando a ser éste más un problema humano y cristiano que legal. Es necesario saber dar un 30 por ciento a tiempo que perder todo a posteriori”. Queda claro que Perón no era socialista ni revolucionario. Era un militar y político nacionalista que, más allá de sus sinceras preocupaciones filantrópicas y paternalistas sobre las condiciones de vida del pueblo trabajador (basadas en su fe cristiana y su adhesión a la Doctrina Social de la Iglesia católica), quería salvar al capitalismo de sí mismo, es decir, de la ceguera de su codicia ilimitada, que lo tornaba vulnerable a la amenaza revolucionaria del socialismo. Está claro que la clase dominante argentina, salvo sectores minoritarios, hizo caso omiso de la prudente recomendación reformista de Perón. Discurso completo aquí: https://backend.educ.ar/refactor_resource/get-attachment/24387.

decir, a la vista de algunas medidas estatistas de su gobierno (una heterodoxia inconfesada que siempre es a favor de la clase capitalista, de la plutocracia, nunca a favor de la clase trabajadora, por supuesto)⁸⁷. El tema daría para un libro, pero aquí deberemos contentarnos con unos pocos párrafos.

En su clásico tratado de economía *La acción humana* (1949), aquel donde desarrolla su famoso “individualismo metodológico”, según el cual la sociedad debe ser concebida de forma atomizada y ahistórica como una mera agregación de seres invariablemente racionales y egoístas que actúan haciendo cálculos y elecciones en función del costo-beneficio determinado por su interés privado, Ludwig von Mises dedica un apartado entero –las últimas páginas del capítulo XXVII– al problema de la malversación de fondos públicos: “De la corrupción”. ¿Qué nos dice allí Mises? Citaremos *in extenso*:

No hay prácticamente ninguna intervención estatal en el funcionamiento del mercado que, desde el punto de vista de los ciudadanos por ella afectados, pueda dejar de calificarse o como una confiscación o como un donativo. La actividad intervencionista da lugar a que ciertos grupos o individuos se enriquezcan a costa de otras personas o agrupaciones. (...)

No existe nada parecido a un método justo y eficaz para ejercer el tremendo poder que el intervencionismo pone en manos tanto del poder legislativo como del ejecutivo. Los defensores del intervencionismo pretenden que la actuación del gobernante, siempre sabio y ecuánime, y la de sus no menos angélicos servidores, los burócratas, evitará las tan perniciosas consecuencias que, «desde un punto de vista social», provocan la propiedad individual y la acción empresarial. El hombre común, para tales ideólogos, no es más que un débil ser necesitado de paternal tutelaje que le proteja contra las ladinas tretas de una pandilla de bribones. (...) Los actos de los administradores públicos están siempre autorizados; esa justicia *sui generis* que hoy por doquier se invoca precisamente les faculta para sancionar a quienes ellos entiendan haberse egoístamente apropiado de lo que pertenecía a otros.

(...) Toda actividad humana, en este sentido, viene siempre dictada por el egoísmo. Quien entrega dinero para alimentar niños hambrientos lo hace o bien porque piensa que su acción será premiada en la otra vida o bien porque disfruta más remediando la necesidad infantil que con cualquier otra satisfacción que la suma en cuestión pudiera proporcionarle. El político, por su lado, también es siempre egoísta; tanto cuando, para alcanzar el poder, hace suyas las doctrinas más populares, como cuando se mantiene fiel a sus propias convicciones despreciando las ventajas y beneficios que conseguiría si traicionara tal ideario.

⁸⁷ Sobre las sinuosidades del liberalismo económico a ultranza de Milei, *vid.* mi ensayo “Protesta y represión, memoria y negación...”, art. cit., pp. 55-59, disponible en <https://kalewche.com/cr8>. Estos pasajes serían los más relevantes, de todos modos: “A un año y medio [ahora ya dos años] de iniciado el gobierno de LLA, convendría rectificar un poco la valoración que tenemos de esta nueva etapa. Aquello que, en última instancia, da coherencia a la política económica de Milei no es tanto su adhesión a la doctrina ultraliberal de la Escuela Austríaca (eso que Milei ha resumido bien o mal como *minarquismo de corto plazo*, *anarcocapitalismo de largo plazo*)⁸⁷, sino su *subordinación a los intereses de la clase capitalista más concentrada*. De ahí que sus medidas de austeridad y desregulación sean tan inconstantes y selectivas. Bajar el impuesto a los bienes personales (para satisfacción de algunos potentados), pero restablecer la cuarta categoría del impuesto a las ganancias (para desgracia de casi un millón de trabajadores asalariados que intentan no caerse de la clase media). Liberalizar el mercado de bienes esenciales (alimentos, medicamentos, etc.), pero intervenir fuertemente en el mercado laboral a favor de la patronal (no homologación de paritarias ‘demasiado favorables’ para los sindicatos, pese a ser libremente acordadas entre partes privadas). Impulsar la flexibilización laboral (incluso el cercenamiento del derecho de huelga) y la apertura indiscriminada de las importaciones (que tanto perjudican al pueblo y las pymes), pero apañar la especulación con un Banco Central tan intervencionista como siempre en lo monetario, cambiario y financiero (emisión de bonos, dólar artificialmente subvaluado y control de la tasa de interés). El ultraliberalismo de Milei es demasiado arbitrario y errático. Algunas veces, reina el *dejar hacer*. Otras, se intensifican los controles y las intervenciones (piénsese en el cepo cambiario, el muñequero con el dólar futuro y la emisión encubierta con BOPREAL, por ej.), y se aumentan o mantienen los impuestos (el regresivo IVA por caso, que tanto esquilda a los sectores más pobres de la sociedad con su alícuota leonina del 21% al consumo). (...)

¿Milei es incoherente, inconstante en su liberalismo económico de alta intensidad? Sí y no. Es incoherente, inconstante, si reducimos el análisis a la formalidad doctrinaria. Pero si nos focalizamos en lo más relevante, que es su *orientación ideológica general*, comprendemos que el suyo es un gobierno muy coherente y constante en la defensa y promoción de los intereses de clase del gran capital. Ese es el hilo invisible que une sus medidas económicas, aparentemente tan contradictorias y erráticas. Si dejamos de lado la retórica y nos concentramos en los datos duros de la realidad, constatamos lo siguiente: la concepción que el mandatario argentino tiene del mercado es más tendenciosamente plutocrática u oligárquica que «salomónicamente» ultraliberal o tecnocrática. Cuando Milei, en campaña, prometía que ‘antes de subir un impuesto, me corto un brazo’ y sermoneaba que ‘los impuestos son un robo’, tuvo la picardía de no aclarar que su pasión anti-tributaria la circunscribe a la clase capitalista, o bien, que no la hace extensiva a la clase trabajadora y las capas medias. Aunque a menudo lo olvidemos, los silencios pueden ser tan demagógicos como las palabras.”

(...) El burócrata, en su fuero interno, estima torpe y deshonesto el mundo de los negocios, el depender de los consumidores, cortejar a la clientela, obtener beneficio sólo cuando se ha conseguido atender a las masas compradoras mejor que la competencia. Para él, sólo son espíritus nobles y elevados quienes aparecen en la nómina del gobierno.

Pero, por desgracia, no es angélica la condición de los funcionarios y sus dependientes y pronto advierten que sus decisiones, bajo un régimen intervencionista, pueden irrogar al empresario graves pérdidas y a veces también pingües beneficios. Hay, desde luego, empleados públicos rectos y honorables; pero también los hay que no dudan, si la cosa puede hacerse de un modo «discreto», en llamarse a la parte en los beneficios que generan sus autorizaciones.

Hay muchos campos en los que, dada una organización intervencionista, es imposible evitar el favoritismo. Piénsese, por citar un solo ejemplo, en la cuestión de las licencias de importación. ¿A quién otorgarlas y a quién denegarlas? No existe ningún criterio que permita hacer tal distribución de manera objetiva y libre de consideraciones personales. El que efectivamente se llegue o no a pagar dinero por la adjudicación, en el fondo poco importa, pues no resulta menos recusable conceder sin cobrar nada las deseadas licencias a aquellos de quienes la administración espera conseguir en el futuro particulares servicios (sus votos electorales, por ejemplo).

El intervencionismo genera siempre corrupción.⁸⁸

Vayamos por partes. Para Mises, dadas sus premisas ideológicas, cualquier distinción entre cleptocracia y Estado (o cualquier otra forma de organización política comunitaria) constituye un tecnicismo, una sutileza formalista, a no ser que el poder público sea estrictamente minarquista. Recuérdese que Mises no era «anarcocapitalista», sino partidario de un *Nachtwächterstaat* o “Estado vigilante nocturno”, es decir, como explicamos en otra parte, “un Estado que restringe su accionar a las funciones más elementales que, según los ultraliberales, necesita el capitalismo de libre mercado para poder funcionar: justicia en lo civil/comercial y penal, con fuerzas de defensa y seguridad. En concreto, leyes y tribunales, policías y cárceles, militares, una administración pública y un fisco reducidos a su mínima expresión, y no mucho más”⁸⁹. Para Mises, si el Estado deja de ser mínimamente liberal, si se «extralimita», si rebasa el estrecho molde de la minarquía que él le asigna, se vuelve favoritista y se corrompe sin remedio, independientemente de si esa degradación moral es legal o ilegal. Policías que persiguen a los ladrones y reprimen a los huelguistas, jueces que dirimen pleitos contractuales entre particulares y militares que hacen la guerra contra un ejército extranjero pueden hacer sus respectivas tareas con eficiencia e imparcialidad, pero no así –asume Mises sin más, como petición de principio– asistentes sociales que trabajan en barriadas obreras de inmigrantes, guardaparques que patrullan áreas protegidas para evitar la tala ilegal de bosques nativos, o trabajadores que se desempeñan en empresas ferroviarias y tranviarias que han sido nacionalizadas. Nos topamos otra vez con la doble vara del liberalismo económico...

Mises admite que existen “empleados públicos rectos y honorables” que no incurren en enriquecimiento ilícito. Pero eso, para él, no cambia la ecuación en lo sustancial. Desde su perspectiva ética ultraliberal, fundamentalista de mercado, todo “régimen intervencionista” (léase: estatalidad que excede el minarquismo) es siempre latrocinio institucionalizado a costa del sector privado, corrupción política estructural, aunque dentro del Estado «máximo» pueda haber –concede– algunos individuos que aquí y allá cumplan su trabajo conformándose con los sueldos que reciben legalmente y rechazando todo dinero de origen delictivo (peculado, coimas, etc.). Estos gobernantes y legisladores *honestos* al servicio del «Leviatán estatista» no dejan de ser *parásitos* al fin de cuentas, según el economista austríaco. Paralelamente, existen muchos funcionarios públicos –Mises no olvida subrayarlo– que le «roban al ladrón», es decir, que le sacan una

⁸⁸ Ludwig Von Mises, *La acción humana. Tratado de economía*, Madrid, Unión, 2011, pp. 866-867.

⁸⁹ Introducción a Ferdinand Lassalle, “El Estado como vigilante nocturno”, en *Kalewche*, 28 de septiembre de 2025, disponible en <https://kalewche.com/el-estado-como-vigilante-nocturno>.

tajada al Estado intervencionista. La inmoralidad de este último proceder queda, evidentemente, un tanto borronada.

La conclusión de Mises es que todo Estado tiende al latrocinio y que, cuanto más grandes sean sus órganos y más intervencionistas sean funciones, tanto mayor será su rapiña (legal e ilegal). La apropiación abusiva de recursos privados dentro de la ley es solo, para el autor de *La acción humana*, una pendiente resbaladiza hacia una corrupción clandestina generalizada, mayormente impune. Mises las piensa como dos caras de una misma moneda.

En su editorial por *streaming* “Día 616: ¿Milei está adoptando pensamientos corruptos en su enfoque político?”, el periodista y director del diario *Perfil* Jorge Fontevecchia –un liberal de centro– le atribuye a Mises una frase fechada en 1944 cuya autenticidad y procedencia no he podido comprobar, pero que suena verosímil en contenido y estilo, y que dice así: “No es realista esperar que quienes manejan fondos públicos se comporten de modo diferente al resto de los hombres. Lo único seguro es reducir al mínimo el poder discrecional que se les confiere”⁹⁰.

En otro pasaje de su ya citado tratado de economía (capítulo XV, apartado 4), el economista austríaco Ludwig von Mises asevera lo siguiente:

En un sistema de libre economía de mercado, ninguna ventaja pueden los capitalistas y empresarios derivar del cohecho de funcionarios y políticos. Por otra parte, estos tampoco pueden coaccionar a aquellos ni exigirles nada. En los países dirigistas, por el contrario, existen poderosos grupos de presión que bregan buscando privilegios para sus componentes, a costa siempre de otros grupos o personas más débiles. En tal ambiente, no es de extrañar que los hombres de empresa intenten protegerse contra los abusos administrativos comprando a los funcionarios. Es más, una vez habituados a este método, raro será que por su parte no busquen también privilegios personales sirviéndose del mismo. Pero ni siquiera esa solución de origen dirigista entre los funcionarios públicos y los empresarios arguye en el sentido de que estos últimos sean omnipotentes y gobiernen el país. Porque son los consumidores, es decir, los supuestamente gobernados, no los en apariencia gobernantes, quienes aprontan las sumas que luego se dedicarán a la corrupción y al cohecho. Ya sea por razones morales, ya sea por miedo, en la práctica, la mayoría de los empresarios rehúye tan torpes maquinaciones. Por medios limpios y democráticos pretenden defender el sistema de empresa libre y protegerse contra las medidas discriminatorias. Forman asociaciones patronales e intentan influir en la opinión pública. Pero la verdad es que no son muy brillantes los resultados que de esta suerte han conseguido, como lo demuestra el triunfo por doquier de la política anticapitalista. Lo más que lograron fue retrasar momentáneamente la implantación de algunas medidas intervencionistas especialmente nocivas.⁹¹

Nótese cómo Mises victimiza y exculpa con ligereza a los capitalistas que entretejen vínculos de corrupción con los políticos. Los empresarios privados serían corruptores ocasionales, por obligación, bajo presión. La culpa de su *inocencia perdida* sería de sus corrompidos, o sea, de los funcionarios públicos, cuya truhanería sería constante e insidiosa. Mises invierte totalmente la relación causal básica, o unilateraliza tendenciosamente la explicación. El origen de la corrupción radicaría, así, en la política intervencionista (siempre sucia, parasitaria) y nunca en el libre mercado (siempre transparente, eficiente). La axiología del individualismo metodológico, sobre la cual se asientan todas estas divagaciones burguesas perfectamente coherentes y elegantes en su deductivismo abstracto, no resiste ningún análisis empírico serio. Es un gigante con pies de barro, mirada tuerta y cabezota autoindulgente. Las evidencias indican que la corrupción en las áreas «mínimas» del Estado (básicamente, seguridad, justicia y defensa, con el fisco que se ocupa de

⁹⁰ 25 de agosto de 2025, disponible en www.youtube.com/watch?v=RxAkSetS6Wo. Hay una transcripción completa del editorial aquí: www.perfil.com/noticias/modo-fontevecchia/dia-616-milei-piensa-como-un-corrupto-modof.phtml.

⁹¹ Mises, *op. cit.*, p. 332.

financiarlas) está tan extendida o es tan intensa como en sus áreas «máximas» (educación, salud, previsión, medio ambiente, servicios públicos, etc.), lo cual vale también para el favoritismo y la ineficiencia en general. Para decirlo negro sobre blanco con un par de ejemplos concretos: no parece que el personal docente y sanitario del sector público sea más corrupto que la policía, los guardiacárceles y la judicatura; ni que los uniformados de las fuerzas armadas y los agentes de inteligencia sean más honrados, diligentes y ecuánimes que los inspectores de fábrica y recolectores de residuos. Cabe suponer, incluso, a la luz de la información provista por el periodismo de investigación independiente, que la situación es al revés, en la mayoría de los casos: niveles de corrupción mucho más altos en el aparato policial, el sistema penitenciario, el estamento judicial y la maquinaria de espionaje (por no hablar del complejo militar-industrial, culmen de la “patria contratista” en muchos países del mundo, especialmente en EE.UU. e Israel) que en muchas áreas del Estado regulador y benefactor que tanto aborrece Mises.

Imposible aquí pasar revista a todos los autores de la Escuela Austríaca, ni debatir en profundidad sus axiomas teóricos. Sirva lo dicho sobre Mises y el problema de la corrupción como botón de muestra de una corriente de pensamiento que, más allá de sus matices o diferencias, posee un amplio y robusto núcleo de denominadores comunes.

Fontevicchia, en su ya mencionado editorial, comenta: “La llegada de Javier Milei al gobierno ha provocado un sismo significativo en múltiples aspectos de la política argentina. Además, ha reavivado el debate teórico sobre economía, política y filosofía en el ámbito público”. Y acota: “En un momento donde las denuncias de corrupción sacuden al gobierno, es pertinente preguntarnos qué enseña la escuela austríaca de Economía acerca de la corrupción”. Tras lo cual se pregunta: “¿Es la corrupción un fenómeno totalmente opuesto a los principios de esta corriente de pensamiento, o se encuentra en su individualismo una justificación implícita para tales actos?”. Fontevicchia prosigue con cautela: “no sabemos qué acontece en la cabeza de Milei, pero podemos observar sus declaraciones y las teorías que rigen su vida y su manera de pensar, lo cual nos proporciona claves valiosas para comprender su forma de razonamiento”⁹². En otro pasaje de su editorial, tras citar y parafrasear a Mises, señala:

Si todo individuo actúa por interés, lo harán también los políticos y burócratas, incluso aquellos que forman parte de organismos de control diseñados para limitar abusos y corrupción. De este modo, se reproduce una paradoja: los mismos mecanismos que deberían corregir los vicios del poder están permeados por los mismos incentivos que generan la corrupción. O, en términos clásicos: ¿quién vigila a los vigilantes?

Esta tensión fue retomada por la llamada “teoría de la elección pública”, especialmente por James Buchanan y Gordon Tullock en el libro *The Calculus of Consent*, publicado en 1962. En esa obra sostienen que los políticos, legisladores y burócratas no persiguen un supuesto “interés general”, sino que responden a los mismos incentivos que un empresario privado: buscan votos, presupuesto, poder e influencia. Como diría Buchanan: “La política sin romanticismos”. El resultado es que el Estado se transforma en un espacio de intercambio donde cada actor maximiza su utilidad, incluso a costa de la corrupción.

Las críticas no tardaron en manifestarse. Economistas keynesianos, institucionalistas e incluso filósofos políticos señalaron que esta visión eliminaba toda posibilidad de ética cívica o altruismo en la vida pública. Si las instituciones solo pueden diseñarse teniendo en cuenta hombres motivados por el interés propio, entonces ningún sistema normativo puede blindarse contra la corrupción, ya que quienes deben vigilar son tan susceptibles como los vigilados. De esta manera, lo que en Mises era una recomendación práctica –limitar la discrecionalidad estatal– termina funcionando más como un programa normativo que como una solución efectiva al dilema.⁹³

⁹² www.perfil.com/noticias/modo-fontevicchia/dia-616-milei-piensa-como-un-corrupto-modof.phtml.

⁹³ *Ibid.*

La lectura que Fontevecchia hace del planteo de Mises no es del todo adecuada en un aspecto. El economista austríaco no solo cuestiona la “discrecionalidad estatal”, sino lo que él denomina “régimen intervencionista”. Desde luego que para Mises estos términos era intercambiables: un vicio conduce al otro, y viceversa. Pero flaco favor les haríamos a las ciencias sociales y la filosofía política si reproducimos acríticamente ese paralogismo. Un gobierno puede ser políticamente muy discrecional (una dictadura militar o una monarquía absolutista, por caso) y garantizar al mismo tiempo el liberalismo económico de modo bastante consecuente, y existen también Estados más o menos intervencionistas en su relación con el mercado que son, a la vez, muy democráticos, vale decir, muy respetuosos de la soberanía popular, las libertades públicas y los derechos humanos (la Suecia socialdemócrata de posguerra, entre otros ejemplos).

Tras varias disquisiciones teóricas, Fontevecchia finalmente va al hueso: el actual gobierno argentino, su ideología libertaria –que mixtura postulados de la Escuela Austríaca y del “anarcocapitalismo” anglosajón– y el problema de la corrupción política:

(...) Milei se presenta como un heredero de las interpretaciones más radicalizadas. Su célebre frase “El Estado es una organización criminal” no es un capricho excéntrico, sino un eco de Murray Rothbard, figura central de la Escuela Austríaca y padre del anarcocapitalismo. (...)

En *For a New Liberty*, de 1973, Rothbard argumentaba que el Estado actúa como una mafia: se sustenta en la extracción coercitiva de recursos, tales como impuestos, regulaciones y monopolios legales, a individuos que no consienten ese saqueo. Para él, el Estado es ilegítimo por definición, y su estructura equivale a un robo institucionalizado. Desde esta perspectiva, la lógica se torna aún más corrosiva: si el Estado es criminal, apropiarse de recursos del Estado no es un delito, sino una forma de “restitución”.

Desde este ángulo, las conductas de Milei y su círculo cercano –personas implicadas en casos como el escándalo de Libra o el otorgamiento de contratos– podrían justificarse subjetivamente como un medio para “recuperar algo de lo robado”. El cambio ideológico es patente: de condenar al Estado como mafia a actuar como un jugador más dentro de esa misma dinámica. Se asemeja a una especie de racionalización del refrán *ladrón que le roba a ladrón tiene cien años de perdón*.

Finalmente, todo este andamiaje intelectual se sostiene en la ausencia de una noción moral universal en la Escuela Austríaca. Para Mises, Hayek y Rothbard, las categorías de “bien” y “mal” no son parámetros objetivamente medibles en el análisis económico: las acciones se juzgan en función de su eficiencia, utilidad o coherencia con los objetivos individuales. Como escribió Mises: “La economía no dice a los hombres qué fines deben buscar: solo muestra los medios adecuados para lograrlos”. En otras palabras, la moral es sustituida por la lógica de la acción individual.

Con esta ideología de fondo, no sorprende que el sistema político alimentado por estos dogmas se vea corroído por prácticas que, en otro contexto, serían consideradas corrupción. Si todo se reduce a preferencias individuales y maximización de beneficios, esperar virtudes cívicas en la política es un contrasentido. Lo que queda es simplemente la contienda entre actores que buscan apropiarse de recursos. O, dicho de manera contundente: considerando estos postulados, era previsible alcanzar el nivel de cinismo y corrupción que hoy se observa.⁹⁴

La conclusión de Fontevecchia es equivocada, aunque para demostrarlo deberé asumir el incómodo rol de *abogado del diablo*: creer que el Estado es latrocinio institucionalizado –como Rothbard y Milei– no convierte a la corrupción política en una práctica legítima, moralmente aceptable. El funcionario corrupto no es ningún héroe ni santo. Ante todo, porque es miembro pleno de la “organización criminal”, no un *outsider*. Además, el funcionario corrupto no desfalca fondos al fisco «rapaz» para restituirlos a los contribuyentes o *taxpayers* presuntamente damnificados, sino para enriquecerse él mismo. No es una versión «libertaria» o promercado de Robin Hood, sino un simple ladrón que «mexicana» –disculpen esta expresión xenófoba,

⁹⁴ *Ibid.*

pero no encuentro una equivalente— a otro ladrón. La realidad es que ni Rothbard ni Milei han justificado la corrupción, ni tampoco, el haber hecho semejante cosa, hubiese sido una actitud coherente de su parte, consecuente con sus ideas. Sí han justificado el individualismo y el egoísmo, e infamado lapidariamente la institución del Estado como cleptocrática *per se*, pero nunca han defendido el enriquecimiento ilícito de los funcionarios públicos. Decir lo contrario es montar una falacia de muñeco de paja, un espantajo. Es lo que hace Fontevicchia, con un ventajismo polémico no muy sutil.

Pero seamos justos con el director de *Perfil*. Algo de razón tiene en su crítica a Rothbard y Milei. El individualismo extremo, el egoísmo exacerbado, el odio encarnizado al Estado, tienden a crear condiciones propicias para que se afiance —junto con una idiosincrasia tributaria de evasión o elusión— una cultura nihilista y cínica del *vale todo* y del *sálvese quien pueda* —una especie de regresión al estado de naturaleza hobbesiano del *homo homini lupus* y la *bellum omnium contra omnes*— donde la corrupción, sin estar legitimada legal o moralmente, aparezca cada vez más como un *fait accompli*, un hecho consumado de la cruda realidad. De la resignación a la tolerancia hay solo un paso... Podría cobrar fuerza, entonces, la idea según la cual la corrupción, aunque está mal, no sería tan grave como el “socialismo” o estatismo. Cobrar impuestos al sector privado, desde esa óptica, representaría un mal mucho peor que sustraer fondos al erario público. ¿Por qué? Porque cabe suponer que el ultraindividualismo, por definición, siempre será más indulgente —o menos severo— con el robo individual y ventajero de un *homo oeconomicus* inescrupuloso metido a funcionario público, que con el «robo» colectivo e institucionalizado de un Estado que se asume como un asignador de recursos llamado a complementar, corregir/compensar o —peor, *vade retro Satana*— reemplazar totalmente el mercado.

De hecho, Javier Milei, en una escandalosa entrevista que concedió hace cuatro años en Chile, cuando todavía era un panelista de TV (fue veinticuatro meses antes del balotaje que lo catapultaría a la presidencia de la República Argentina), declaró muy suelto de cuerpo, ante las cámaras del canal Vía Pública, que los funcionarios del Estado ejercen una “presión fiscal (...) que es un robo”, y que

Utilizan el monopolio de la fuerza para imponerte la esclavitud fiscal. De hecho, si yo tuviera que elegir entre el Estado y la mafia, me quedo con la mafia. Porque la mafia tiene códigos, la mafia cumple, la mafia no miente y, sobre todas las cosas, la mafia compite. En cambio, el Estado no admite competencia. Quiere el monopolio de la fuerza, quiere el monopolio de la emisión monetaria... Son todas cosas que, a la postre, nos generan mucho daño.⁹⁵

La comparación *a la baja* del Estado con la mafia ha sido algo reiterativo en el discurso libertariano del mandatario argentino. En dos entrevistas televisivas de 2019 ya había planteado algo similar (“El Estado es una organización violenta y es peor que la mafia” y “uno de mis grandes héroes —yo lo suelo mencionar en mis charlas— es Al Capone”⁹⁶), con similares argumentos. Y en febrero de este año, ya siendo presidente, machacó al terminar de pronunciar un discurso en la sede del BID en Washington: “El Estado es peor que la mafia”⁹⁷.

¿No es burdamente contradictorio que Milei insista en pontificar que el Estado es una organización criminal peor que la mafia cuando él preside uno⁹⁸ desde hace dos años —luego de ser diputado nacional durante el

⁹⁵ www.youtube.com/watch?v=RcR9ZZa2I84.

⁹⁶ www.youtube.com/watch?v=zAzApGaFIZg y www.youtube.com/watch?v=phC-21Zlwcw.

⁹⁷ www.lanacion.com.ar/politica/milei-en-el-bid-el-estado-es-peor-que-la-mafia-y-no-hace-falta-salir-del-cepo-para-crecer-nid21022025.

⁹⁸ Y no —permítaseme la ironía— uno de esos microestados para curiosidad enciclopédica como Andorra o San Marino, ni tampoco una de esas autoproclamadas *micronaciones* que la ONU no reconoce (Isla de las Rosas, Principado de Sealand, Freedomland y un largo etcétera), creadas en islotes, plataformas marinas o *terrae nullius* intersticiales por personalidades excéntricas de talante soñador o bromista. Argentina es el octavo país del mundo en superficie, su población supera los 46 millones y su PBI le permite pertenecer al G20. Un presidente «anarcocapitalista» de un país diminuto o imaginario sonaría menos contradictorio, pero este no es el caso de la República Argentina.

mismo lapso– y cobra un sueldo a cuenta del fisco? La pregunta es válida. Milei ha tratado de zafar alegando que es un minarquista en el corto plazo y un “anarcocapitalista” en el largo plazo, y echando mano a la metáfora del *topo que vino a destruir el Estado desde adentro*.⁹⁹ Pero el argumento no suena convincente.

Ante todo, porque se supone que Milei, en lo inmediato, debería haber tratado de ir achicando el Estado, tanto en su presupuesto y tamaño como en sus funciones. Pero la realidad es que, hasta ahora, sus ajustes y desregulaciones han sido bastante selectivos. A mismo tiempo que en algunos sectores hubo “motosierra” y *laissez faire* a fondo, sin piedad (por ej., educación pública y política industrial), en otros hubo una expansión fenomenal y despilfarradora del aparato estatal (Fuerzas Armadas y SIDE) y del intervencionismo gubernamental (Banco Central y Tesoro Nacional), amén del crecimiento monstruoso de la deuda externa. La reciente compra de aviones de guerra F16 no parece ser una decisión muy «anarcocapitalista» que digamos, menos que menos si no hay más hipótesis de conflicto que con Gran Bretaña, un escenario que el propio gobierno ha descartado, en función de su alineamiento automático con Washington y la OTAN.

Por otro lado, nadie debe ser juzgado solamente por lo que dice que hace, sin tener en cuenta lo que efectivamente hace. Existe una contradicción flagrante entre el discurso intensamente honestista de los hermanos Milei –en el que siempre sobrevuela su presunto “anarcocapitalismo”– y su fortísima inclinación pragmática hacia el enriquecimiento ilícito a costa del fisco. Si la principal razón para destruir a largo plazo el Estado es el deber moral de acabar con la “casta” y sus “curros”, no se entiende por qué diablos, en la transición minarquista hacia esa “utopía libertaria” del porvenir, habría no solo que perpetuar la cleptocracia heredada del peronismo, sino agravarla al máximo, de todas las maneras posibles: más desfalcos y coimas que nunca, rosca y contubernio con gobernadores justicialistas y dirigentes de la CGT, reclutamiento indiscriminado de políticos venales de la vieja partidocracia corrupta, etc. Es un absurdo total, similar a querer controlar un incendio echando nafta en vez de agua.

* * *

A modo de cierre, voy a garabatear algunas reflexiones que me quedaron en el tintero; o tal vez no tanto, pensándolo bien, porque en gran parte ya fueron expuestas, pero que necesito recuperar aquí, ahora, para darles otra vuelta de tuerca más que eche nueva luz al tema de la corrupción. Será –valga la paradoja– mucho menos que una recapitulación y bastante más que una recapitulación, en el sentido de que esta rememoración sintética a modo de colofón no buscará en absoluto ser rigurosa, sino servir de trampolín a pensamientos suplementarios. Garabatearé este epílogo en ocho tesis o notas, en prosas sueltas y numeradas, *a tratti*, sin integrar estas conclusiones en un desarrollo fluido y sistemático. Será una escritura a vuelapluma. Resta muy poco tiempo, casi nada, para el cierre de *Corsario Rojo IX* y ya he abusado en demasía de sus generosas páginas e infatigables lectores.

§ I. La corrupción no es solo política, en el sentido estrecho de *estatal*. Es también, por lo general, *privada*, por obvias razones de causalidad probabilística. Dicho más concretamente, la contracara de la corrupción en el sector público suele ser la corrupción *empresarial* (y viceversa, como las dos caras de una misma moneda). Pero la corrupción empresarial no deja de ser un problema *político* en sentido amplio, porque concierne y afecta al Estado, porque atañe y damnifica a la *res publica*. El análisis del fenómeno debe ser *bidireccional*, no unidireccional.

⁹⁹ Véase nuevamente F. Mare, “Protesta y represión, memoria y negación...”, art. cit., pp. 55 (incluyendo nota 2) y 58-59 (nota 10), disponible en <https://kalewche.com/cr8>.

No solo eso: debe ser un análisis bidireccional *asimétrico*, que priorice la explicación objetiva, sistémica/general y materialista por sobre la interpretación subjetiva, anecdótica/particular y culturalista, aunque sin excluirla ni minimizarla en exceso. Parafraseando libremente a Althusser, podríamos decir que, en la etiología de la corrupción, como en la de cualquier otro fenómeno de esa *totalidad compleja y contradictoria* que es la sociedad, la estructura material *determina* más a la agencia política –en última instancia– de lo que la agencia política *sobredetermina* a la estructura material.¹⁰⁰

§ II. En su manera de concebir el Estado, la derecha honestista (fiscalista, minarquista o «anarcocapitalista») tiene, curiosamente, algo relevante en común con el populismo progresista, al margen de sus diferencias, que ciertamente se han ido atemperando en las últimas décadas, a medida que el keynesianismo welfarista de posguerra, acorralado por la crisis del petróleo en los setenta, se fue domesticando al ritmo de la globalización neoliberal y el derrumbe del socialismo real. La semejanza a la que hago referencia no es la obvia: la verdad de Perogrullo –no siempre recordada, a pesar de su importancia fundamental– de que ambas constelaciones políticas aceptan el *statu quo* capitalista, ya sea con entusiasmo, ya sea con resignación.¹⁰¹ No es esa semejanza, no.

La similitud que quiero enfatizar es la siguiente: el *estadocentrismo*, si me permiten el neologismo. ¿Qué quiero decir con esto? Que tanto la derecha neoliberal como el populismo progresista están obsesionados con el Estado, asignándole una importancia exagerada, para mal o para bien, según cada caso. Desde trincheras ético-políticas opuestas, coinciden sin embargo en concebir o diagnosticar esta institución como un Leviatán todopoderoso. Difieren, desde ya, en la *valoración* de esa presunta omnipotencia. La derecha neoliberal tiende a considerar el intervencionismo estatal como un padastro malvado o un demonio condenador: corrupción, ineficiencia, derroche, tiranía, demagogia, clientelismo, etc. (exageraciones tremendistas del egoísmo de clase biempensante). El populismo progresista, por el contrario, suele percibir el intervencionismo estatal como un padre benévolo o un ángel salvador: políticas públicas, inclusión, justicia social, redistribución del ingreso, ampliación de derechos, Estado presente (frases bonitas que maquillan la continuidad atroz del capitalismo).

La izquierda anticapitalista sabe bien que debe evitar ambas formas de estadocentrismo. El Estado no es Dios ni Satanás. No es omnipotente. La superestructura político-legal de una sociedad es muy importante, pero no lo fundamental, que es la base material: las relaciones de producción, las fuerzas productivas, las clases sociales y sus fracciones, la lucha de clases... Constituye un gran error sociológico pensar el Estado como institución tan ilimitadamente autónoma y poderosa. Su autonomía y su poder resultan relativos. El Estado es, en gran medida, como bien supieron explicar Marx y Engels (entre tantos otros autores de la tradición socialista), un instrumento de la clase dominante y, en última instancia, un garante del orden económico-social. En nuestro mundo, en nuestro tiempo, esa clase y ese orden son la burguesía y el capitalismo, no siempre neoliberales en su ideario y funcionamiento, pero generalmente sí. Mirar el Estado con ojos honestistas (como una cleptocracia monstruosa, el Mal absoluto) es tan insensato como mirarlo con ojos paternalistas (como un árbitro imparcialmente bienhechor).

¹⁰⁰ Véase Louis Althusser, *La revolución teórica de Marx*, Bs. As., Siglo XXI, 2011. En especial, los ensayos “Contradicción y sobredeterminación” (1962) y “Sobre la dialéctica materialista” (1963), pp. 71-106 y 132-181.

¹⁰¹ El populismo progresista a veces juega a olvidarse –*pour la galerie* y para sí mismo– de que no tiene nada de revolucionario o maximalista, confundiendo neoliberalismo con capitalismo a lo pavote. La derecha neoliberal participa de ese simulacro retórico, chicleando demagógicamente al populismo progresista de ser “socialista” o “comunista”, una mentira que el mentiroso se termina creyendo a fuerza de repetirla como loro. Pero la cosa es más compleja y dinámica: la progresía, viendo que la derecha la acusa *ad nauseam* de izquierdista, refuerza esa autopercepción, un fenómeno cognitivo que la psicología llama “sesgo de confirmación”. A su vez, la derecha se ceba en su hipótesis difamatoria porque observa que no pocos progresistas gustan asumirse en público, ambiguamente, como “de izquierda”, e incluso como “contrarios al capitalismo”. Entonces, la derecha se encoge de hombros y concluye: *a confesión de parte, relevo de pruebas*. Y así se siguen retroalimentando en la quimera *progresismo = anticapitalismo* al infinito. La progresía se engaña por fatuidad autocomplaciente; la derecha, por malicia maquiavélica. Pero ambas faltan a la verdad, ambas cultivan la sofística.

§ III. En todo el mundo capitalista, con diferencias de grado o matiz, la derecha neoliberal insiste en pensar las relaciones de corrupción de manera reduccionista, unilateral, sesgada. Ignora olímpicamente y absuelve magnánimamente al agente privado corruptor (el empresario) y carga toda la responsabilidad al agente público corrompido (el funcionario). Esto es puro *sentido común* burgués, es decir, ideología dominante *naturalizada*.

En la Argentina, igual que en tantos otros países periféricos y dependientes del Sur Global, la derecha neoliberal y cipaya porfia en interpretar la corrupción *al revés*, y desde el ventanuco acomplejado del particularismo histórico. Un vicio moral autóctono –a menudo excepcional o singularizante¹⁰² de la cultura política nacional (léase: populismo, patrimonialismo, clientelismo, etc.) sería el arcano para que descifremos el subdesarrollo económico y la desigualdad social de la nación, en lugar de ser la macroestructura global capitalista e imperialista la que nos da la clave para entender por qué una democracia representativa cada vez más plutocrática es también, necesariamente, cada vez más cleptocrática. Este idealismo burgués de mirada provinciana, con mentalidad de campanario, trastoca totalmente las relaciones de causa y efecto en el sistema-mundo contemporáneo.

Así, la corrupción, que es un típico –parafraseando libremente a Hempel– *explanandum* político-cultural, un epifenómeno de la superestructura a ser explicado desde la base material, sin perder de vista nunca el desarrollo desigual y combinado del capitalismo, las asimetrías de riqueza y poder Norte-Sur en la globalización neoliberal, se transmuta mágicamente en uno de los más preponderantes y presuntuosos *explanans* (factores explicativos, argumentos etiológicos) politicistas o culturalistas de la facticidad económico-social “tercermundista”, si no el más preponderante y presuntuoso de todos.¹⁰³ En pocas palabras, un *quid pro quo* metodológico: adopción del idealismo burgués en reemplazo de la ciencia materialista. Mal camino, pésima hoja de ruta, al menos si nos interesa lograr una intelección crítica –y una transformación revolucionaria– de la realidad contemporánea.

§ IV. La ambición egoísta de bienes materiales es muy vieja, igual que su inexorable consecuencia en –y contra– la comunidad: la concentración desmedida e inescrupulosa de la riqueza. Ambas han estado presentes en todas las sociedades estratificadas o divididas en clases a lo largo de la historia mundial, sobre todo entre aquellas donde han existido el comercio y el dinero (aunque no solo entre ellas, pues es posible el atesoramiento a través de la guerra, el tributo, la esclavitud o servidumbre y otros métodos no mercantiles de apropiación del excedente).

Desde el sabio Confucio hasta el librepensador Rousseau, desde los brahmanes de la India milenaria hasta los *tlatatinime* del imperio azteca, desde el predicador persa Zaratustra hasta el escritor ruso Tolstói, desde los amautas del *Tawantinsuyu* hasta los profetas judíos del Antiguo Testamento, desde Buda hasta Jesús, desde el Mahoma que unificó a las tribus árabes bajo el credo del islam hasta los anabaptistas que participaron de la Reforma protestante y el *Bauernkrieg*, desde el anarquista francés Pierre-Joseph Proudhon (aquel que sentenció “¡la propiedad es un robo!”) hasta el trascendentalista norteamericano Henry David Thoreau (aquel que nos legó *Walden* y *Desobediencia civil*), desde la monja católica Clara de Asís hasta la parisina inclasificable Simone Weil, muchas personalidades verídicas o legendarias han condenado

¹⁰² Uno de los exponentes más destacados de este excepcionalismo/particularismo histórico en clave más o menos pesimista y decadentista, proclives a la autorreferencialidad monotemática de la “argentinidad” y la autoflagelación melancólica sobre una grandeza nacional *que no pudo ser* (aunque sin caer en posiciones de fatalismo derrotista, de anulación de las esperanzas patrióticas de refundación o regeneración), es el intelectual liberal cordobés de pasado procesista y alfonsinista Marcos Aguinis, sobre todo en su *bestseller* de 2001, editado por Planeta, *El atroz encanto de ser argentinos*, que tuvo una secuela *gorila* en pleno kirchnerismo, no menos indigesta que el primer volumen: *El atroz encanto de ser argentinos 2*, publicado en 2007. Desde el derechista Grupo Aurora, el radical Aguinis se volvió un ferviente impulsor de la candidatura presidencial de Mauricio Macri para las elecciones de 2015.

¹⁰³ Acerca de la distinción epistemológica entre *explanandum* y *explanans*, véase Carl G. Hempel, *La explicación científica. Estudios sobre filosofía de la ciencia*, Barcelona, Paidós, 1979 (1965), p. 247 y ss.

totalmente o cuestionado en parte la pulsión psíquica de la codicia o avaricia y –a veces– el fenómeno social del enriquecimiento individual (aquel que consideraban excesivo o espurio, al menos), apelando a diversos argumentos, creencias o valores de la tradición mítico-religiosa, la moral sapiencial, la filosofía ética y la economía política. En la antigua Grecia, circuló ampliamente el mito del rey Midas, el poeta Hesíodo compuso su célebre fábula del halcón y el ruiseñor, Diógenes de Sinope y otros filósofos de la escuela cínica enseñaron –y practicaron– una vida austera y frugal en armonía con la naturaleza, y Aristóteles desarrolló el esclarecedor concepto de la crematística en su *Ética a Nicómaco* y su *Política*, reprobando la *hybris* o «desmesura» en el afán de posesión económica: el acaparamiento de tierras, rebaños, esclavos, metales preciosos, objetos suntuarios, etc. La *auri sacra fames*, la “maldita hambre de oro” en palabras del romano Virgilio, es una apetencia tan añeja como universal, del mismo modo que la preocupación moral y pública que suscitan sus efectos negativos sobre la personalidad y la comunidad.

Pero el capitalismo, sin dudas, ha sido un parteaguas en la historia de la codicia y la concentración de la riqueza. Hablamos del sistema económico *contra natura* y *laesa humanitas* que rige el mundo contemporáneo, que reconfiguró el planeta Tierra de estos últimos siglos, que anima nuestra sociedad extractivista y productivista (y cada vez más consumista). Entendemos por *capitalismo* un sistema basado esencialmente en la propiedad privada de los medios de producción y en la lógica distributivo-competitiva del mercado, en la expropiación y el vaciamiento desenfrenados de los bienes naturales y en la explotación despiadada del trabajo asalariado, todo ello con fines productivos y comerciales de *lucro*: los mentados procesos de valorización y acumulación del capital, y de la competencia de capitales, tan bien descritos y explicados por Karl Marx, una dinámica estructural *in crescendo* que no tiene límites, tendencialmente exponencial, como la voracidad y propagación del vampirismo en las ficciones de terror literarias o cinematográficas (una metáfora que, por cierto, Marx utilizó bastante).

Este régimen capitalista, engendrado en la modernidad por la llamada “acumulación originaria” y luego desarrollado por la Revolución industrial, ha alterado y dañado profundamente la convivencia social, igual que la relación entre la humanidad y la naturaleza, a punto tal que en la ecología política se suele afirmar (John Bellamy Foster y Kohei Saito, por ejemplo) que ha habido una *fractura metabólica* entre nuestra especie y los ecosistemas que habita, una ruptura del equilibrio tanto con sus componentes abióticos (geósfera, hidrósfera, atmósfera) como con los restantes seres vivos, vegetales y animales (biósfera). Sería un exceso de idealismo romántico negar que en el mundo preindustrial también existían tensiones dentro de las sociedades humanas y entre estas y los ambientes naturales, una doble problemática que se remonta –cuando menos– a las revoluciones neolítica y urbana, a los orígenes del Antropoceno y la formación de las primeras civilizaciones clasistas estatales (Mesopotamia, Egipto, India, China, Mesoamérica, Andes centrales).

Pero es evidente que esas tensiones socioeconómicas y ecológicas, bajo el capitalismo moderno, dieron un gran salto y han alcanzado –especialmente durante estas últimas décadas– niveles críticos, alarmantes, que abren un signo de interrogación, no solo sobre el futuro de lo que se suele denominar “civilización”, sino sobre la vida misma en el planeta Tierra, ya no solo a largo plazo sino en los próximos años o decenios: precarización laboral, mercantilización y privatización generalizadas, desguace de la salud y la educación públicas, degradación de la seguridad social, pauperización creciente de la población mundial, aumento acelerado de la desigualdad social, crisis migratoria, emisión descontrolada de gases de efecto invernadero, agotamiento de los combustibles fósiles, calentamiento global, contaminación ambiental, expansión e industrialización de los agronegocios, deforestación, pérdida de biodiversidad, etc. También, por supuesto, el creciente riesgo de pandemias por saltos zoonóticos en megagránjas aviares o porcinas y (dentro de esta globalización neoliberal en crisis, donde escalan las discordias geopolíticas como la guerra de Ucrania, el conflicto israelí-palestino y la rivalidad yanqui-china) el peligro cierto de una tercera guerra mundial, con o sin conflagración nuclear. Este orbe capitalista es el que ha hecho posible el género de las *distopías*, no solo

inspirándolas, sino también –aunque existen honrosas excepciones, desde luego– industrializándolas, masificándolas y banalizándolas hasta el hartazgo en películas y series, novelas e historietas, incluso en videojuegos.

Siempre hubo corrupción política, desde tiempos antiguos. Es un fenómeno inherente a las sociedades estratificadas, divididas en clases, donde el excedente de producción hace posible la existencia de la institución estatal y el fenómeno del enriquecimiento privado (especialmente desde que aparece *de iure* la propiedad privada, pero incluso desde mucho antes, a través de posesiones territoriales por concesión vitalicia de la corona que se van consolidando *de facto*, intergeneracionalmente, a través de la herencia, con anuencia expresa o tácita del rey). La cultura patrimonialista de esas tempranas monarquías –teocracias directas o indirectas, pero siempre teocracias, en primera o última instancia– hacía imposible la corrupción en la cúspide del sistema político: un rey-amo-dios o un rey-amo por derecho divino no podía apropiarse ilegalmente, ni inmoralmente, de unos recursos públicos que eran *suyos*. Pero sus funcionarios (burócratas, militares, sacerdotes, etc.) sí podían enriquecerse de forma ilícita e inmoral, o cuando menos, de modo irregular y oportunista. Ahora bien, con la aparición del mercado y –más aún– del dinero, el problema de la corrupción se intensificó, porque la ambición material, la vieja y mundana codicia de los hombres «civilizados», al volverse más abstracta y menos concreta en su objeto (avaricia pura, esto es, atesoramiento de metales preciosos u otros valores de cambio como un fin en sí mismo, más allá de la valía de uso, excediendo todo propósito utilitario tendiente a lograr placer sensorial o corporal, prestigio social, influencia político-militar... vale decir, lujo y ostentación, estatus y poder, fama y gloria), se torna una dinámica ilimitada, una progresión acumulativa no solo aritmética, sino también geométrica. Ya no es *oikonomía*, diría Aristóteles, sino *crematística*. Es esa espiral de desmesura absurda encarnada por Scrooge McDuck o Tío Rico, el personaje de Disney: querer más y más, siempre mucho más, de algo que no se puede *usar*. El dinero se lo puede hacer circular lucrativamente en el mercado, comprando mercancías para venderlas más caro *over and over again* ($D - M - D'$, según la fórmula que Marx empleó en *El capital*); y también se lo puede atesorar con mucho celo y tacañería, pero no consumir, no gastar vitalmente. Una *hybris* descarnada, en los dos sentidos de la palabra, el literal y el figurado: *a)* sin carne, sin cuerpo; y *b)* cruda, cruel.

Decía que la corrupción es inherente a la sociedad de clases con *Estado*, una institución política al servicio de la clase dominante, nacida en salvaguardia de la desigualdad estructural entre una mayoría productora y una minoría ociosa. El Estado supone la *enajenación de la soberanía popular* en una élite gobernante, ya sea por delegación/representación, o ya sea por apropiación/usurpación (de origen o de ejercicio). Si el pueblo no gestiona sus bienes comunes por sí mismo, si consiente transferir su administración a una minoría dirigente, o bien, si tolera un transferencia *impuesta* –fraudulenta o violenta– como hecho consumado, sin resistirse, sin rebelarse, tarde o temprano surgirán políticos corruptos; aun en aquellos casos donde normas, costumbres, creencias y valores asociados al patrimonialismo, firmemente arraigados en una cultura tradicional de tintes mítico-religiosos, impidan pensar que existan reyes corruptos (o señores corruptos, si la monarquía se ha debilitado en la maraña feudal del vasallaje centrífugo). Si no era posible –*pensable*– la corrupción en la cabeza del Estado patrimonialista, era perfectamente posible que debajo de ella hubiera malversadores furtivos de toda laya medrando a costa del rey y de su pueblo, delincuentes y pecadores a quienes los dioses justos deberían castigar –se suponía desde el candor de la fe– pronto o tarde, en vida o más allá de la tumba.

§ V. La corrupción, atávicamente vinculada a la sociedad de clases y el Estado, podía verse atemperada en algunos casos cuando las instituciones políticas asumían formas de *representación* relativamente efectivas, no tanto las oligárquicas (aristocráticas, plutocráticas, etc.), sino, sobre todo, las populares. Más aún si la representación popular alcanzaba la madurez, como durante un tiempo en la Roma clásica, de una república con masiva –aunque nunca universal, pues regían la esclavitud y el patriarcado, entre otras exclusiones– participación de la plebe y los trabajadores libres: campesinos, artesanos, tenderos, jornaleros, etc. Ni hablar

si esa democracia era directa o semidirecta, como en la Atenas de Pericles o en la antigua Confederación Helvética. Aun cuando siguieran existiendo el Estado y la sociedad de clases, y aun cuando hubiera mercado y dinero con una propiedad privada sólidamente quiritaria (y por ende, intensos procesos de enriquecimiento en el seno de las élites), el régimen representativo servía para limitar o morigerar el latrocinio a costa del tesoro público. Esa relativa limitación o morigeración era directamente proporcional al grado de republicanismo y democratismo de la institución estatal.

Con el capitalismo, el problema de la corrupción política creció fuertemente al compás de una dinámica de enriquecimiento privado inédita en la historia universal, traccionada por el proceso de valorización y acumulación de capital. Este desarrollo fue atravesando etapas de intensificación, concentración y generalización crecientes, desde la acumulación originaria en la modernidad temprana hasta la globalización neoliberal de nuestra era, pasando por el largo período del colonialismo de rapiña. El capitalismo hizo que la vieja corrupción política de las monarquías absolutas y los despotismos más puramente patrimonialistas alcanzaran niveles obscenos. El imperialismo también aportó lo suyo, con y sin expansión colonial: la conquista de América, el reparto de África, las guerras del opio en el Asia oriental, las republiquetas bananeras del Caribe... Aunque a mediano o largo plazo el capitalismo tendió a aceptar –e incluso a promover– las monarquías constitucionales y repúblicas de sufragio universal, la llamada *democracia representativa liberal* en sus distintas variantes, esta formalidad jurídico-política se vio ampliamente superada, en los hechos, por la generalización y el fortalecimiento de la plutocracia. Esta degradación de la democracia alcanzó su paroxismo en estos últimos decenios, con la globalización neoliberal: financiarización, transnacionalización, precarización, digitalización...

La riqueza se hiperconcentró como nunca, hasta niveles inimaginables: Wall Street, Silicon Valley. Surgieron las GAFAM (Google, Amazon, Microsoft, etc.) y los multimillonarios o superricos como Jeff Bezos, Elon Musk y Mark Zuckerberg. El último informe del World Inequality Lab, el *Report 2026*, que ha salido a la luz recientemente, es sobrecogedor: la brecha mundial de la desigualdad no para de agrandarse: el 10% de la humanidad ya concentra el 75% del patrimonio y capta el 53% de los ingresos. El 0,001% de la población global –menos de 60 mil multimillonarios, el aforo de un estadio de fútbol– controla el triple de riqueza que la mitad exacta del género humano. Las fortunas siderales de esta minoría que sueña con vivir en el planeta Marte (o, al menos, en islas artificiales con estatus de naciones soberanas, gobernadas autocráticamente), han crecido un 8% de media anual desde los años noventa, tras la caída del muro de Berlín, con un ritmo que se aceleró con la crisis pandémica.¹⁰⁴

En un mundo mercantilizado, privatizado, desregulado, con Estados anémicos y pusilánimes, con riquezas individuales y corporativas tan obscenas (reales y monetarias, mobiliarias e inmobiliarias, efectivas y bancarias, legales e ilegales, domésticas y offshorizadas), con plutócratas todopoderosos, donde todo parece tener precio, donde todo tiende a ser comprado, ¿qué podría suceder con la corrupción política estructural, sistémica, sino agravarse profundamente, gangrenando el tejido de la democracia liberal con la bacteria de la cleptocracia iliberal?

Sí, cleptocracia. No tengamos miedo de usar esta palabra en el seno de las izquierdas, con cautela política y rigor intelectual. Lo importante es tener claro que la corrupción en los tres poderes del Estado es solamente la punta de un *iceberg*, el pequeño vértice de ese inmenso témpano de latrocinio institucionalizado –ilegal y legal– que es el capitalismo neoliberal, con sus *lobbies* empresariales y sus oligarquías plutocráticas en guerra perpetua contra las clases trabajadoras y lo poco que aún sobrevive de un *modus vivendi* democrático que siempre tuvo –no nos engañemos, evitemos las ilusiones románticas de la nostalgia– bastante de *factio iuris*, incluso en los Treinta Gloriosos que sobrevinieron a la derrota de la barbarie nazifascista.

¹⁰⁴ Cf. <https://wir2026.wid.world>.

§ VI. Seamos ecuanímenes en nuestra dura condena del capitalismo. Hay un matiz a su favor que no debemos retacearle, entre tantas críticas medulares. Ese matiz es el siguiente: si el sistema capitalista resulta tan extremadamente cleptocrático, eso no se debe exclusivamente a su consustancial *hybris* crematística. Hay también otra razón, más técnica si se quiere: es en la modernidad capitalista, que desputa con el Renacimiento y que se consolida con las revoluciones burguesas atlánticas de los siglos XVI a XIX¹⁰⁵, cuando se le inflige una estocada letal al inveterado patrimonialismo.

En efecto, los nuevos regímenes liberales (monarquías constitucionales o repúblicas), continuando y reforzando la recuperación del derecho romano iniciada por los príncipes renacentistas de la Europa occidental (reyes centralizadores en pugna contra el feudalismo tardomedieval)¹⁰⁶, establecen una tajante distinción entre lo público y lo privado, de la mano con la secularización y limitación de la autoridad regia, el Estado de derecho, la soberanía popular, la división de poderes, los *checks and balances*, las constituciones escritas, la ciudadanía civil y política, los derechos individuales (muy especialmente la propiedad privada), la codificación de las leyes... Esta distinción hará que la codicia de los monarcas, durante miles de años algo totalmente legal y legítimo merced al andamiaje cultural patrimonialista, se vuelva corrupta con mucha facilidad. La despatrimonialización del Estado significa que su propia cabeza, el gobernante supremo, puede incurrir en la inmoralidad y el delito de enriquecerse con los fondos públicos, transgresión que antaño solo podían cometer los servidores de la corona, nunca la corona misma, que era, al mismo tiempo, administradora y dueña del erario. En el capitalismo moderno, que ha absolutizado la propiedad quiritaria y radicalizado la distinción entre *res publica* y *res privata* (incluso más que en la antigua Roma, un precedente histórico *sui generis* por su sofisticación y escrupulosidad jurídicas), muchas más situaciones que antes son tipificables como casos de corrupción política.

Todo lo cual no obsta lo dicho en § V. El ocaso multiseccular del patrimonialismo a lo largo de una modernidad liberal cada vez más constitucionalista, republicana y/o democrática en sus formas legales e institucionales, está muy lejos de poder compensar la expansión arrolladora de la plutocracia capitalista *de facto*, caja de Pandora con muchas calamidades para el mundo, entre ellas la cleptocracia (aunque no de las peores, ciertamente).

§ VII. Sería necedad superlativa negar que hubo corrupción en los países del socialismo real, y que la hay en Cuba y Corea del Norte, los únicos Estados socialistas que han sobrevivido en creciente y penoso aislamiento –impuesto por las potencias capitalistas, el *hegemon* estadounidense ante todo– a la caída del muro de Berlín. No fueron ni son sociedades comunistas, ni tampoco democráticas. Rigió y rige en ellas un socialismo de Estado altamente burocratizado, con una dictadura de partido único que, en algunos casos, alcanzó niveles totalitarios (la antigua Unión Soviética estalinista y la actual Corea del Norte, por ejemplo). En sociedades de este tipo, donde siguió circulando dinero, donde persistieron diferencias no insignificantes de riqueza y poder entre las personas, donde el pueblo delegaba la soberanía en una élite dirigente, donde las libertades públicas brillaban por su ausencia, donde no había división de poderes, donde el gobierno y su burocracia eran todopoderosos, ¿cómo no iba a haber malversación de fondos públicos? La hubo entre los impopulares *apparatchiki*, e incluso en el seno mismo de la temida *nomenklatura*. Cuando el pueblo es representado, siempre hay abusos de diversa clase, incluida la corrupción: desfalcos, sobornos, etc. Tanto más cuando los representantes son dictadores.

¹⁰⁵ Básicamente, la insurrección de los Países Bajos protestantes del norte contra el yugo imperial de España en el siglo XVI, las dos revoluciones inglesas contra el absolutismo monárquico de los Estuardos en el XVII, la Independencia de las Trece Colonias norteamericanas contra el dominio colonial británico en el último cuarto del siglo XVIII, la Revolución Francesa de 1789-1799 y sus secuelas decimonónicas, las revoluciones emancipadoras hispanoamericanas de 1810 y los ciclos revolucionarios europeos de 1820/1830/1848.

¹⁰⁶ Véase Perry Anderson, *El Estado absolutista*, Madrid, Siglo XXI, 1979 (1974), pp. 17-24.

Sin embargo, en el otro platillo de la balanza hay que poner algunas cosas. No son cuestiones baladíes. Son cuestiones de peso. La desigualdad económica en el socialismo real ha sido infinitamente más leve que en el capitalismo. No había ni hay en esos países una verdadera división de clases, debido a las fuertes limitaciones al derecho de propiedad privada y al atesoramiento individual o familiar. La estratificación social en Estados como la URSS o la China maoísta era casi insignificante si se la compara con el mundo capitalista. Podía haber allí autócratas u oligarcas inmorales, sanguinarios, acaparadores de bienes y amantes del lujo como Nicolae Ceaușescu, el último presidente de la República Socialista de Rumania, derrocado y fusilado en 1989 por el pueblo insurrecto a causa de sus crímenes, especialmente la tortura y el asesinato de disidentes. Pero no había en el socialismo real, ni los hay donde este sistema subsiste, empresarios multimillonarios como Musk o Bezos, plutócratas capaces de elevar la corrupción hasta niveles cleptocráticos obscenos. El capitalismo siempre ha sido inconmensurablemente más propenso al latrocinio en todas sus formas –incluida la malversación de fondos públicos– que el socialismo *realmente existente*. En los países socialistas podía haber muchos dirigentes y burócratas con privilegios y prebendas, incluso funcionarios y empleados públicos muy corrompidos, con un nivel de vida alejado de las masas trabajadoras, pero no había nada remotamente parecido a los magnates corruptores del capitalismo.

Cuando en la Rusia neoliberal de los noventa, tras la implosión de la Unión Soviética, Boris Yeltsin lideró el proceso de privatizaciones y desregulaciones que reconvirtió a la *nomenklatura* bolchevique en burguesía empresarial, en clase capitalista sin bozal, las fortunas clandestinas o mal habidas de los oligarcas no solo se regularizaron legalmente, sino que también crecieron astronómicamente. La propiedad privada sobre medios de producción a gran escala, el libre mercado, la posibilidad de valorizar y acumular capitales, la financiarización de activos y la precarización del trabajo asalariado hicieron la diferencia.¹⁰⁷

Al final del período soviético, el 1% más acomodado de la sociedad rusa era apenas cuatro o cinco veces más rico que el resto de la población. Con las reformas macroeconómicas de *shock* de Yeltsin, ese segmento llegó a ser entre 45 y 50 veces más opulento que la ciudadanía en general. La transferencia de ingresos bajo el capitalismo neoliberal fue verdaderamente drástica y brutal...¹⁰⁸ Según el *ranking* internacional que actualiza periódicamente la revista *Forbes*, la Rusia de Putin tiene hoy 140 multimillonarios, diez de los cuales están entre los 200 más ricos. Vagit Alekperov, por ejemplo, el oligarca ruso n.º 1, el zar de la energía, tiene un patrimonio neto valuado en 28.700 millones de dólares; quien es seguido muy de cerca por Alexey Mordashov y Leonid Mikhelson, también magnates del sector extractivo.¹⁰⁹

§ VIII. Hay que decirlo de nuevo: *el problema fundamental con la corrupción no es el chanco* (el Estado, el funcionario público, la “casta” política), *sino el que le da de comer* (el mercado, el empresario privado, la economía capitalista). Pero, de todos modos, el problema fundamental de la sociedad contemporánea no es, en particular, el enriquecimiento corrupto a costa del fisco, sino, en general, la concentración de la riqueza (legal o ilegal) a costa del proletariado, a costa de una clase trabajadora expropiada y explotada por el capital. Tenía razón el ginebrino Rousseau, el más antiplutocrático de los filósofos, cuando escribió en *El contrato social* que la libertad civil –la soberanía popular plena, no delegada– supone necesariamente la igualdad, y que no puede haber igualdad cabal a menos que “ningún ciudadano sea lo suficientemente opulento para poder comprar a otro, y nadie demasiado pobre para estar obligado a venderse”¹¹⁰.

¹⁰⁷ Vid. Rafael Poch-de-Feliu, *La gran transición: Rusia, 1985-2002*, Barcelona, Crítica, 2003.

¹⁰⁸ www.ambitojuridico.com/noticias/etcetera/corrupcion-y-desigualdad-el-caso-de-rusia.

¹⁰⁹ <https://forbes.co/2025/04/02/editors-picks/las-200-personas-mas-ricas-del-mundo-2025>.

¹¹⁰ *El contrato social*, lib. II, cap. 11.